



218-SM

---



1052778

SM 218



# EPISODIOS RIBERENOS

POR

ANGEL RUIZ Y PABLO

IX.

*alma la más alta y discreta fermosura, no acertaba á ver Sancho más que una cerril labradora.*

*Al dar á la estampa estos Episodios, dudo mucho que la generación nueva halle en ellos aquel color, aquel saborcillo y ambiente que deben tener las obras literarias para que sepan bien á los paladares acostumbrados á las quintesencias de la moderna literatura. Alejado del movimiento literario y artístico de estos tiempos, cada vez que de higos á brevas cae en mis manos alguna obra ó revista literaria, hallo en ellas un sabor acre y extraño—no sólo en sus ideas morales, que de esto no hay que hablar—sino en lo que toca á la estética, al procedimiento, al estilo y áun al lenguaje. Y así como mi paladar, hecho al gusto de veinte años atrás, halla ese extraño sabor en las obras modernísimas, juzgo como muy lógico y natural que los que se han acostumbrado á ellas, hallen en lo mio, por lo menos,*

*Sonatorio de S. Juan Fla-  
quer Pousetti - 1960*

*la insípidez de las cosas pasadas de moda.*

*Aliéntame, sin embargo, mi buen padre Vicent, el pensamiento de que lo que en la moda se funda, herido está de muerte, y el saber que no depende del plato en que se ofrece ni de la mesa en que se sirve, lo sabroso de un manjar; que no porque se adonaran de tocas y greguescos dejan de ser muy bellas las damas cuyos retratos nos legaron los pinceles de los antiguos maestros. Quedará de estas modas literarias lo que quede, pues tales pueden ser las ideas estéticas y los procedimientos artísticos que vayan inventando los modernistas del año que viene y del otro y del que le siga, que así como en diez años han envejecido las obras de entonces, dentro de otros diez habrán pasado las actuales y dentro de veinte tan reciente ó tan pasado será lo que escribieron nuestros padres como lo que escriban nuestros hijos.*

*Y no es que abomine yo en absoluto de las escuelas ni áun de las modas artísticas y literarias, ya que de todas ellas va quedando un como poso ó solera, cuyo fermento constituye, al fin y al cabo, el progreso material del arte, y de una escuela permanece la serenidad y de otra el vigor, de esta el color y de aquella el ritmo. Es como el humus que dejan en la tierra las hojas y las flores.*

*Pero de esto á andar continuamente husmeando cual sea el último figurín artístico y literario—y á la hora presente Dios sabe cual será—va un trecho enorme: los que el lunes juraban por Zola, tuvieron que jurar el martes por Ibsen y á la mañana siguiente por Tolstoi y luego por D'Anunzio y á los cinco minutos por Gorki ó Suderman. No hay extravagancia que no se erija en escuela y el mismísimo Don Luís de Góngora, si resucitara, se quedaría tamañito ante el gongorismo de estos últimos días.*

*¡Sabe Dios lo que diría de estas cosas D. Francisco de Quevedo!*

*Mas lo realmente doloroso es que sobre esta literatura extravagante y artificiosa, pesa una como nube inmensa de sensualidad y de erotismo, cruel y enervante, que se atreve á embellecer abominaciones inauditas y la convierte en un arte histérico y femenino, de tal modo que cuando alguna mujer mete la mano en estos fregados literarios, suelen tener sus obras más vigor interno y más recia contextura que las de los mismos hombres. Y como la sensualidad y sobre todo cuando invade el espíritu, es de suyo perversa y cruel, esos escritores suelen estar tocados de una crueldad refinada y felina y aunque no niego que en ello puede haber y en algunos casos hay mucho de savoir faire, niego en redondo que un arte así pueda ser fecundo, por la razón de que es contra natura. Afeminado y cruel es el escritor que martiriza á sus perso-*

### XIII.

*najes y á sus lectores, é infecundo es el artista que no ama á unos y á otros. Arte que no reconforta y eleva, téngolo por arte malo, que no realiza la belleza en su verdadero concepto.*

*Suprema victoria del poeta es arrancar de los corazones la risa ó el llanto, apoderarse del alma y del corazón de los lectores y hacerles sentir á su voluntad; pero jamás el artista de veras, el hombre bueno se entretendrá en martirizarles, y martirizarles, no ya en potros erizados de cuchillas sino en potros erizados de alfileres, con la impasibilidad de una crueldad sin entrañas.*

*Para nuestro siglo estaba guardada tal empresa, porque ni en las literaturas paganas se conoció tal refinamiento de sensualidad, y no obstante la obscenidad que en ciertas épocas invadió las costumbres, nunca había sido la literatura reflejo de un erotismo tal. Y aquí cabe preguntar: ¿es la literatura reflejo del*

XIV.

*modo de ser de nuestros tiempos, ó es, como pienso yo, reflejo del sentir y el pensar de esos que á si mismos se llaman intelectuales?*

*Enferma está la sociedad, sin duda, pero no tanto que no haga pensar que los incurables de esta clase de enfermedad son aquellos á quien Dios concedió los talentos que debían emplearse en curar á sus prójimos. Yo, amigo mío, soy, á Dios gracias, de los que creen que el escritor tiene una misión altísima que cumplir, respecto de la humanidad. No opinó que cada novela deba convertirse en una obra de propaganda ni que cada escena de un drama tenga que ser un sermón ni que cada poesía termine en una moraleja, nó: el arte, el cultivo de la belleza debe ser la única preocupación del artista, que si esta es su preocupación, el hijo de su ingenio será bello y como bello, bueno. Lo que deforma la obra de arte es el afán de agradar á las gentes, cuando no el afán*

XV.

*de lucro; el meterse en filosofías y no oír los latidos del corazón, el anhelo de originalidades y de invenciones; el prurito de romper los moldes, como suele decirse....*

*¡Oh, cuánto habría que decir, mi buen amigo, de estas cosas que no son de puro entretenimiento sino de la más alta trascendencia! Si las matemáticas morales fuesen tan asequibles al humano entendimiento como las matemáticas de los cuerpos y del espacio, yo le preguntaría á usted á cuantos discursos de cuantos oradores equivale una novela, á cuantos tratados de mística y ascética equivale un drama....*

*Voy á terminar, que no parecería bien en obrita de tan cortos vuelos y de tan pocas páginas un prólogo extenso. Y termino diciendo que si estos Episodios no gustan á la generación presente, no faltará entre los que como yo vamos pasando, quien les preste alguna atención, y al fallo de estos me someto, que las ge-*

XVI.

*neraciones venideras bastante tendrán que hacer con sacar la cabeza por encima de la mole papirácea de la prensa que como devastadora avalancha de día en día engrosa. Al paso que vamos, ocupados todos en escribir, no habrá en el mundo quien lea.*

*Acepte V., entre tanto, esta débil muestra del entrañable cariño que le profesa*

EL AUTOR



# El viaje sin gente

*Á la buena memoria de  
mi inolvidable amigo*

❖ D. José Castellote y Pinazo ❖

---



---

---

**S**IEMPRE recordaré la impresión que causó en mi ánimo la narración del episodio que voy á relatar. Desde muy niño le había tenido á la mar una afición decidida y entre todos los *sports* tratados y frecuentados por mí, siempre había preferido el náutico... En el Real Club y en otros de este linaje ya había yo andado en canots, en yates y traineras y me había visto en regatas y otros lances por el estilo, muy bien puesto de camiseta rayada y gorrita *ad hoc*; pero aquello, valga la verdad, me había parecido, aun en medio de mis fervores, cosa de juego y andares y pasa-

tiempos de la moda, para llevados á cabo en un estanque... Lo auténtico, lo macizo, debía ser cosa muy diferente.

Y de ello me convencí una noche pasada en Villanuevo en compañía del párroco de allá, el Padre Antonio Morales, gran amigo de mi tío el canónigo. Este P. Antonio frisaba, cuando yo le conocí, con los setenta años, y tenía las manos muy gruesas, la nariz grande y carnosa, cano y abundante el pelo y no menos las cejas, la dentadura completa, aunque algo amarilla, los ojos negros, pequeñitos, alegres y acariciadores, la boca sonriente y el color como el de la langosta cocida. Había allí plétora de rica sangre, mucho trato con el sol y el aire del mar, salud de cuerpo y alma y recia textura.

Me recibió con singular contento, me tuteó en seguida, me molió los hombros, á golpes de sus manazas, con mucho de «¡Misericordia divina!» y «¡Señor Uno y Trino!», me nutrió como si fuera á cebarme, y, sabiendo lo aficionado que era yo á las cosas de la mar, invitó á pasar la velada con nosotros á varios de

sus contertulios.

El que primero llegó fué D. Sebastián Vinuesa, ayudante de marina del puerto, alto, fornido, guapo y joven todavía, pues no llegaba ni con mucho á los cincuenta de su edad. Muy simpático.

—Este no es de aquí—me dijo el Padre Antonio al presentármelo.—Es de por allá, de por Alicante; pero como si ya fuera nuestro.... y de los buenos.

El recién llegado, que como buen marino no era muy cumplimentero, pero sí muy expansivo, apoyó lo dicho por el párroco y empezamos á hablar de mi viaje, de si estaría mucho tiempo con ellos y de una porción de cosas indiferentes y triviales, hasta que al cabo entraron en el comedor, conducidos por el P. Antonio, tres hombres, todos los cuales, cada uno á su manera, eran dignos de atención. El más viejo de los tres era bajito, enjuto, todo nervios y osamenta, cara muy pomulosa, ojos vivos é inquietos, brazos muy largos y manos gruesas y duras. Usaba sota-barba, enteramente cana, lo cual contrastaba mucho con lo quemado del cutis y le daba un aspecto de gorila

envejecido.

El P. Antonio me le presentó diciéndome:

—Este es el patrón Lorenzo Capella... *Cuaderna*, por otro nombre, y no lo lleva á mal, como ninguno de nosotros, que á todos nos viene de casta el llevarlo.... Ya lo ves, que no es un niño; pero todavía hay hombre para mucho... Mucha alma y fuerte como un *fierro* ¿no?

—*Encara* se aguanta un cabo,—contestó el vejete, con un conato de sonrisa y estrechándome la mano como en un cepo.

El que le seguía en edad era un hombre formidable: alto, grueso, erguido no obstante sus sesenta años, torso de gladiador, manos como mandarrias, piel bronceada y gran barba gris.

—Juan Carreras, alias *Obenque*— dijo el P. Antonio cuando el presentado sumió mi mano en la suya, magullándomela materialmente.—Práctico del puerto ahora; contramaestre y marinero de toda la vida. Buena pieza, buena... Porque no vayas á figurarte que en toda esta gran fachada haya un dedo de carne

fofa: de una castaña de este *liberanos Domine*.

—No es tan fiero el leon como lo pintan,—replicó el gigante con una voz que denotaba un pulmón digno de su corpulencia de toro.— Se ha puesto la mano donde otros y nada más, y *encara* se podría poner si viniese el caso; pero ya comenzamos á ir gaviás bajas: esto se queda para la gente joven.

Y al decir esto me señalaba con el pulgar de la mano derecha, por encima del hombro, al tercer personaje, el cual, con ser los dos primeros tan interesantes, me había robado la atención.

Tendría de treinticuatro á treintiseis años y al mismo patrón Obenque le aventajaba cosa de tres dedos en estatura. No era tan corpulento; pero fuerte como un roble, esbelto, airoso, de una armonía de líneas perfecta, de una contextura y trábazón de músculos ferreamente ligadas, reposado de movimientos, de mirada serena é inteligente, carà simpática y varonilmente hermosa. En una palabra, la figura más gallarda de hombre que he visto jamás.

—Este es Pedro Montes— me dijo el P. Antonio al presentármelo.—De este no hay que decirte más sino que lo mismo embestiría con un hombre que con una docena, que con un toro bravo.

—*Stop*, P. Antonio,—contestó Pedro Montes sonriendo.—No hay que pasar de la medida.

—¿Que nó?—replicó el cura con su peculiar vivacidad.—Pues has de saber, que se le ha visto romper un remo sano y entero en unas regatas; se le ha visto detener con una sola mano, asiéndolo por las barras de atrás, un carro tirado al trote por un mulo de bríos; se le ha visto levantar veinte arrobas sin que le temblase el pulso...

Pedro Montes me miraba tranquilo y sereno, como si las palabras del P. Antonio no fuesen con él, y cuando el anciano hubo concluido su relación, contestó él, con un hablar lleno de armonía y una entonación que tenía algo del ritmo reposado y sereno del oleaje en mar tendida:

—Que yo alce del suelo veinte arrobas sin que me tiemble el pulso, no es

ningún *miraclo*: más haría un buey; pero vender una viña para salvar del *presilio* á uno que días antes lo había arrastrao por los cabellos, esto lo hace quien yo me sé y ninguno más.

—Y anda que te quiero, morena,—añadió el patrón Obeñque guiñando un ojo.

Alborotóse el P. Antonio al oír tales indirectas, y sonándose ruidosamente con su gran pañuelo á cuadros azules, que parecía una tohalla, le dijo á Pedro Montes con vehemencia:

—Que yo haya hecho eso que tú dices, no es cosa fuera de lo justo y corriente en un ministro del Señor, aunque indigno; pero que tú hayas salvado en una tempestad á quien yo me sé—y echaba los ojos hacia donde estaba Cuaderna—cuando sólo por un milagro de Dios podías salvarte tú y los de tu barca...

—Bueno, bueno,—interrumpió Pedro Montes.—Conversemos de otra cosa, si le parece...

—Ya se hubiera mudado de conversación,—replicó el cura todavía algo alborotado,—si no me hubieses tirado de la lengua... Porque todo esto que he di-

cho de tí y de Lorenzo y de Juan ha sido para que este señorito sepa con quien se embarca y que los amigos que yo le presento son como son... Con que á otra cosa.

Terminada con esto la generosa disputa, saqué la petaca y les ofrecí cigarrros; pero únicamente Vinuesa tomó uno. Los demás se excusaron: el padre Antonio enseñándome abierta la cajita de rapé, Montes diciéndome que no lo usaba y Obenque y Cuaderna declarando que *masticaban*, y acercaron con el pié una escupidera para sus negros salivazos.

Entonces el padre Antonio sacó de una alacena unas copas y una botella de ron del mejor de Jamaica, regalo de un capitán, «con treinta años encima», como declaró el sacerdote.

De esto del ron no se enteró el patrón Cuaderna, pues dormido de un momento antes echaba un sueñecito, cabeceando fuertemente. Noté yo entonces que el viejo marinero llevaba un arete de oro pendiente de una oreja, pregunté el porqué y me dijeron que aquella era la insignia de patrón usada antiguamente.

Obenque le despertó, poniéndole una manaza en el hombro y diciéndole:

—Arriba dormilón, que hay novedad á bordo.

Restregóse los ojos el vejete, y largando un bostezo nos manifestó que «bien dormido no lo estaba, pero que no *acostumava* montar la guardia á tales horas. Ahora que el sentido tan claro como nosotros».

—¡Contra!—exclamó riendo el patrón Obenque—y parecías un falucho con marejada de *prova!*

Deseoso de animar la conversación y llevándola con maña, logré que hablaran mis contertulios de lo dura que es la vida marinera, y enzarzados en esto manifestó el Ayudante Vinuesa que á él «le había pasado una cosa... pero, vamos, tampoco valía la pena»... Instámosle todos á que lo narrara; no se hizo mucho rogar, y entre chupada al cigarro y sorbo al ron, empezó así:

Era mi primer viaje de capitán. Mi padre, que en gloria esté, me entregó

una goleta, en la cual él y yo habíamos navegado mucho, y me dijo: «Vamos á ver qué tal te manejas con este pimpollo». La verdad que lo era: buenos andares, muy manejable, bien cuidada y un aparejo que no había más allá. La gente, buena también: un piloto, canario, de mi misma edad, buen chico y diligente; un grumete de unos trece años, cuatro marineros, tres de los cuales eran hermanos; y un contramaestre, ya viejo, pero duro á la faena, muy experimentado y sobre todo muy afecto á mí y á mi padre: le llamábamos tío Moreno... Con que fuimos á Santo Domingo, cargamos maderas...

—¡Santo Domingo, mala *terra!*— murmuró el patrón Cuaderna.

—No fué la tierra la mala, patrón,— dijo Vinuesa.—Mientras estuvimos fondeados no pudimos pasarlo mejor. Lo que es malo de veras es el río. Se levanta allí por las mañanas una niebla que envenena el aire y aquello fué lo que nos fastidió... Con que salimos de allí á buen andar con todo el trapo al viento y más que hubiera, porque se acercaba la épo-

ca de los equinoccios y yo quería pasar la zona cuanto antes... Iba todo á pedir de boca: el barco daba de sí, porque era una alhaja, y el tiempo muy favorable, cuando una mañana observé que el piloto no subía á relevarme... Supuse que le habría dado fuerte el sueño y me aguanté cosa de media hora... Con que al fin, me asomé á la cámara y le grito: «Anda, Emilio, que no es cosa de broma... Las ocho y media son». — «Me parece que estoy malo», me contestó. Con que bajé y me le encuentro sentado en su litera con las piernas afuera, mirándose la lengua en un espejillo: la tenía negra y gruesa... «Nada, nada», le dije: «acuéstate y toma un purgante... Ya me pasaré arriba con el tío Moreno». Con que subí, volví á bajar al cabo de una hora y el pobre Emilio peor y al cabo de otra re-tepeor y empieza á hincharse y á decirme que se muere y á cumplirlo ¡guanajo! y á la madrugada, con un lingote en los piés y liado en una sábana, le echamos por la borda afuera.

— ¡Misericordia divina! — exclamó el padre Antonio. — ¡Sin confesión y sin,

sacramentos! ¿Y no le rezasteis?

—Un Padre nuestro y la señal de la Cruz, y adelante, padre Antonio; porque si yo me paro á considerar lo que me amenazaba, me vuelvo loco aquel día... Esto era por la madrugada... pues á las ocho, que no puede montarse la guardia completa porque dos de los tres hermanos están con la maldita fiebre y empiezan á hincharse.

—¡Y anda que te quiero!—interumpió el patrón Obenque.

—Señores,—prosiguió el narrador,— y á los dos días me sucedió una cosa que llegó á hacerme creer que resucitaban los muertos...

Sorbo de ron, chupada al cigarro, salivazo de Obenque, sonamiento del P. Antonio y tremenda cabezada de Cuaderna, que ni aun con la copa de ron pudo vencer la modorra. Los que estábamos despiertos acercamos más nuestras sillas á la mesa y unos de codos, otros de brazos encima de ella, adoptamos la posición más cómoda para no perder una sílaba de la interesante narración. Yo era el que más me distraía y

esto para mirar á los poderosos atletas que tenía enfrente, cuyas muñecas fortísimas asomaban por las mangas de sus chaquetas azules.

—Fué el caso—prosiguió Vinuesa— que se habían muerto á media tarde los dos hermanos y el tercero se había acostado también, atacado de lo mismo.

—¡Recolcha!—exclamó Pedro Montes—¡Qué manera de largarse!

—Yo mismo saqué del rancho al enfermo, para que no estuviera entre los dos cadáveres, y le llevé á popa. El tío Moreno y el otro que todavía estaba sano, descansaban, y yo me estaba al timón. Para hacer la maniobra necesaria dejaba de timonel al muchacho ó trincaaba el timón, que era lo más frecuente, porque el chiquillo bastante tenía que hacer con la cocina y con llevar tazas de té al enfermo. Esperaba que viniera á relevarme el tío Moreno á fin de que se encagara de echar al agua los muertos... Con que tuve que cazar la escota de foque y me fuí á proa; subí al castillo y mientras estaba yo allí, oigo una voz que me llamaba muy quedo: «Don Sebastián,

don Sebastián»... Vuelvo yo la cabeza y al ver en la obscuridad un bulto en la misma boca del rancho, en donde no había más que los dos difuntos, se me erizaron los cabellos y tuve miedo ¡guajonajo.! Creí que uno de aquellos venía á llamarme desde el otro mundo: por cierto que antes de salir de Santo Domingo le había largado yo á uno de ellos, por borrachín, una castaña... Con que me revestí de valor, me lanzo á él, le aferro por el pecho, y entonces ví que era el hermano enfermo que con el delirio de la fiebre había venido á buscarme. Pero no pararon aquí las desventuras, porque al cabo de un rato viene el tío Moreno y me dice que el otro marinero se hincha también... Miren ustedes: el grumete me salvó, porque si no me esconde el revólver aquella noche me mato: á buscarlo fuí á la cámara... Se me pasó al fin la locura y con el tío Moreno y el niño echamos al agua los cadáveres.

—Es decir, que se iba V. quedando sin gente,—le dije yo vivamente interesado en la narración;—pero pediría usted auxilio á algún buque...

—No señor; no lo pedí,—exclamó Vinuesa,—ni podían dármelo... Lo que yo necesitaba eran hombres de fresco, porque víveres me sobraban, y el darme gente era llevarla al matadero. Únicamente un buque de guerra podía darme lo que había de menester... Por cierto que una mañana ví el cielo abierto: por babor venía hacia nosotros un buque de tres palos, mucha envergadura y botes á los costados... «Barco de guerra tenemos» pensé yo y puse bandera pidiendo plática; pero ¡guanajo! se me acerca el fragatón aquel y ví que era un ballenero. Saqué la tablilla de observaciones, se la enseñé, me enseñaron ellos la suya, y pasó de largo.

—Pero no podía V. pedir remolque ó volverse atrás?—le objeté.

—Si que podía; pero tenía yo entonces veinticinco años y mucha sangre en las venas, era mi primer viaje de capitán, como ya lo he dicho, y quería rendirlo redondo á todo trance... Bueno: pero lo peor fué que el marinero que había enfermado últimamente murió también, que de los ocho que nos habíamos embarca-

do no quedábamos más que cuatro y aun de estos uno estaba inútil y á punto de morir, y que el mismo día en que echamos el último cadáver al agua se me acerca el tío Moreno y me dice: «Don Sebastián, he aguantado lo que he podido; pero ya no puedo más: también yo me largo...» Se me cayó el alma á los piés, porque toda mi confianza la tenia yo puesta en el pobre viejo. Tuve que hacer de tripas corazón y animar al enfermo, que sí lo estaba, con bromas que se me quedaban agarrotadas en la garganta. Le hice colocar en una camareta que estaba sobre cubierta y allí se recostó él... Con que yo, al cabo de un rato, para entretenerle, le dije: «vaya, tío Moreno, vamos á echar la corredera... Tome V. la ampolleta y avise...» Con que la tomó y al echar la corredera le dije: «¿Listo?»—«Listo», me contestó. Hala, hala, hala... y el tío Moreno sin cantar el *top*... Me asomo á la camareta ¡guanajo! y el pobre viejo había dado fondo para toda su vida.

—¡Colcha!—exclamó Pedro Montes—aguantó como un diaño.

—Es que un viejo de esos—añadió sentenciosamente el gigantesco práctico—llega á ponerse tan duro como el bronce. Parece que están brindados ¡contra!

—Y V. ¿cómo se quedó? le pregunté al Ayudante.

—¿Yo? Lo que hice fué romper en una sarta de guanajos y otra de reniegos y me puse á correr por la cubierta como un loco y secándome cada lágrima como el puño; pero tuve que atender á la maniobra porque roló el viento y nos dieron unas rachas que no se aguantaba nadie á bordo... La suerte fué que dos días antes, con el tío Moreno, que ya debía sentirse atacado de la fiebre, habíamos arreglado el aparejo, de manera que fuese manejable para uno ó dos, valiéndonos de las velas de cuchillo y sirviéndonos mucho de la cigüeña; en fin, nos ingeniamos para que desde abajo se pudiese maniobrar con lo más del velamen... Entonces fué cuando me ví yo negro: tan pronto renegaba, como cantaba, como le pedía á Dios una mala racha que nos hiciese dar la voltereta... Iba siempre rendido de fatiga y sueño, y dormía, cuando

me caía ya, en un colchón sobre cubierta, liado en una manta.

—¿Y de *conquibus* como iba? preguntó el P. Antonio, haciendo ademán de tragar.

—De esto cuidaba el muc'iacho. Encendía lumbre, ponía una olla con agua y sal y unas patatas, y luego, como traíamos de Santo Domingo una porción de gallos de peléa, cogía uno ó dos les retorció el pescuezo, los desplumaba y destripaba, y á la olla con ellos... Con que á todo esto pasaban los días y nos habíamos quedado el único de los tres hermanos, que hinchado de cintura para abajo, se estaba al timón, sentado, el grumete, y yo, cada vez más rendido por el enorme trabajo que tenía que hacer. Las noches me las pasaba solo... Cincuenta y tres días duró el viaje, señores, y al cabo, cuando medio desarbolado y sin más velamen que un trozo de guaira y un foque nos acercamos á la costa de Galicia, se desató un temporal de los duros...

—Y anda que te quiero, morena,—  
murmuro el patrón Obenque.

Pasamos una noche un punto más que en el infierno... No veíamos la tierra; pero la oíamos ¡guanajo! y cerca, por el rebramar de la resaca. Miren ustedes: lo que más me hizo padecer en todo el viaje fué aquella noche y el oír al pobre marinero hinchado, que no sabía que hacer del timón, y no cesaba de lamentarse, con una voz del otro mundo. «Don Sebastián», me decía llorando: «después de lo que V. ha pasado, después que yo me he dejado á mis hermanos en el mar, llegar á la tierra y cuando ya estamos á las puertas de casa, venir á perderse todo... ¡D. Sebastián de mi alma!»—«¡Calla muchacho! calla, ó te trinco en la bodega»—le decía yo—«no me vengas con estas cantimploras ¡guanajo!» Pero el pobre no tenía consuelo... Con que llega el día y estábamos á dos ó tres millas de la costa... de Galicia, supuse yo que era; pero el sitio no lo conocía... Y el barco hacia las peñas y yo aferrado al timón, el marinero llorando y el chico á mi lado, con los ojos abiertos como vasos. Conque ¡guanajo! veo yo un boquete entre dos peñas y enfilo el barco por allí y

viene una ola grandísima y dando tum-  
bos y enmedio de un remolino infernal,  
pasamos al otro lado... Me encontré, co-  
mo llovido del cielo, en una ria inmensa...

—¡Y luego no creer en los miraclos!  
—exclamó el patrón Obenque.

—Esto es, Juan, esto es:—añadió el  
P. Antonio.—La misericordia divina y  
no más: esto fué, D. Sebastián; porque  
dar la casualidad de encontrarse cerca del  
boquete y verlo y enfilarlo bien y venir  
la ola, disposición de Dios y no más...  
Porque, por la cuenta, el boquete no era  
la verdadera boca de la ria...

—No, señor ¡ ca! Aquello era un bo-  
quete tan estrecho que las dos peñas es-  
taban á toca-penoles. Por allí no pasan  
más que barcas de pesca en dias de buen  
tiempo.

Mientras que el P. Antonio, Pedro  
Montes y Obenque comentaban sabrosa-  
mente la terrible odisea, no me cansaba  
yo de contemplar al heroe de ella. Me  
sentía pequeño ante aquel hombre, que  
contaba hazaña tan grande como quien  
narra las peripecias de una gira campes-  
tre, y ante aquellos otros que le escucha-

ban sin dar señales de admiración, porque, punto más punto menos, tenían en la historia de su vida páginas semejantes y del mismo calibre ó quizá mayor; hazañas que fuí conociendo por lo que de sus labios oí aquellos días, por lo que otros me contaron y por algo, no menu- do, que vieron mis propios ojos.

Poco después se despidieron muy afectuosos; prometiéronme llevarme á la pesca, díjome el P. Antonio que veladas como aquella las tendríamos todos los días, y al fin me acosté en una cama bien mullida, dominado por la impresión que me había hecho la narración del *viaje sin gente* «que no valia la pena,» y llenos los ojos y los oídos del pintoresco lenguaje de mis contertulios y de su pelaje y contextura.

Muy pronto concilié el sueño, tan molido estaba, y creo que se empalma- ron en mi cerebro las funciones del pen- sar despierto y del soñar dormido, por- que no supe después en donde había acabado lo uno y comenzado lo otro. Ello es que entre otras cosas que ahora no recuerdo, ví en sueños al capitán Vi-

nuesa echando al mar, por la borda de su goleta, cadáveres hinchados, muchos, muchos... á Cuaderna convertido en un verdadero gorila encerrado en una jaula, y á Pedro Montes y á Obenque, uno á cada lado de una pila llena de agua, haciendo nadar barquitos de papel, en los cuales remaban, echando los bofes, unos hombrecillos como hormigas, vestidos con camiseta rayada y gorrita de *clubman*. ¡Cosa rara! Aquellos hombrecicos tenían la misma cara de otros muy conocidos míos, reales y verdaderos... y entre ellos, para vergüenza mía ¡también me encontraba yo!



# Un Apóstol

*A mis excelentes amigos*

D. Ambrosio Carabó y

D. José Roca, Pbro.



---

---

**E**L invierno de aquel año se distinguió de los demás en lo tempranero y en lo frío y hasta en sus mismas postrimerías se mostró ceñudo y desapaible. Se despidió de Villanuevo con una tramontana fría y tempestuosa y una lluvia incesante, copiosa, tenaz, que convirtió la villa en lodazal inmenso; roló después el viento hacia el gregal y fué recorriendo el cuadrante, desencadenando violentas ponentadas y mestrales de los duros. Los pescadores más viejos no recordaban cosa semejante y esto constituía la conversación de todos ellos.

Y el caso era que había días de aque-

llos magníficos y sonrientes, como en Mayo; días en que el vendabal barriía los nubarrones y dejaba el cielo limpio y despejado; pero el mar continuaba tan encrespado y rugiente. Hasta el pueblo llegaba el formidable rugir del oleaje al romper en los peñascos de la costa, y por las noches, sobre todo, se oía, junto con el incesante bramido de las olas, el temeroso mugir del viento en las calles, aquel vendabal que llevaba en sus alas voces dispersas de gente que se hablaba á gritos, el canto de los serenós, aullidos de perros, alguna que otra campanada del reloj público y portazos violentos de ventanas mal seguras.

Durante el día, los pescadores con las manos en los bolsillos, el cuello al aire y la gorra hasta las orejas, iban y venían de sus casas á los Porches—su taberna predilecta—y de los Porches á sus casas, bajaban al muelle á dar un vistazo al bote y un refuerzo á las amarras... y nada: aquello llevaba camino de no acabar en un mes. En los días de lluvia no eran tantas sus idas y venidas, aunque no por esto dejaban de acudir á

los Porches, sólo que entonces, en lugar de la gorra ó la barretina, llevaban el clásico *sueste*, el holgadísimo *encerado* y las pesadas *botas de agua*.

Pero ninguno llevaba tan sobre el corazón la crudeza de aquel tiempo, como el padre Antonio Morales. Todos los días, mañana y tarde, con lluvias y ventarrones, iba á casa del Ayudante de Marina, á dar un vistazo al barómetro y veía con desconsuelo la inflexible manecilla fija en un mismo punto: tempestad y más tempestad. Luego torcía el rumbo, pasaba por los Porches y preguntaba á los marineros más experimentados,—verdaderos barómetros vivientes y parlantes—su opinión sobre «hasta cuando duraría aquel temporal de Dios». Meneaban ellos la cabeza, formulaban sus pareceres, siempre pesimistas y se retiraba él á su casa con un humor que le hacía hablar en voz alta por la calle.

Aquella mañana, al revolver una esquina, se topó con el médico titular del pueblo, joven recién graduado. El día era de los más crudos y el padre Antonio andaba contra el viento, baja la cabeza,

terciado el manteo y la mano en el larguísimo sombrero de teja.

En cuanto vió al mediquillo, como le llamaba él, se ladeó un poco «para recibir el viento por la banda» y empezó á lamentarse á gritos:

—¿Ha visto V., D. Jaime, ha visto V. qué tiempo más condenado? ¡Misericordia divina, qué manera de resoplar! Y lo que es rumbo de amainar no lo lleva: con el salto que dió esta mañana de poniente á gregal, lleva recorrido todo el cuadrante... Nó, pues le digo á V. que si acabado el gregal vuelve á comenzar por la tramontana, no sé hasta cuando durará esto. Lo que es el barómetro del Ayudante, está erre que erre...

—Pero, D. Antonio—le dijo riendo el joven y mirándole con un poco de ironía:—¿A V. que le va en que sople el viento ó no sople? ¡Déjele V!

El anciano abrió los ojos con asombro y en un tris estuvo que el viento le arrebatase de las manos la larga teja. Hizo un movimiento, como si le hubiese picado un tábano y miró fijamente al médico.

—¡Pues, hombre, me gusta!—exclamó—¿Con que á mí no me importa esto? Si todos fueran como V. y como yo, que guisado lo hemos de hallar en casa y no tenemos pedazos de nuestras entrañas que nos pidan pan y abrigo... Pero ¿sabe V. lo que significa un temporal de estos para los pobres que viven de la mar?

Bajó la cabeza el médico y no contestó: le había confundido la respuesta del P. Antonio. No solamente no había pensado jamás en lo que el cura le decía, sino que aquella misma mañana había permanecido largo rato en la azotéa de su casa, admirando, con delectación de artista, la tempestad furiosa, con sus negros nubarrones, la violencia del huracán y el espantoso oleaje de la embocadura del puerto... Él no había visto más en la tempestad aquella, y ahora venía el humilde cura de Villanuevo á darle á él lecciones de... altruismo y de arte. De arte también, porque nada tenía que ver la sublimidad de aquellas fuerzas enormes en su lucha suprema, comparada con los poemas del dolor humano que debían desarrollar aquellos días incle-

mentes entre la gente marinera... Él había contemplado la belleza de la borrasca sin sospechar las pesadumbres y los dolores de tantos hombres sin jornal, de tantas madres apenadas, de tantos niños sin pan... Pero lo que más le mortificaba era que el mal humor del P. Antonio, en cuanto soplabá un poco el viento, tuviese tan noble causa. ¡Las veces que se había reído él de las *manías* del cura!

—¿Conque no había pensado V. en esto?—añadió el P. Antonio, adivinando los pensamientos del mediquillo.—Y al fin y al cabo, es muy natural en su edad de V... Ustedes, los jóvenes, y sobre todo, los jóvenes acostumbrados á la vida regalona y regalada de la capital, saben muchas cosas, pero de la vida muy poco... Y yo digo que lo se aprende en los libros no vale nada comparado con lo que se aprende viviendo, y viviendo con los demás. Porque, amigo de mi alma, el que solamente sabe de su propia vida, tampoco sabe nada... Hay que ver y que saber ver y que oír... V. puede aprender mucho en poco tiempo: su profesión le obligará á ello y sólo con que se fije

¡cuidado si verá V. cosas! Y es que como verlas las habrá V. visto desde que está V. aquí; pero no las habrá visto V. con los ojos del alma, que es como hay que verlas...

¡El diablo del cura! —pensaba entre tanto el médico.— ¡Pues no le estaba leyendo hasta sus propios pensamientos! Efectivamente, aquellos días había visto muchas miserias en sus visitas á la gente pobre; pero, sí, eso era: no las había visto con los ojos del alma... Había visto, en aquellos días tan crudos, muchos niños sin zapatos, muchas mujeres llorosas, muchos hombres preocupados; pero había pasado junto á tantos dolores como si viera la cosa más natural del mundo... ¡Era tan natural que los pobres fuesen pobres! Había observado, sin explicárselo bien, que al recomendar á sus enfermos que tomaran alimento, caldo substancioso, carne asada, habían repetido sus palabras «substancioso», «carne», «caldo» acompañadas de extrañas sonrisas... Aquellas sonrisas le habían parecido, sencillamente, estúpidas; desde que había oído al padre Antonio le parecían

llenas de amarga ironía. Y entonces sintió una impresión de tristeza y de descontento de sí mismo y se consideró muy por debajo del pobre párroco de Villarnuevo, que ni había leído á Kropokine ni á Réclus ni á Tolstöi...

Y el cura entró en la rectoría. En el zaguán encontró al Velacho, pescador de palangre, muy alto, muy nervudo, poco hablador y algo duro de carácter. En la mano derecha llevaba un balde, con un sargo muy hermoso, y daba la izquierda á un chicuelo de unos ocho años, sucio y desgredado... Aunque el Velacho no andaba muy boyante en punto á vestimenta y sus pantalones de pana, su chaqueta azul, su faja y áun su barretina estaban remendadas por todos lados y mostraban más de un descosido, así y todo parecía un marqués comparado con el chiquillo, el cual llevaba los calzones cortos, un chaquetón de su padre, una gorrita mugrienta y unas polacas viejas, de mujer, muy largas y muy torcidas. El chaquetón, aunque doblado por

las mangas, le tapaba las manitas y por abajo le llegaban á más de media pantorrilla.

La señora Mónica, hermana del padre Antonio, mujercita pequeña, muy aseada, enlutada, de peinado liso y pegado á las sienes y zapatos de paño, estaba en aquel instante, despidiendo al Velacho. Al ver entrar á su hermano, torció la picuda nariz y se le frunció el hocico, erizándosele los pelos de su bigotito, bastante poblado.

Notólo el P. Antonio y se puso á temblar, porque él, que no le temía ni á una borrasca, á su hermana le tenía un miedo cerval.

Alabó á Dios, ello no obstante, al entrar, y dirigióse al pescador.

—¿Qué novedades te traen, Manuel?

—Un sargo,—contestó el Velacho levantando el balde;—pero á la señora Mónica le parece caro.

El padre Antonio se agachó un poco, levantó el pescado por la cola, lo examinó detenidamente y volvió á ponerlo en el balde.

—Hermoso es: pasará de las dos ter-

cias y media...

—Tres menos dos onzas,—afirmó el Velacho.

La señora Mónica tomó la palabra, fruncido el hocico, dura la mirada, seca de acento y las manos plegadas sobre el hundido vientre... El sargo además de caro, no le hacía falta ninguna: tenía ya lo necesario para todo el día... Lo mejor era que el pescador viese si se lo compraban en otra parte: repetía que era caro.

—Si por amor de Dios no lo compran...

La señora Mónica intervino secamente y con muy significativas miradas á su hermano vino á decir que en su casa no se podía ya con tantas caridades, porque todo, en este mundo, tiene su calo y medida y tanta caridad acabaría con todo lo de su casa, como ya se iba acabando... y cuando ellos, es decir, ella y el padre Antonio, tuviesen necesidad, nadie se acordaría del bien que habían hecho... Bueno era hacer limosna; pero tanta, tanta no era ya posible.

En una palabra, que la hermana no

era de tan blandos interiores como el hermano, quien inclinado hacia el sargo, fijo el rabillo del ojo en el rostro nublado y entristecido del marinero, no sabía como contestar á su hermana sin despedir al pobre.

—Bueno,—exclamó enderezándose.—Y tú, Manuel ¿cuanto pides por el sargo?

—Una peseta—respondió el Velacho.

—Una peseta—se atrevió entonces á decirle muy cariñosamente á su hermana el padre Antonio,—una peseta, si quieres que te diga la verdad, Mónica, no me parece tan caro como tú dices, porque como buen pescado lo es y si fuéramos á calcular lo que le habrá costado á este... ¿No te parece, hermana, que bien limpio y salado aguantaría hasta mañana fresco del todo..? Con el frio que está haciendo aguantaría como acabado de pescar... Y además (*esto era una gravísima mentira*) no sabes las ganas que tengo de una caldereta de sargo...

—Aunque no sea más que para llevarme la contraria—contestó con acritud la vieja—ya se sabe que á tí se te abren

todos los apetitos... Soy de parecer que para tirar los cuartos todas las horas son buenas... Y todo por gente que apenas se acuerda de ir á Misa.

Bajó la cabeza el padre Antonio. En el entrecejo de su hermana se formaban las señales de una próxima tremolina, que habría de tener que oír y que contar, mientras en los ojos y en la frente del pescador se amontonaban nublados de pesadumbres muy hondas, y puesto el sacerdote en tan duro trance, exclamó:

—Bueno, Manolo, tendrás que irte con el sargo... Ya ves que aquí no se necesita.

Al mismo tiempo, á escondidas de su hermana, le guiñaba un ojo al pescador, añadiendo:

—Pero ¡Señor Uno y Trino! ¿en donde tengo yo la cabeza? ¡Lo que son los años! Ya se me había olvidado que tenía que hacerle á este unas preguntas sobre su primo el Mastelero... (*otra mentira muy gorda*).

Diciendo esto abrió la puerta de su modestísimo despacho y la señora Mónica, que no tragó la mentira, pero que le

tenía mucho respeto á su hermano en cuando se trataba de su parroquial ministerio, se fué hacia la cocina; pero no sin lanzar una mirada durísima sobre el Velacho y otra muy amenazadora sobre su hermano.

—Ni llamado apropósito has venido, Manuel,—decía en voz alta el P. Antonio, para que le oyera su hermana, mientras hacía entrar al marinero y al niño en la habitación en donde tenía su mesa, su recado de escribir y su pequeña biblioteca.—Entrad aquí y sentaos. Mira: pon el balde ahí fuera.

Sentóse el Velacho junto á la mesa y al otro lado de ella el niño y entre tanto el sacerdote abrió un armario, colocó en él el manteo y la teja, púsose sobre los hombros un balandrán desteñado y un birrete de terciopelo color de pasa, en la coronilla, á guisa de solideo, y charla que te charla:

—Sentaos vosotros y dejadme á mí que me abrigue y me pasee, porque necesito entrar calor... Tú ponte el gorro, Manuel y que se ponga la gorra el niño... Es decir, nó, que ya la lleva... ¡Cuidado

con este condenado temporal! Muchos años llevo á cuestras; pero no recuerdo tempestad de tanta durada. Cuando anteayer comenzó á soplar el lebeche, se lo dije al patrón Cuaderna: «señale lo que quiera el barómetro, de esta tenemos calma»; pero ¡ca! ya dice bien nuestro refrán: «si quieres mentir, parla del tiempo».

A todo esto había tomado un polvillo de rapé, se había sonado diez veces, una por cada paseo, y había hecho cambiar de sitio cada vez que pasaba cerca de la mesa los tres ó cuatro libros de rezo que encima de ella había. De pronto se detuvo delante del Velacho y le dijo:

—Pero vamos contigo, Manuel. En primer lugar ¿cómo está tu mujer?

—Mala,—contestó el pescador rascándose el cogote.—Amarrada desde hace tres semanas, ella que cada vez que paría, en dos días quedaba despachada... Aquesta vez le ha dado un mal aire.

—Quizá por no haberse guardado bien—dijo el sacerdote.

—Por la priesa de levar áncoras.

El padre Antonio meneó la cabeza y

reconvino así al Velacho:

—¿Y porque no pasaste aviso al médico? Pues ni enseguida ni nunca. El poco juicio de siempre; vamos, que todos sois unos condenados del diaño. ¡Misericordia divina, y qué modo de guardar la salud! Y luego cada año un crio, ó dos, si á mano viene... En fin, este mameluco es el mayor.

—Sí, señor,—contestó el marinero bajando la cabeza.

—Y detrás de este cinco... y avante... ¡Misericordia de Dios! Y luego y además que en tu casa no habrá un cuarto ni un pedazo de pan para tanto mocosó...

—No, señor,—replicó el Velacho con tristeza.—Y por esto aquesta matinada, viendo que no salíamos, he pensado «hay que buscarlo».

—Sí, porque si esperais á que se venga ello...

—Y con una caña—prosiguió el marinero—he recorrido la costa buscando un redoso... Caminando, caminando, aquí no ni allá tampoco, el chubasco de las cinco me ha cogido en campo raso...

—¡Y lo llevarás encima todavía!—

exclamó vivamente el padre Antonio, tentándole la ropa.—¡Como una sopa, Señor Uno y trino, como una sopa!—Y añadió como hablándose á sí mismo:—Pues por fas ó por nefas, porque fueron á esto ó á lo otro, así se guardan estos condenados la salud... Tambien es verdad que no tendrá este mameluco más encapillada que la que lleva puesta; pero tambien lo es que como ganas de largarse á la otra banda, la tienen.

Al decir esto el padre Antonio abría á toda prisa el cajón de la mesa y metía la mano muy adentro y sacaba una relojera de paño y la desdoblaba y del fondo extraía una moneda de veinte reales, y mientras volvía á guardar la relojera y cerrar el cajón, mascullaba entre dientes:

—¡Misericordia divina la que se armaría aquí si viese Mónica esto que yo hago y que tan poco es y tan miserable..! Y lo bueno es que lo olerá, sea como sea... porque nariz como la suya para estas cosas...

Púsole al chiquillo la moneda en la mano y le dijo:

—Anda, tú, chinchorro: saca las ma-

nos... Así: venga otro rizo en esas mangas... Anda con esto á tu casa y que compren pan y enciendan lumbre y pongan la olla...

Cerró el niño la mano, apretando con mucha fuerza la moneda salvadora, miró rápidamente á su padre y echó andar; pero antes de llegar á la puerta le detuvo el padre Antonio y le dijo en voz baja:

—Oye: que no vayas á perder esto por la calle ni á decirle á nadie de donde lo sacaste, anda. ¡Ah! y te llevas también el sargo y lo guisais.

Ni el hijo ni el padre le dieron las gracias al sacerdote; pero él, seguramente, se dió por bien pagado con la mirada de hondísima gratitud que le dirigió el marinero, y el temblor de la voz con que rompió éste á hablar en cuanto el padre Antonio se sentó á su lado y dándole una palmada en la espalda, le dijo:

—Anda: ve contando eso.

—Camina que caminarás, me he encontrado en la *cala del Pinar*.

—¡María Santísima! ¡Qué manera de andar! Y estaría aquello...

—Como un infierno, como toda la

costa,—añadió el Velacho.—Pero á mano derecha, al redoso de la punta del *Morro* hay una rinconada y en la rinconada, abajo, como un bancal... Y al bancal he bajado.

—¡Misericordia divina! ¡Allí! ¿Y cómo?

—Arriándome por el peñal, agarrado con las uñas; pero al subir, al subir le he visto la cara á la muerte, porque llevaba yo el sargo y tenía que mirar donde ponía los piés y las uñas para no perderlo... Total que he estado suspendido un buen rato en un sitio, casi arriba, que en que donde ponía las manos se rompía la grava y caían piedras y me daban en la cara... En fin, que al llegar arriba me sangraban los dedos de los piés y saqué avería en el dedo gordo de este.

Carne de gallina se le puso al sacerdote al ver que señalaba el Velacho la *avería* con la uña del pulgar en la falange del índice, dando á entender que se había dejado en las rocas un trozo de media pulgada.

Contó luego el Velacho que cojeando, cojeando, *camina que caminarás*, saltan-

do cercas y pisando abrojos, había recorrido tres leguas á campo atraviesa y que una vez en Villarnuevo había visitado las casas de los pudientes y viendo que no podía vender el sargo, y hallándose en tanta necesidad, había acudido al padre Antonio, á quien, la verdad, «le guardaba para las últimas». Recriminóle el párroco por su falta de confianza y á ello contestó el Velacho que no había acudido á él antes «porque nó, y porque le sabía mal abusar de su hombría de bien y de su caridad»... También él estaba cansado de que le hicieran limosnas; pero en su casa no había pan ni lo fiaban en la tienda, porque hartos estaban y con motivo...

—Y todo por falta de juicio y la... ¡Misericordia divina!—le interrumpió el padre Antonio con cierto tono muy significativo y dándose una palmada en las rodillas.

Se entristeció profundamente el marinero, bajó la cabeza y con acento sombrío murmuró:

—Puede decirlo, puede decirlo... También me pasa esto por los malos

rumbos de mi mujer; por esto... No es que sea mala ella; pero no lo guarda cuando es hora... Ponerle á ella dineros en las manos, es como poner agua en un cesto... ¿Y qué he de hacer yo como no la mate?

Dióle el cura muy cristianos consejos, le mandó que tratase bien, entonces más que nunca, á su mujer y al levantarse el Velacho le dijo muy cariñosamente:

—Y ahora anímate, Manuel... Ya tenéis hoy algo que comer. Esta tarde irá el médico á tu casa... Mañana... mañana amanecerá como hoy. No te apures, y avante, que todos llevamos nuestra cruz. Pero dime: ¿en donde estuviste antes que aquí con el sargo?

Declaró el Velacho que había estado en casa de Pancho Filástica, de Botija, de Gonzalez, de D. Casto Hierbabuena... En todas partes le habían despedido diciéndole que era caro... Aquella gente, segun el Velacho, no comían pescado más que cuando lo tiraban: mucha *fante-sía*; pero el dinero muy *estivado*... El señor Rafael se lo hubiera comprado; pero el modo fué cosa de oír. El Velacho

creía que cuando antaño les había echado de la casa el señor Rafael, había pagado su mujer todo el *censal*, pues para ello habían vendido él su reloj de plata y ella unas *arracadas*. Pues, no señor: con con los líos de su mujer, todavía le quedaron á deber tres pesetas. El Velacho, que no sabía nada de esto, había ido á casa del señor Rafael, y éste, tomando el pescado, le dijo que se lo quedaba; pero «como había esto y esto», de las tres pesetas le descontaba una y quedaban dos.

El padre Antonio casi dió un salto al oír esto y le preguntó al Velacho:

—Y tú ¿qué has hecho?

—¿Yo?—contestó el marinero.—Ni palabra buena ni mala. He agarrado el sargo por la cabeza y con él le he pegado dos guantadas en su cara de pan francés.

Rompió el padre Antonio, al oír esto, en carcajadas tan frescas, que debieron de oírse desde la calle; se apretaba los costados para contener la risa y se esforzaba por hablar y dar á entender al marinero «que nó, que no tomase aquella risa por aprobación de sus guantadas...

¡Misericordia divina!, que nó, que estaba mal hecho pegar así con un pescado... y aunque fuera sin pescado...» pero no daba pié con bola y cada vez lo ponía peor.

Se fué el Velacho, y el padre Antonio, llorando de risa todavía, se quedó meneando la cabeza y acomodándose el birrete y el balandrán, que á cada movimiento que hacía se le deslizaba hombros abajo. Y, segun su costumbre, la emprendió consigo mismo, hablándose entre dientes:

—¿Has visto tú, Antonio, has visto y has oído? Pues ahí los tienes tal cual son. ¡Qué gente esta más endiablada! Porque de la piel de Judas nacieron, no hay que dudarlo... Pero la verdad es que si ellos son malos padecer les toca y sufrir, mientras que los otros... ¡Válgate Dios la poca caridad que hay en la tierra! Va este hombre á la fin del mundo y se baja á los mismos infiernos para sacar un pedazo de pan y se deja allí desgarradas las uñas y la carne en las rocas y luego viene aquí y por caridad de Dios pide una peseta por lo que le ha costado sangre de las venas... Y en todas partes ¡y

hasta en tu misma casa, Antonio! en vez de hallar caridad, da con almas de cántaro que miran el pescado y dicen que es caro... ¡Misericordia divina! ¡Caro el pescado que cuesta sudores de sangre y peligros de muerte! Pero aunque sea caro ¡Señor Uno y trino! ¿no ha de haber un poco de entraña para decirle á un pobre: «Mucho pides; pero ahí va algo para que puedas calentarte el estómago?» Y luego darle al otro la tentación de tomarle el pescado á cambio de deudas... Mal estuvo eso de pegarle, no lo niego; pero hay cosas que no pasan, vamos, que no pasan...

Tomó un polvillo de rapé, se subió el balandrán; se acomodó el birrete, que le tapaba ya media oreja, y prosiguió:

—¡Pobres de Dios! La mujer en cama, y sabe Dios lo que va á ser de ella, él sin ropa y sin comida, y la pollada, que cabría toda debajo de una cofa de palangre, sucios descalzos, desnudos y con hambre... Cuando sepa mi hermana que les he dado un duro, va á ser gorda la tremolina que me armará... Porque lo sabrá, como llega á saber todas mis co-

sas... Y yo, aguantando y temiéndola más que al enemigo malo, lo confieso... Y me dirá que esto es tirar los cuartos, porque la mujer de ese desventurado no lo sabe administrar... ¡Mira tú qué razones! Pobre como ellos, pescador como ellos era nuestro abuelo, que esté en gloria... Todavía, si hurgáramos en los linajes, sangre nuestra hallaríamos en la de ese infeliz... ¿y no he de hacer yo por ellos lo que pueda, que son sangre mía? Y aunque esto no fuera y por encima de esto ¿qué dijo Cristo Jesús, Señor Nuestro, vamos á ver: qué dijo? Pues que lo que se hiciera por uno cualquiera de estos pobres se le hacía á Él mismo... Nada menos á Él mismo... Y luego á estas gentes duras de entrañas y secas de corazón todo se les vuelve recomendarles el juicio y que guarden lo que ganan y que sean bien criados y bien parlados... ¡Un cuerno, digo yo, y pase la palabrota! ¿Qué demonios van á guardar como no sea la saliva? ¿Y que juicio van á tener si los crían así? ¡Jesús, Señor! Y luego, lo que yo digo: que con todos sus vicios y sus faltas, tienen ellos más ley de

Dios y más corazón que esa gente tan remilgada y descontentadiza...

Miró su reloj, vió que era hora de empezar el rezo de la mañana, tomó de encima de la mesa su viejo y voluminoso *Totum*, lo abrió, se santiguó y empezó diciendo:

—*Deus, in adiutorium meum intende: Domine, ad adjuvandum me festina...*





El patrón Obenque  
(Histórico)

*A mi querido amigo*

el Dr. D. Antonio Anglada y Bonet





**A**QUI donde me ves,—me decía no hace muchos años, mordiendo con sus blancos y apretados dientes una pastilla de tabaco virginio,—estuve una vez á pique de ir á presidio ó hacerme pirata.

Tentóme la codicia de oírle contar el episodio, que prometía ser cosa buena, por ser suya, y me senté en lo alto de un cañón viejo, que, empotrado en el muelle por la culata, servía para amarrar buques. Él, con una rodilla en el suelo, agachado, y doblegado el robustísimo torso, recortaba una vela para su bote, y, sin dejar su faena, empezó así:

«Tenía yo un amigo, Juan Portas... tú no le has conocido, porque hizo vela para el otro mundo, hace treinta años... Éramos muy camaradas; *la* habíamos corrido muchas veces de conserva, y habíamos hecho juntos algunos viajes á América... Después de muchos años sin vernos, un día le encontré en *Montifido* enfermicho, acabado, flaco como una filástica, y más amarillo que la cera... Este va á fondear aquí, me dije yo, y lo que es en el arsenal (*hospital, en la jerga del patrón Obenque*) no le remiendan la avería... A la vista estaba que el casco se le había podrido... Era un mal de esos que para conocerlos no necesita uno ni *ostante*, ni brújula, ni *celescopio*... Figúrate tú que tenía eso que pudre la sangre de uno y le sorbe las fuerzas, y al que le pega, por más hombre que sea, me le vuelve de azucarillo...

—Tisis—interrumpí yo.

—Pues eso.—afirmó el patrón:—Tisis... ¡Contra, y que malis son esos que le acaban á uno como una cerilla y no hay melicina que los cure! Bueno: pues yo me dije: A este no le repara naide el

casco, á no ser los aires de la tierra y los cuidados de la mujer y de la madre, y no hay que dejarle ir á pique ni desampararle en estas tierras, porque América ¡contra! se le come á uno de vivo en vivo, cuanti más á un *tisis* como aquel... Lo que es de esta, pensé, me voy á España y me llevo á este de remolque, y lo dejo allá para que le curen, si pueden; y si no, á lo menos que sea la tierra nuestra la que le coma los huesos, y no esta, que no es la suya.

»A contra-viento me daba á mí eso de venir á España... Figúrate que no tenía un peso roñoso para darlo á mi familia y aluego otras cosas: ya sabes tú, la juventud de uno y el poco juicio... en fin, que yo tenía amarras en 'la entraña, que me hacían estar en donde estaba... Pero la amistad y la paisanía son cosas que también se meten muy adentro, y más en tierras lejanas, y me resolví á soltar calabrotes y largarme con Portas.

»No sé si te he dicho que Portas era carpintero de ribera, y yo también estaba un poco untado de este oficio... Busqué barco que viniera á España, y encon-

tré uno que ni de molde: necesitaba carpintero y marinero... Enteré al capitán de los particularis de mi camarada, me comprometí yo á trabajar lo que él no pudiera, se conformó el capitán porque necesitaba gente y no la había, y cerramos trato... ¡Contra y qué cargamento me había echado yo sobre los hombros! Pero la correa de uno para todo daba en aquellos entonces, y salimos rumbo á España...

»Con el buen viento que tuvimos, y el barco, que era de muchos andares, hicimos el viaje mejor del mundo, en lo que toca al buen tiempo y al dejar millas por la popa; pero ya verás, como te contaré, que en lo otro fué la travesía más perra... Por una banda teníamos á Portas, que, fuese porque el mal le entraba de firme, fuese por la falta de alimento, de dia en dia se acababa... ¡Muchacho y qué manera de consumirse! Un hombre como un mastelero y parecía mismamente que no se tenía en pié. A lo mejor se echaba al suelo á descansar, y lo que es rabiar rabiaba siempre, y era natural: un hombre joven, más alto que yo, con una

braza de espaldas y un genio como una pólvora, y se veía en el caso de coger una herramienta, trabajaba un poco y tenía que soltarlo todo, pareciendo que *jalaba* el alma... A mí se me añudaba el gañote cada vez que le veía soltar la barra, mirarme á mí, mover la cabeza y decirme:

—»Esto se acabó, paisano... No serán estos ojos los que vean á mi madre.

»Yo le soltaba la andanada, diciéndole que era aprensioso y meliquitrefe, aunque en la entraña lo sentía de otra manera...

»Esto por una banda, como ya te he dicho, y por la otra teníamos un piloto más malo que la estampa de *Nucifer*. Era hermano del capitán, y por esto, y por el genio propio, tenía unas agallas que no se le podía aguantar. Por menos de nada soltaba la escandalosa, y lo que es la gente de á bordo estaba de él hasta los topes. ¡Contra y que mal alma! Nó, y el capitán tampoco pintaba mal; pero en comparanza de su hermano, era un santucho de Dios... Pues has de saber que el condenado del piloto, en cuanto

vió que el pobre de Portas no podía con su alma, empezó á ponerle la proa encima y ¡anda que te quiero, morena! aquello era para volverle á uno los adentros más negros que la pez... Que si era pereza, que si era galbana, que si le robaba el pan que comía...

—«A ese hombre le mato yo mañana—me dijo Portas una noche, y lo dijo de una manera, que conocí yo que iba de verdá... Razón tenía que le sobraba, créeme, muchacho, porque á un hombre enfermo, que está en las mismas sepulturas de la muerte, que ni sabe si verá á su mujer y á su madre, y matrarle así, era tener entrañas de trigue; y sin motivo, porque si Portas trabajaba poco, yo me amañaba de manera, trabajando por él y por mí, que todo iba como una seda...

»Pasé la noche sin dormir, porque ¡recontra! son cosas serias esas cosas, y el hombre que no las ha pasado no sabe sabe lo que son. Lo primero que hice, antes de salir el sol, fué ponerme al banco para que todo estuviese en regla, y el condenaio del piloto lo primero que

hizo también fué atracar por allá... En el cariz le conocí que traía ganas de camorra... Al poco rato vino Portas: cogió una herramienta, y tosiendo y jadeando se puso á la faena, que daba lástima verle; pero el pirata aquel ¡recontra!—todavía se me enciende la sangre cuando lo pienso,—le dijo:

—«Alma, alma! ¡Fuera pereza!

»Portas me miró y yo le miré á él; solté la herramienta y con buenos modos le dije al piloto:

—«¿Y á qué viene esto? ¿No trabajo yo por él?

—«Y á vos ¿quién vos mete donde no vos llaman?—respondióme el mal alma.

«Se puso como una fiera... Cogió un tarugo de madera, y me dijo, gritando:

—«Lo mismo se lo digo á él que á vos, y soy hombre para hacer con vos, lo que hago con esto.—Y tiró al suelo el tarugo.

»¡Recontra, lo que me pasó por los ojos! Me fui á él, le solté una piña en el mismo costillaje, y ¡anda que te quiero, morena! allá fué el piloto de cabeza contra

la obra muerta... De allí se le llevaron á la cámara.

—«¡De órdago!—me dijo el nostramo.

»No te habrías persignado, y ¡anda que te quiero morena! ya tenemos al capitán, con un cariz de todos los diaños, y empieza á insultarme: que si yo le he pegado su hermano, y que tira y que toma, comenzamos á gritar; yo quieto, y él moviendo mucho los brazos, parece que me arañó, aunque no lo sentí, hasta que Portas me dijo:

—«¡Paisano, tienes sangre en la cara!

«¿Sangre? Me pasé la mano por la cara, y ví que era verdad. ¿Sangre? Aferré al capitán por las solapas, le arrié dos puñetazos en la cara, que se quedó como nuevo, y ¡anda que te quieró! el capitán á la enfermería. Pero lo gordo no fué aquello: lo gordo fué que al volver así mismo la cara, me veo á Portas verde como el cardenillo, con los ojos que le saltaban y una hacha en la mano... Parecía una pantasma de los mismos infiernos.

»—¡Paisano! ¿Al Norte ó á España? —me gritó.

«¿Sabes tú, muchacho, lo que es esto? Pues esto es como decir: «Aquí somos los dueños del barco, y ¡á vivir!». La cosa se ponía negra... La tripulación estaba toda allí; eran siete ellos y podían echarse sobre nosotros y había que matarlos á todos antes que arriar bandera... No me faltaban las agallas ¡recontra! pero no fué menester... Naide chistó; el nostramo manejó el barco y yo no dormí más... ¡Cinco dias sin pegar los ojos, siempre ojo alerta y el puñal al cinto, hasta que llegamos á Vigo!

»Era en tiempos de rivilución y ni siquiera dieron parte parte á la Comendancia. Yo no volví á ver ni al capitán ni al piloto. Les averié de verdad, y según decía el cocinero que les llevaba la comida á la cámara, el capitán, en vez de cara, tenía una cataplasma y el piloto gritaba que yo no le había dao con la mano, sino con una poléa... Y la verdad, la poléa era esta.

Al decirme esto el patrón Obenque me enseñaba el formidable puño, que debía ser más duro que el bronce.

—¿Y Portas?—le pregunté—¿Vió á su

mujer y á su madre?

—Sí; yo le dí remolque hasta su casa.

—Moriría pronto...

—Pues ¿no te dije que traía el casco podrido? Lo que te he contao ha sido para que veas los peligros y temporales que corre uno, y que naide puede decir: «de esta agua no beberé...» Si aquel día la tripulación se tira sobre nosotros ¿qué remedio nos quedaba sino morir ó matarlos? ¿Qué tál, eh? Y, sin embargo, tan honrao era yo entonces como ahora... sólo que la sangre de uno era más de fuego y tenía más aflojaos los aparejos del juicio...

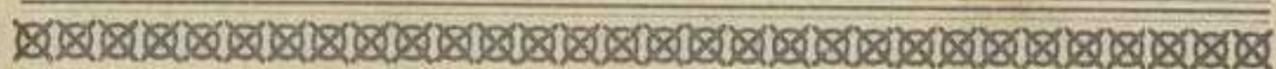
Y del bellissimo rasgo de abnegación de acompañar á su amigo y cuidarle y defenderle hasta exponer su vida por él, no me decía una palabra el patrón Obenque... y ¡anda que te quiero, morena!



# Un Anglófilo

á D. Juan F. Taltavull





**S**I va uno y pregunta al médico D. Santiago Villabona qué es lo más indicado para refreir y áun socarrar la sangre del hombre más paciente del mundo, yo fío que contesta sin titubear: «Que encargue la construcción de un bote al maestro *Frénch Forbis*, de Villarnuevo».

En efecto, mi amigo Villabona, médico joven, titular de Villarnuevo, se aficionó tanto á la mar, que no paró hasta encargarse la construcción de un bote *de primera* al más famoso de los carpinteros de ribera de todo el puerto. Me consultó el caso, y mi opinión fué que si quería

una embarcación lijera, elegante, fina y sólida, que acudiese al maestro Forbes; pero si la quería para antes de que le saliesen á él, el médico, las canas, que no se la encargase al tal maestro, porque podía ocurrir que antes de que el bote vogase, se le hubiesen pasado al pretendiente las ganas de navegar. Tomólo el médico á broma y no me escuchó, y encargó la obra, lleno de impaciencias y deseos, ofreciendo al maestro una buena prima si le entregaba la embarcación *en breve*.

¿En breve? Prometiólo el maestro y vino á mí el médico cantando victoria. Reíme yo de él, se enfadó, apostéle que antes de los nueve meses no había alumbrado todavía el maestro Frénck, aceptó la apuesta con la condición de que ni uno ni otro debíamos influir en el ánimo del constructor, y se empezó la obra.

El maestro Francisco Forbes era un viejecillo vivaracho, enjuto, rugoso y rojo de pelleja, de ojillos muy vivos, lenguaje enérgico y genio irascible. Concurrían en él dos circunstancias muy curiosas: parecía gran fumador y apenas

fumaba; gastaba anteojos y no los usaba: llevaba unas gafas de gruesa montura cabalgantes en la misma punta de la roja nariz; pero siempre miraba por encima de ellas, y todo el santo día sostenía entre los dientes una pipa negra de mango corto... apagada.

Tenía su taller en una covacha, abierta á punta de pico, en los acantilados de Calafons, junto al muelle, y allí, casi todos los días, se reunía una interesante tertulia: el padre Antonio Morales, el Ayudante, el patrón Obenque, Cuaderna, el Noray y otros muchos aficionados, para los cuales tenía el maestro unos banquillos de encina, medio enterrados en montones de astillas, y grandes troncos de roble tirados en el suelo, por si los banquillos escaseaban.

Viejo y sin ayuda de nadie y casi á ojo puro—pues él se vanagloriaba de haber arrinconado las *plantillas* y lo que es el calculo matemático no lo había conocido jamás—era cosa de ver la seguridad con que trabajaba, y cómo, por pura práctica, construía embarcaciones, que, según los inteligentes, eran *pinturas*.

Pero ¡que cachaza la suya! Más grande, sin comparación, que los deseos del mediquillo de ver botado al agua su bote. Lo que yo me reí con los berrinches de Villabona, no es para dicho. Con cuanta más maña iba el médico y le recordaba al maestro French su promesa de acabar el bote *en breve*, con más flema paraba el viejo su trabajo, aplicaba tres ó cuatro fósforos de yesca sobre las frías cenizas de su pipa y mirando al médico por encima de las gafas, acercaba un banquillo y se ponía á charlar con nosotros, mano sobre mano. Y al día siguiente, era infalible: el maestro Forbes se embarcaba en su bote para ir á pescar la caldereta ó con un cesto al brazo y la inseparable pipa en la boca, tomaba el camino de su viña. Villabona, en tales casos, sobre todo al principio, me recordaba el convenio y la apuesta y mi palabra de no influir para nada en el ánimo del maestro. Yo me reía, repitiéndole á mi amigo una frase muy común en boca del maestro Forbes, y todavía usada en Villarnuevo: *By and by to-morrov morning*. Como si dijéramos: «poco á poco hila la vieja el

copo»

Villabona acabó por no decirle cosa alguna y aún dejó de atracar por allá, porque si en lugar de darle prisa la maestro, le decía que había adelantado algo la obra, entonces era peor. En tales casos se le ponía al lado y enseñándole los objetos con la barrena ó con el mazo le explicaba difusamente el cómo y el por qué de lo airosos que construía él los betes. Y ya no había que pensar en verle trabajar en toda la tarde.

Quizá en esto consistiera el secreto de su maestría, pero no obstante y aun por esto mismo, se pasaban en la covacha divertidísimos ratos, porque tanto como cachazudo en el trabajo, el maestro Forbes era activísimo de lengua: charlaba por cuatro y siempre para abominar de algo, en especial de todo lo moderno. Hombre muy religioso, desde muchacho cantaba en la parroquia, de manera que había llegado á dominar el canto llano y alguna vez corrieron por su cuenta las *Antifonas* y aun la *Epistola*, que recitaba desde el coro. Allí, mirando al Misal por encima de las gafas, trataba por de-

bajo de la pata al latín, de tal manera que á veces, desde el presbiterio, el padre Antonio solía soltar algún «¡Señor Uno y Trino!», entredientes, y algún carraspeo muy significativo. Pero lo que más le distinguía al maestro Forbes en esto de la música sagrada, como en todo lo demás, era la energía, y cuando soltaba él su voz estridente en el *Te Deum*, por ejemplo, se le oía modificar, para darlas más fuerza, ciertas letras del texto, gritando: *Tibi Jérubim et Serapím* con toda el alma...

Pues, como iba diciendo, fuera de lo que manda, cree y confiesa la Santa Madre Iglesia, en todo lo demás era incrédulo y aun maldiciente... Vinuesa, el ayudante, gozaba mucho en armarle camorra, especialmente en lo tocante á geografía astronómica: eclipses, redondez y movimiento de la tierra, atracción de los astros y fijeza del sol.

«¡Fijo el sol, fijo, cuando él con sus propios ojos lo veía salir todas las mañanas por levante, dar toda la media vuelta y ocultarse por poniente! ¡Papadineros de hoy día y nada más! ¡Redonda la tierra

y dando tumbos! Otra paparrucha. ¿Pues el agua, cómo se aguantaba, puñalada? No sabía el maestro Forbes para qué tenían los ojos en la cara la gente que tragaba tales bolas... Esto no lo podía decir más que gente de esa que no cree en Dios ni en Santa María.» Y hubiera sido capaz de liarse á cachetes con quien le hubiera llevado la contraria. Al maestro de escuela, cuando supo que enseñaba esas cosas á los niños, no podía sufrirle, y decía de él que lo menos debía ser francmasón, ó cosa por el estilo.

Pero en lo que gozaba de veras era en referir cosas é historias de su buenos tiempos. En esto le ayudaba el padre Antonio. Coetáneos los dos, recordaban tipos, casos y cosas de sus mocedades con un placer que parecía rejuvenecerles, y á duo y cada uno á su manera, celebraban todo lo de su tiempo, en detrimento de lo actual. Veían ellos los días de su juventud á través de los pasados años, prisma de tan rara virtud que suele agrandar lo bueno y empequeñecer lo malo... «¡Si nosotros, los jóvenes, hubiéramos conocido los años de su adoles-

cencia!»

—¡Aquello era rumbo en la marinería!—exclamaba el maestro Forbes.—Lo de ahora... psche... Lo de ahora, cuatro miniquitrefes con los calzones remendados, llenos de miseria y tribulaciones... Entonces, entonces, quisiera yo que lo hubiesen visto estos muchachos: todo era marinería y maestranza... En el *Darsenal* de Molineda, barcos á construir y barcos á carenar... Yo trabajaba allí. La «Plan-dolit», la «*Oleria*», la «Juanita», fragatas, lo que se llaman fragatas de veras, de las que ya no hay, las he ayudado á construir yo...

Entonces la emprendía contra el vapor y las máquinas,—que habían arruinado la marinería y la maestranza,—y sostenía que no valía un comino todo ello.

—A mí que no me vengán con brindados ni corazados... ¡Papadineros de hoy día! A mí que me embarquen en una *real* ó un navío como los que hemos conocido nusotros—¿eh, Tonio?—con ciento y pico de cañones, y á esta gente del día que la pongan dentro de un brindado. Y aquellas escuadras que entraban bor-

deando á toda vela... cada barco parecía una montaña. Entonces se veía quien era marinero y quien no lo era, y aquello era construir... Ahora, pshe... se juntan cuatro barcos, y *amos*, ya tenemos escuadra... Miseria y fanfarria, digo yo ¿eh, Tonio? Escuadras las que hemos visto nusotros de cuarenta y más navíos...

Al llegar á estas alturas empezaba á vibrar en su corazón una cuerda: la del anglofilismo, muy sonora en él, porque no podía desmentir la sangre que llevaba en las venas ni su propio apellido Forbes ni hasta su nombre de Franck. Y proseguía:

—El puerto, lleno, era un maná para los pobres... Las mujeres á deshacer filástica, á lavar, planchar y repasar ropa para los *englishmen* y para los yankees. La buena galleta tirada: el *pis* y el *re-bembool* de los holandeses los dábamos á los cerdos y vengan pastillas de tabaco virginio y *bisquit* y *pennys* y *shelings* y los *jans* y los *soldiers* borrachos por ahí.. A lo mejor se armaba una jarana... vengan puñadas. ¿*You fight With me?* *Yes...* y el que era hombre lo era y el

que nó, se llevaba un ojo *black* á su casa. Aquí todos sabíamos palotear el inglés: *I speack english*.

Resollaba un poco y proseguía:

—Los franchutes... venían también franchutes. *¡Matelots du diable!* Esos, como nuestros españoletes, no tenían un ochavo... Eso sí: mucha pipa y mucho *brandeo*; pero miseria y compañía... En cambio, los *englishmen* cada mozo como un castillo, limpios como una patena, y mucho *brandy*... *¡All right!* y cada borrachera que cantaba el Credo. Nuestra marinería también roncabá fuerte: había aquí quien quien sabía empatar las bazas al más pintado y no faltaba *plenty money*. Buenos sueldos y buenas pacotillas, cuando tornaban del viaje á América traían el maná á sus casas... Onzas como soles en la culebra, habanos de miflor, el pañuelo de seda para las primas, el vestido de lana para las hermanas y la madre, el de *fay* y el *schal* de Manila para la mujer, dulce de guayaba para medio pueblo y la buena picadura y los garrafones de ginebra y de caña á *tanti voleti*... De aquellas arcas suyas

sacaban cosas de todas las partes del mundo: de la China, del Cabo de Buena Esperanza, de California, de todas partes... Y también había más religión que ahora: en cuanto saltaban á tierra, á caballo y al monte Toro, á dar gracias á la Virgen... Y luego, por la noche, guitarras y bandurrias y venga fandango... ¿Y hoy? Miseria y compañía... Aquello era gente ¿eh, Tonio?

Otras veces la emprendía contra las modas actuales... Papadineros de hoy día, dignos del mayor desprecio... Lo que decía de ello el maestro Forbes, no es para contado.

—¿Qué parecen hoy las mujeres? Muñecas de cartón... Hasta se atreven á llevar enaguas de colores y medias negras... ¡Medias negras como las viejas y los muertos! Esto es una porquería. En mi tiempo la falda negra, de *fay* ó de seda y lo demás todo blanco, más blanco que la nieve... Ahora, unas mangas anchas, anchas, y dentro de ellas dos... ¡geringas!

De las modas hombranas el maestro Forbes abominaba mucho más aún: lle-

gaba al insulto, al dicterio, se descomponía todo él... y vestía, en son de protesta, á la usanza de cincuenta años atrás: chaquetilla corta, camisa de cuello vuelto sin planchar, corbatín negro, pantalón *de tapa*—ó de *batiportinglis*, como decía, con mucha gracia, Villabona—y gorra de plato redondo y visera de hule. Todo lo que no fuera usar esto que usaba él, era caer de patitas casi casi en la idolatría. Por lo menos era propio de los que no creen en Dios ni en Santa María.

—¿Y esos que hoy llevan los pantalones estrechos, estrechos, que parecen pegados como moldes á las piernas y mañana los llevan como sacos atados á los tobillos, esos son hombres? Miniquitrefes y cascarrabias son y no más... Después, para acabar la pintura, los mechones de pelo sobre la frente y sobre las orejas, si á mano viene... ¡Maricas digo yo! Nó, que no me digan que estos son hombres. ¡Usar quitasol en verano, gabán ruso en invierno, quien lo había de decir! Pasaba en mi tiempo que algún señorón muy rico de Molineda, usaba estas

cosas; pero hoy cualquier pelagatos tiene miedo del sol y del frío... ¡Miedo del sol un hombre! *amos* son cosas que no se pueden aguantar.

Y un día, día terrible para el maestro Forbes, vió pasar por el muelle á toda máquina dos ciclistas de Molineda, con su gorrita y su camiseta rayada. Estuvo á pique de estallar. Salió á la puerta de la covacha, los miró un rato por encima de las gafas se le cayó el mazo de la mano y quedóse sin palabra. Entró otra vez en la covacha, se sentó en un banquillo, estuvo un rato muy pensativo, y al fin murmuró:

—¡Qué indecencia!

Al día siguiente supo que uno de los ciclistas se había roto la cabeza aquella misma tarde y deshecho la máquina al dar contra un paredón... Aunque quiso ocultarlo, en el fondo de su alma tuvo un alegrón tremendo... Tales abominaciones no merecían otra cosa y él temía que el mejor día lloviese fuego del cielo sobre Villarnuevo y Molineda, fuego del cielo que las abrasase como á Sodoma y Gomorra, cuyo pecado era, al parecer del maestro Forbes, enteramente

igual al que cometían aquellos hombres de todo punto dejados de la mano de Dios.

Y á todo esto, el bote de Villabona sin adelantar un paso.

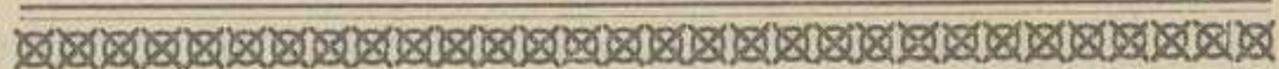
Gané la apuesta... *¡All right!*



# EL GORILA

A D. Juan Mercadal Juan





**C**ADA vez que el patrón Cuaderna oía contar alguno de los episodios de Obenque, de Vinuesa, de Tormenta ó de cualquier otro, si era en las veladas, dormitaba, si en otras ocasiones, permanecía tan serio é impasible, como un gorila tallado en bronce, con su tez curtida al sol, su cana sotabarba y sus ojillos vivos é inquietos, que miraban por entre las blancas cejas, como desde un interior muy profundo. Parecía que nada de aquello rezaba con él, y, cuando más, afirmaba ó negaba con un gruñido.

Pero, una tarde, fuimos á comer un arroz en la costa, y allá, á los postres, fué entrando en palabra y emprendió á cantar y nos hizo morir de risa á todos, al entonar muy saladas guarachas y guajiras y las más extrañas canciones tagalas y aun congolesas. Y no paró en esto su salida de madre, sino que, menudeando los tragos, saltó como un verdadero gorila á la arena de la playa y se puso á *matar la culebra*, jaleado por Vinuesa, Obenque y el Velacho: ¡*Sangá, sangá!*

Y una vez «soltadas las amarras», como me dijo su buen yerno Pedro Montes, tomó la palabra y fué cosa de oír:

—Estos, se lo digo yo en su misma cara, no saben lo que es vivir: no han padecido. Tienen corazón para jugarse la vida de hombre á hombre y contra una tempestad, si á mano viene. Son fuertes y robustos: de una puñada matan á un toro, si se les pica un poco; pero no son de entraña dura... Si se les habla de su madre ó de sus hijos, por poco que tese V. la escota, los verá llorar... ¿Sabe V. cómo me venció éste? (*al decir esto señalaba á Pedro Montes*). Pues salván-

dome la vida con peligro de la suya. Si yo hubiese estado en su lugar y con sus puños, el patrón Cuaderma, como me llaman á mí, estaría con seis costillas rotas, por lo menos, y no me hubiera casado con su hija como él se casó con mi Águeda... Son de buena pasta, créame V. Yo, con ese casco y esa arboladura que maneja él ¡cuidado lo que hubiera sido yo! Ellos me llaman raro é intratable; pero lo que hay es que tengo más alma que todos juntos.

»Y todo está en la crianza... A todos estos los han criado las madres, y luego, cuando han tenido fuerzas bastantes, los han amarrado á la faena... ¡Criados entre algodones, como señoritos, esta es la verdad, y sin que nunca les haya faltado el pan y el abrigo y el cariño de los suyos! Yo me crié con un tío...

—¡Contra, y qué tío!— interumpió el patrón Obenque.—¡Ni *Nucifer*! Lo he conocido todavía, siendo yo niño.

—Ahora diré yo quien era mi tío. Mi madre murió cuando tenía yo tres años, mi padre poco antes, en un temporal, en América, y me recogió mi tia Ana, que

tenía seis chiquillas propias y andaban siempre descalzas: entré en aquella casa para compartir con ellos el hambre, la miseria y los palos, porque allí llovían bofetadas y puntapiés, desde por la mañana hasta la noche, y alguna vez las paraba en firme mi pobre tia... Mi tío, es decir, el marido de mi tia, era un hombre muy largo y muy seco, como un trinquete, y con un ojo vaciado, que le había quedado rojo, como de fuego... Para saber lo negras que tendría las entrañas y lo duro que era aquel hombre, basta con decir la historia de cómo se quedó tuerto: un día, al saltar al bote, tropezó con la barbeta, se cayó y fué á dar de cabeza contra un escálamó... El escálamó le saltó el ojo y en vez de pedir socorro, echó una maldición y gritó: «¡Así me saltara el otro!» A los siete años empezó á llevarme á la pesca con él: yo me mareaba mucho y cuando él lo advertía, me hacía remar sin necesidad de ello y si así no me pasaba aún, sacaba la caña del timón, me daba de firme en los nudillos, y como yo veía las estrellas, me curaba el maréo enseguida...

—¡Qué bárbaro!—exclamó Vinuesa.

—¿Ha oído V. hablar de las pante-  
ras?—me dijo Obenque.—Pues esto.

—¡Cuando yo vos digo,—prosiguió  
el gorila,—que tú y mi yerno y casi to-  
dos habeis sido siempre unos señoritos,  
criados entre algodones! Así estais de  
guapos y arrogantes y buenos mozos...  
Yo no lo he sido nunca. De tanto traba-  
jar me he quedado como Vds. me ven: á  
los quince años tenía yo los brazos y el  
pellejo mismamente como ahora: del no  
dormir y el no comer y el trabajar como  
un negro ¡qué como un negro! ¡como  
una docena de negros! de eso creo que  
no crecí... A los quince años manejaba  
ya el bote por mi cuenta, porque mi tío  
el tuerto me dió la alegría de morir en  
un naufragio.

—Tú estabas con él,—interrumpió  
Obenque.

—¡Vaya si estaba! una tarde, pescá-  
bamos la caballa muy lejos, hácia el sur,  
y nos cogió el temporal. Cuando quisi-  
mos escapar ya no hubo tiempo: lucha-  
mos más de una hora, y él, cada vez que  
una ola reventaba encima de nusotros,

ni siquiera se agachaba: la paraba, firme como un mastelero, y echaba unas maldiciones tremendas: he oído muchas; pero del calibre de aquellas, ninguna. Por fin, vino una mala racha y dimos la vuelta entera. Yo, más ligero, y porque Dios lo quiso, pude agarrarme como una lapa á la quilla del bote: él se quedó debajo, seguramente enganchado, porque no le ví más hasta el anochecer, en que salió á flote: no he visto cosa más horrible ni más fea que su cara: hasta el ojo vacío se le había abierto y tenía la boca abierta también, como si todavía echara maldiciones. Por la noche salió la luna y yo me la pasé entera, aferrado á la quilla y viéndole á él casi siempre á mi lado: á veces parecía que estaba vivo, y, según como venía la ola, se echaba encima de mí y me daba cabezadas en las piernas y en la espalda... ¡Muerto y todo me pegó, recontra! Pero una vez se quedó enganchado, no sé cómo, á mi lado, y de rabia que me dió, le dí dos patadas en el cogote, y se soltó... El que no ha pasado una noche como aquella que diga que no ha pasado nada; pero

tan endurecido de alma y de pelleja estaba yo, que allí, clavadas las uñas en la quilla del bote y echado de panza sobre él, tan pronto debajo del agua como encima, en cuanto amainó el oleaje y ví que la muerte no era tan segura, me entraron unas ganas, muy grandes, de fumar...

—¿Quiere V., patrón, que le diga una cosa?—exclamó riendo el ayudante.—Pues que tan bárbaro era V. como su tío.

—Es verdad, D. Sebastián; pero es que el alma de uno, fuerza de pasar mala vida, llega á ponerse dura como el acero. Bueno: á las siete de la mañana me vieron desde la Atalaya, hicieron señales y vino una lancha con diez hombres: el padre Antonio, que toavía no era cura, venía remando con ellos... Siempre ha sido valiente y amigo de la mar... Me puso como un lampazo porque al poner el pié en la lancha lo primero que hice fué pedir un cigarro... En cuanto á mi tío, el tuerto, no se le ha visto más. Y al día siguiente, á la mar otra vez, á ganar el pan mio y el de mis primas huérfanas, con lo cual, á los catorce años, me eché

encima de los hombros el cargamento de una casa como aquella...

—De todos modos, de buenas se salió V.—le dije.

—¿Entonces?—me contestó—¡Cá! ¡Si aquello no fué nada en comparanza de lo que he pasado después!

»Mire V.: al que le diga que de los tres naufragios no se escapa con vida, díga-le V. que yo me he escapado á lo menos de doce... y toavía se menéa. Los he tenido en bote y en bergantín y en fragata y en buque guerra... ¡hasta en tierra los he pasado!

—Dentro de una cuba de ron—interrumpió Obenque con sorna.—Así, muchos quisieran naufragar.

—Juan, déjate de chinitas—replicó Cuaderna muy serio:—ya sabes tú que si alguna vez se ha alegrado uno cuando mozo, no eres tú quien para ponerle saliva en la nariz... De estos que tú dices, todos podemos contar naufragios... Lo que yo digo es que el que ha tenido el vómito en la Habana y la fiebre amarilla en Veracruz y el cólera en Filipinas, puede decir que hasta ha naufragado en

tierra, y la comparanza no es mala, porque el agua caliente que me tragué yó...! ¡A cubos, me la hacían pasar por el gañote!

»En el servicio del Rey... Mire V. lo que me pasó en el servicio...

—En la Armada, por supuesto...— dije yo.

Me miró el patrón Cuaderna, casi ofendido, como diciéndome con los ojos: «¿Pues donde había de ser, so cascarrabias?», y no me contestó siquiera.

—Yo era guanetero—prosiguió.— ¿Sabe V. lo que son guaneteros? Bueno: los que van á lo más alto de los palos al hacer la maniobra. Venía conmigo un mozo de aquí de lo más templado y valiente que he conocido: mala cabeza, amigo de parrandas y jaranas; pero con un corazón como el oro. Era el amigo que yo más he querido, y él á mí, como si fuéramos hermanos.

»Teníamos á bordo un contra maestre malo como él solo: de los peores que navegan por la mar.

»En aquel tiempo, á bordo de un barco de guerra era como un presilio... ahora,

señoritos todos: ni faenas duras ni maniobra... ¡como que hay barco que ni aparejo lleva! Y la marina española era en mi tiempo la maestra... El vernos á nosotros calar masteleros en la «Ferrolana» era para los extranjeros como los niños cuando les cuentan cosas de encantamientos: nos miraban con un palmo de boca abierta... Aquello era maniobrar y trabajar fino: una vez, en Valparaíso, en una entrada bordeando, nos gritaron ¡hurrias! toda una escuadra de ingleses... El comandante estaba más orgulloso en el puente que si fuera el Rey de los Matamoscas. Pero aquello fué cosa de ver: entrar ceñidos, ceñidos, bordada aquí, bordada allá, y, á lo mejor, lo mismo fué dar la voz de «¡fondo!» que sonar todos los pitos de á bordo, caer las áncoras, quedar aferradas las velas y romper á cañonazos las salvas, todo á la vez, como un reloj... Ahora...

—Mira,—interumpió el patrón Obenque.—Déjate de despreciar lo de ahora, que ya hay bastante con las *sátiras* del maestro Forbes. Dí lo que te pasó con el contramaestre.

— Bueno: — prosiguió Cuaderna. — Pues el contraamaestre aquel le había puesto la proa encima á Pepe Morales, que este era mi compañero, y que tira y que toma, continuamente le estaba :machacando; pero Morales, listo como una centella, siempre tenía manera y maña para librarse de sus rebencazos, hasta que un día, que estábamos á la faena los dos, empezó á gritar desde abajo: «¡Morales que esto, Morales que lo otro, Morales, que te voy á rebentar!» y Morales haciéndose el desentendido; pero trabajando como él sabía. Al ver que Morales no contestaba, el contraamaestre se puso como un tigre y empieza á gritarme: «¡Capella! ¡Lárgale á ese un mandao!»; pero yo, chitón. Con que al ver que yo no hacía caso tampoco y él no podía subir porque había echao mucha barriga, hizo bocina con las manos y me repite la orden. Entonces me volví y le grité también haciendo bocina: «Lárgueselo V.» y seguimos la faena, mientras él, abajo, echaba las tripas, gritando que había de hacer y acontecer.

«Verás tú qué presto se larga este»,

me dijo Morales, y cogiendo una bola de filásticas la dejó caer desde arriba á los piés del contramaestre, para darle un susto, que se lo dió de veras; pero el maldito contramaestre cogió la bola y con ella se fué á darle parte al segundo comandante, con quien tocaba mucho pito, creo que porque eran malos los dos, y al bajar nos ponen á y mí á Morales á la barra y al dia siguiente nos condenaron á darnos diez rebencazos, yo á Morales y Morales á mí. Con que nos llevan á proa y le trincan á Morales al cañón, con las espaldas desnudas, y me dan á mí un chicote bien embreado y toma otro el contramaestre para pegarme á mí si yo no le daba duro á Morales. Así que ví yo á la marinería allí formada y los *lingotes*... ¿Sabe V. que son los *lingotes*, á bordo de un barco de guerra? Pues los soldados de infantería de marina, porque siempre tropieza uno con ellos y con su correaje y sus zapatones... Bueno: allí estaba la tripulación con los oficiales, el segundo y el médico para tomarle el pulso á Morales. Yo que me ví todo aquello y el comandante fuera de las filas, pa-

seándose muy de prisa, y al contraamaestre detrás de mí, se me encendió la sangre, y al darme la orden, en vez de pegarle á Morales, tiré el chicote setenta brazas fuera del buque, y le dije al segundo:

—A este hombre no le pego yo: es mi paisano.

»Hubo un silencio á bordo que se hubiera oído volar una mosca, y pasado un instante, que fué como si se quedaran tontos todos, dió el segundo la orden de que me amarraran á mí; pero la marine-  
ría no se movió: el segundo se puso más amarillo que la cera y cuando el contra-  
maestre vino á cogermé, por detrás, por los brazos, le dí una sacudida que se fué de carena contra el palo trinquete. Al instante me amarraron los *lingotes*; pero ya estaba allí el comendante, amarillo también y muy alterado, se llevó á un lado al segundo, y á Morales y á mí volvieron á ponernos á la barra, con centinelas de vista. Hubo consejo de guerra y supe que se trataba de fusilarme, porque había faltado á la ordenanza... A cada instante me tomaban declaración y los

oficiales me miraban como si estuviese en capilla.

«La suerte mia fué que el comandante era más bueno que el pan y me quería mucho y que íbamos en escuadra y por esto tuvieron que dar parte al almirante. Un día se presentó el general á bordo. Lo conocí yo desde el sollado, en la faena y el zafarrancho que se hizo al llegar él. Con que, entre cuatro lingotes, me llevaron á la cámara del comandante y allí estaban el general, los comandantes de otros buques, el nuestro y muchos oficiales. Yo iba amarrado.

«Con que empezaron á leer y dale y que torna, y yo sin entender palabra, más que alguna vez oía nombrar *el Morales*, *el Capella* y artículo tantos y cuantos y por remate de cuentas el oficial que lo leía parecía que masticaba y hacía muecas con la boca. Por fin calló y me dijo el general:

—«¿Sabes tú, muchacho, que según dice aquí has cometido una falta muy grave contra las ordenanzas y las diciplinas y que has sido causa de un conato de resurrección á bordo?

—»Todo esto son figuraciones, mi general,—le dije yo.

»Me miraron todos como si estuviera yo loco y el segundo nuestro como si fuera á tragarme.

—»¿A ver, á ver?—dijo el general, poniendo mala cara también.—¿Qué es lo que son figuraciones?

—»Pues lo acaba de leer el señor...—salté yo muy tranquilo.—Aquí lo que hay es que por una cosa que no fué hecha con mala entraña y sin haber hecho mal á naide, nos condenaron á mí y á mi compañero... Mi compañero no le había hecho nada al contramaestre y yo menos. Me mandaron que le pegase á mi paisano, que es talmente como pegarle á un hermano, y lo que á es mi propia sangre, yo no le pego.

—»¿Pero sabes, muchacho—me dijo el general,—que esto es faltar á las disciplinas y que te puede costar el pellejo?

—»Eso dicen; pero yo no lo sé: yo sé que no le pego á mi paisano.

—«¿Y tú aseguras que eso se hizo sin mala intención?

—«Esto sí, mi general: aunque me fu-

silén, siempre diré esto mismo... Yo soy la carne y usías el cuchillo: corten por donde quieran; pero yo soy inocente y mi compañero también.

—»Bueno: retírate.

»Me llevaron á la barra otra vez y al cabo de unos dias nos trasbordaron, uno á un buque y el otro á otro y á mí después me llevaron al Apostadero. Antes de partir, me encontré un dia al comendante en tierra.

»—Oye,—me dijo:—¿Sabes tú á quien le debes la vida?

»—A usía, mi comendante.

»—Pues no la debes á mí sino al general, que es muy bueno, y á tu paisano. Tu paisano se dió la culpa á sí mismo y vuestras declaraciones os salvaron... Anda, y ten juicio, que la ordenanza es muy dura.

»Me dió un habano y se fué. En cuanto al contramaestre le busqué y le busqué; pero no pude encontrarle hasta seis años después, en Cartagena, una noche... ¡Por amor de Dios y de todos los Santos cómo se puso aquel hombre al verme! Pasó conmigo un cuarto de hora muy pe-

rro, aunque no tanto como los días que me había hecho pasar él á mí: estoy seguro que se acordará de mí mientras viva si es que no murió del susto y de la paliza que le dí.

»Ahora, el pobre Morales tuvo un final... Miren ustedes: años despues sucedió que fuimos juntos á América. Era su primer viaje de casado y al volver sabía que le había nacido un hijo: estaba loco de alegría y me contaba lo que le decían en las cartas: que tenía su misma cara, que era muy pillín, que mamaba como un becerro ¡que sé yo! Lo que es al niño, en cuanto llegásemos á España, le había de comprar media tienda... Desde la Habana traía ya una trompeta, un caballo de cartón, un vestido muy majo... Pero á la altura de las Canarias, una noche, nos embistió un temporal de los buenos. Con que mandó el capitán una maniobra, porque era necesario aferrar una vela, y como Morales era un valiente y muy marinero, se fué allá y yo le seguí: subía él dos brazas por encima de mi cabeza, cuando me gritó:

»—¡Lorenzo, aguántate firme!

»No se aguantaba nadie sobre cubierta, cuanto más en la jarcia. Daba el barco cada *brandada* que tocaban el agua los penoles: temblaba todo y había que agarrarse bien porque la jarcia le sacudía á uno como una paja: la noche era negra como la pez y no nos veíamos ni las propias manos... Abajo la mar bramaba... En fin, que cuando él me gritó aquello, yo le contesté:

—»¡Bien va!

«Y, caballeros, oí un grito que me heló la sangre: ví caer de arriba un bulto muy grande, que casi me arrastró á mí, hubo gritos sobre cubierta de ¡«hombre al agua!» y á José Morales no se le ha visto más.

Hubo un instante de silencio, pues el narrador estaba conmovido y á nosotros nos conmovió también. Después le dije:

»—¿Y V. bajó entonces?

»—Nó: tuve que aferrar la vela yo solo.

»—¿Y no tembló?

»—No temblé... Cuando temblé fué después, cuando al hacerme cargo del equipaje del muerto, ví las cosas que ha-

bía comprado para su niño: cogí la trompeta y el caballo y lo tiré al mar: ¿ para qué se necesitaban aquellas alegrías?

El feroz gorila calló y callamos todos conmovidos. Empezaba á anochecer y el mar, á nuestros piés, lamiendo las rocas, plañía.





# TORMENTA

Al eminente poeta

D. Juan Alcover Maspons





# I

**C**EN la taberna de los Porches hubo lleno completo aquella madrugada. Llegaban los patrones y los marineros con la espuerta de palmas en la mano, la chaqueta al hombro, los más jóvenes soñolientos todavía y alguno que otro un si no es alegrillo de cascos. Entraban, daban los buenos dias, tiraban sobre el mostrador su pieza de á dos cuartos, escanciábales la mal humorada tabernera su copa de *gin*, caña ó aguardiente, que se echaban al colete, después de decir «salud», soltaban un carraspeo, limpiábanse la boca con el dorso de la mano y

se sumían en la oscuridad de aquel espacioso zaguán, alumbrado por un solo candil de una mecha. Y en seguida entraban en la conversación general, que aquel día era en extremo interesante.

Había acabado, hacía un momento, la fiesta mayor del pueblo y había acabado no como los otros años, por puro cansancio y rendimiento de los villanuevenses, sino por un suceso que en sí mismo nada tenía de particular. Cuando más animado estaba el baile, cuando habían salido al ruedo las dos parejas de fandango de más fama y más gracia, cuyas alegres castañuelas habían hecho agolparse al pié de la Casa Consistorial el pueblo entero, cuando más y mejor rasgueaban los guitarristas y más *refinaban* las bandurrias, sonó fuera del ruedo una voz potente, profunda, una voz terrible que se hechó á cantar:

*Del presidio á onde fui  
esta sentencia me traje:*

*«no hay plazo que no se cumpla  
ni deuda que no se pague.»*

Y por virtud misteriosa de aquella co-

pla, como si un huracan ó un ciclón hubiese pasado por la gran plaza, en un momento se operó en la multitud un arremolinamiento; una especie de pánico la invadió, se clavaron en el suelo los piés de los bailadores, cesó la música, cesaron los gritos y se acabó la fiesta, pronunciando todos los labios con algo de temor y sobresalto una sola palabra: «Tormenta».

Y el caso no era para menos: hacía poco más de seis años que un marinero de los más forzudos y valientes de por allá, Juan Martín llamado *Tormenta* por sus hazañas y tremolinas, había regresado á Villarnuevo de uno de sus largos viajes á América y cuando todo el mundo le creía cruzando el Océano, una noche, casi al mediarla, se había presentado de improviso en su casa y había muerto á su mujer, hundiéndola la tabla del pecho á puñetazos... y había dejado también por muerto á un hombre, el americano más rico de allá, y á los que juzgó él cadáveres, los había echado á la calle, los dos juntos... La adúltera murió en el mismo instante, su cómplice había lucha-

do meses y años enteros con la muerte y aunque muy achacoso resistía aún, y él, Tormenta, fué condenado á presidio por seis años.

Y apenas cumplido el plazo, volvía Tormenta á presentarse en el pueblo, de improviso también, y aprovechaba ocasión tan sonada como la de la fiesta mayor, para soltar aquella copla «abarrotada de amenazas» según el común sentir de los parroquianos de los Porches. Este era el caso.

De pronto se entabló una discusión: un tal Nano, hombre muy alto, muy negro de pelleja, muy estrecho de hombros y de frente y larguísimo de cuello, de brazos, de piernas y de greñas, muy selvático todo él, de quien no se tiene noticia que hubiese llevado la gorra con la visera sobre la frente, sino en el largo y escamoso cogote, se enzarzó en una disputa con el Mastelero, mozo guapo y listo en todas sus cosas, muy afecto á Tormenta por serle algo pariente y por tener arrendado el bote del presidiario y cuya anciana madre cuidaba de la casa de Tormenta.

Otro marinero, el Velacho, había dicho que «por el saludo que había echado á la plaza se podía calcular lo que traería Tormenta en las entrañas» y á ello replicó el Nano que «podía ser que trajera y que no trajera». Pidiéronle que se explicase y contestó «que la copla tenía sentido y no lo tenía, según y como se la mirase».

—¿Entonces porque la cantó?—le preguntó el Velacho.

Y el Nano, con la mayor frescura, replicó:

—Porque tendría cantera.

—Charras por charrar, Nano,—exclamó entonces el Mastelero saltando de la mesa en que estaba sentado, al suelo. —Si Tormenta tenía cantera, por alguna cosa sería... Estas cosas no se hacen sino después de pensadas.

Asintieron los concurrentes con muestras de aprobación; pero el Nano, mirando con estúpidos ojos al Mastelero, le contestó:

—Me parece que un hombre que ha estado en *presilio*, puede venir diciendo que ha estado allí y tres más.

—¿Y esto que tiene que ver con lo que se habla aquí ahora?—replicó vivamente Mastelero.

—Que lo reza la copla,—respondió el Nano.

Mecha, hombrecillo que apenas le llegaba al Nano á la cintura, pero que era lo más gracioso y ocurrente de la marinería del pueblo, intervino entonces diciendo socarronamente.

—Mira, Nano: para cosas de letra y metemáticas que vengan á tí, pero en cosas de sentido no calas ni un dedo.

—Pues digais lo que digais—respondió el Nano en un milagroso instante de lucidez intelectual—la copla tiene dos sentidos.

De peso era la razón; pero el Nano tenía que habérselas con el Cicerón de la marinería villarnuevense, con el elocuente Mastelero, y éste sin negar el alegato de su contrincante, alegó una prueba contundente:

Si fuéramos á las palabras de la copla—exclamó pausadamente y animándose poco á poco—ya estaría bien lo que dices; pero aquí hemos de ver el modo y

como las dijo....Mirad como las dijo que se ha acabado enseguida el baile y hasta los guardia-civiles se han puesto más amarillos que la cera...Todos sabemos quien es Tormenta y que no charra por charrar.

Tan evidente era la prueba que el mismo Nano se quedó sin palabra que oponer y prosiguió el Mastelero:

—Y todavía hay más: Gorda fué *la* que hizo Tormenta, pero la han querido pintar más gorda todavía. Si Tormenta hizo aquel día lo que hizo, razón le sobró, que no porque tenga dineros ha de venir cualquiera sin más ni más á robarle á uno la tranquilidad y la honra y no porque uno está lejos de la tierra y bregando con los temporales para dar pan á su mujer, se le ha de ir la mujer con otro....

Como este era el común sentir de todos los presentes, hasta del Nano, todo el mundo se calló y alentado por este silencio, añadió el Mastelero, con vehemencia:

—¿Qué le hizo Tormenta á su mujer? La hundió el costillaje...Bueno: pues yo

vos digo que la mujer que falta á su hombre ni cortada en pedazos como la uña pagaría el mal que ha hecho. Quese ponga cada uno la mano en el pecho y diga qué haría entonces, que charrar ya se puede así, con la sangre calmada y el juicio sano; pero cuando á un hombre le suben á los topes las mareas de la sangre... Andad á riflixionar cuando la caldera hierve....

Silencio absoluto otra vez; pero el Nano había de llevar la contraria, costase lo que costase, y exclamó dejando á todos en suspenso:

—Parece que tienes razón y no la tienes, Tomás... Lo que te digo es que el que quiere se detiene y el que no quiere nó.

—¡Pero si hay cosas que ellas solas se vienen hiladas!—replicó el Mastelero, y echando mano de un argumento *ad hominem* añadió:—Vamos, mira: cuando tú pegastes dos bofetadas al meliquitrefe que rondaba á tu hermana y le rompiste los morros y algo de la osamenta y por buena compostura te hicieron pagar las medicinas ¿por qué no tuvistes ri-

flixi3n de esto y en vez de pegarle á la cara, que es fácil de romper, no le arriastes dos patadas en la popa, que tiene poco hueso?

Ante razonamiento de tal calibre, el Nano se mantuvo tan sereno y contestó vivamente como si pusiera una pica en Flandes.

—Pues le pegué á la cara porque fué lo primero que me vino á mano.

Al oír esta salida, el que menos de los presentes le llamó al Nano «animal salvo el ánima» que para esto y mucho más daba la confianza y aun la justicia. En cuanto al Mastelero fué cosa de oír:

—Pues si tú á ese meliquitrefe que no te había hecho mal ninguno le pegastes á lo primero que encontrastes ¿por qué demontres, de rediaños charras ahí de Tormenta? Tormenta era tan honrado como yo y como tú y como las barbas honradas que están escuchando y se vió en los apuros más apurados en que se puede ver un hombre. Le metió á su mujer el puño en el pecho y se lo pasó por ojo... ¿Pues qué había de hacer? ¿No crees tú que con los puños de Tor-

menta en cualquier parte del cuerpo que la hubiera dado la mataba? ¿Te parece que en un caso así puede detenerse la mano? La mano se va allá con toda la fuerza que se tiene y da donde da y si mata mata y si rompe rompe.... Es esto una cosa de las que salen del fondo de aquí (*el orador se golpeaba el pecho*) y lo que sale de estas honduras afuera ha de ir.

—Según y como—gritó el Nano, intentando suplir con la fuerza de sus pulmones su falta de lógica.

«¿Según y como?» El Mastelero empezaba á incomodarse. ¿Según y como? ¿Entonces que es lo que hubiera hecho él, el Nano, en el caso de Tormenta? ¿Dar la pitada de aviso para que acudiera la justicia y los metieran á ella y al ladrón en la cárcel? Y el desahogo de uno á donde lo dejaba? Y luego que á ella sí que la hubieran encerrado en el *sollao* del presidio; pero á él, con los dineros que tenía y la justicia como va «¡cá, hombre!»

El Noray, patrón viejo y gordo, muy sesudo y calmado, y con fama de leído, no por lo que leía él, que no sabía, sino por las novelas que le leía una su nieta,

creyó llegada la ocasión de fallar el pleito y lo hizo con todo el buen sentido del mundo. «A su entender uno y otro charraban y no daban en el clavo. Tormenta perdió la brújula y la verdad es que la perdió con su algo de porqué; pero todavía creía el Noray que más que perderla lo que hizo fué echarla por la borda afuera. Tormenta se buscó la perdición y después de encontrarla, pues claro que había de perderse, que Santo había de ser para no hacer lo que hizo viendo lo que vió con sus ojos. Todo el mal de Tormenta estuvo en no haber seguido los consejos que le dió el nostramo del «Joven Paquita.» Tornar á América y no acordarse más de que tal mujer hubiese en el mundo.»

A lo cual replicó el Mastelero que «ya esto eran otros cantares; pero con todo y con ello ¿donde le dejaban aquel bullir de la sangre, que le ahoga á uno, pensando que le estan escupiendo en la misma cara de la honra y aquel morirse de agonía en las mismas entrañas?»

El Noray contestó sentenciosamente «que para todo esto está el alma de

uno y el decir si á mano viene «ahí queda esto» y luego el juicio y el pensar que lo mejor es tomar las cosas como vienen.... Para llorar vinimos á este valle de lágrimas y ya se sabe que donde no llega la justicia de *esta planeta* alcanza la mano de Dios...Una plana sí y otra nó tienen llenas las *historias* de casos de este calibre. Pues ¿qué pensaban los presentes que le sucedió al *Conde de Monticristo* de una historia que le estaba leyendo á él su nieta? Pues que después de haberse vengado de todos los que le habían hecho mal, le tocó luego á él sufrir y uno de los hijos de las *víctimas* le dió al *Conde de Monticristo* de bofetones en la misma cara.»

—¿Con qué pensais que le dió?—preguntó el Noray.

Silencio absoluto. Diéronse todos á conjeturar con qué diablos de instrumento había dado de bofetones al Conde el hijo de la *víctima*. El Nano fué el único que se atrevió á manifestar sus conjeturas.

—Le pegaría con un zapato...

—¡Canay, de bárbaro, que siempre has de meter la pata!—exclamó con so-

berano desprecio el Noray, y añadió con voz solemne:—Pues le pegó *con la mano del muerto*, con la mano de su padre, que se la había él cortado al *cadarbre* y la llevaba siempre en el bolsillo por un si acaso.

Honda impresión produjo en la concurrencia la misteriosa y truculenta historia que se acababa de contar, pues la imaginación de aquellas gentes, de suyo dadas á creer en lo maravilloso, estaba aquella noche muy excitada por la inopinada aparición de Tormenta; pero mayor impresión causó un «Buenas noches nos dé Dios» pronunciado por una voz robusta, profundísima, y la entrada en los Porches de un hombre alto, de cuadradas espaldas, robustísimo pecho, cuello de toro, manos monstruosas, muñeca hercúlea... Había algo de primitivo y salvaje en su cabeza gruesa, su cara ancha y pomulosa, sin pelo de barba, su nariz recia, recta, denotadora de voluntad firmísima, sus estrechos labios, sus ojos negros, inteligentes, de una fijeza de mirada que daba miedo. Parecía la imagen de la fuerza tallada en bronce. De

bronce era el color de su cara y su cuello y sus manos y del bronce tenía la impassibilidad terrible y la vigorosa firmeza con que asentaba sobre sus musculosas piernas el robustísimo tronco. Y sobre todo ello como una pátina un *no-se-que* siniestro, la indeleble y formidable marca del presidio. Aquel hombre era *Tormenta*.



## II

**P**ANCHO Huertas, alias Filástica, era el americano á quien seis años antes había hallado Tormenta en los brazos de su mujer. Nacido en Villarnuevo de familia pobrísima, extirpe de los Filásticas, había ido á Matanzas y fué arrojado allí como un perro para que se buscara el mendrugo de pan que su familia no podía darle. Su astucia y su poca aprensión le proporcionaron una rápida fortuna, casándose con la hija de un amo suyo, con la cual apechugó por más que no fuese muy de su agrado. Con ella y con tres filastiquillas muy endebles, muy negruzcas y muy melindrosas y un filastiquillo algo más robusto, aunque medio salvaje, tornó á Villarnuevo hecho un príncipe, con su correspondiente sirvienta de color, su papagayo y demás adherentes necesarios é imprescindibles en todo americano de aquellos tiempos.

Contábanse en el pueblo leyendas fa-

bulosas acerca de las enormes riquezas de Filástica y el vecindario le recibió con grandes demostraciones de alegría, pensando que en él había de tener un protector y un padre, pues los pobres no conciben que las riquezas de los ricos puedan servir más que para hacerles bien á ellos. Así debiera ser; pero muy al revés es lo que acontece de ordinario, y de ahí proviene que muchas veces el odio de los pobres para con los ricos tiene su origen y fundamento en tal desengaño. Las riquezas de Filástica eran suyas, según él opinaba, su *capital* era suyo y no tenía para qué preocuparse por las necesidades y miserias de los demás... ¿Para qué? Y de tan apretado puño fué D. Pancho, que Villarnuevo entero trocó su admiración y su gozo del principio en un odio mortal por aquel hombre, que además de ser poco dádivo, se mostró altanero y lleno de vanidad. Triste privilegio de algunos que, enriquecidos en América ó enriquecidos en España, han llenado de oro sus gavetas y no han procurado llenar de delicadeza el corazón y de alimento intelectual

su caletre, borricos cargados de oro, que como el mulo del cuento, cargado de santas reliquias, llegan á figurarse que las reverencias del pueblo son para ellos y no para su carga. ¡Cuan grandes nos parecen, por esto mismo, aquellos otros que en medio de las riquezas y aun del fausto han conservado como el mejor tesoro la modestia y el recuerdo de su origen!

Llegó, pues, á Villarnuevo y sobre la casa en que nació, sin duda para borrar hasta el rastro de su humildísima cuna, y sobre las otras casas colindantes de la manzana, edificó una casa grandísima, la llenó de mosaicos, de artesonados, de vidrios de colores y muebles flamantes, todo chillón, todo falso y todo de mal gusto.

Para ocupar la manzana entera le faltaba una casita muy pequeña, muy pobre, muy blanca, pintada de rojo la puerta y la única ventana que en ella había. Esa casita, puesta al lado de la grande, simbolizaba muchas cosas y sobre todo el carácter enérgico é inflexible de Tormenta. Aquella era su casa paterna y al

proponerle Pancho Huertas la venta, Tormenta había contestado que ni «por cuatrocientos ni por cuatro miles, que lo que le dejan á uno los padres se ha de guardar como las reliquias», y, por más que insistió y ofreció Huertas, no pudo conseguir que se doblegase aquella cerviz indómita.

Y aquella casita fué en algo causa de su perdición, porque habiéndose casado de allí á poco el marinero, llevó á ella su mujer, se fué él á sus viajes, y la vecindad y la soledad de ella y joven aún y de malos instintos Huertas y el diablo que siempre allana los caminos del mal, ocurrió lo que ocurrió, y aquella casita fué el teatro de la tragedia más grande que se registraba en los pacíficos anales de Villarnuevo. Por esto desde entonces, la gente del pueblo, cuando pasaba por allí, recordaba el suceso y le parecía que aquella ventana y aquella puerta, pintadas de rojo, estaban manchadas de sangre y el ver tan unidas la pequeña casita y la casa grande les parecía, aunque no se lo esplicasen, otro símbolo : la unión de los destinos de aquellos

dos hombres, asidos para siempre por un lazo de rencor, de sangre y de lágrimas.

Y el pueblo que amaba á Tormenta cuanto odiaba á Filástica, acabó de odiar á éste, al ver al marinero con esposas en las manos, camino del presidio, entre dos guardia-civiles. Se recordaba con todos sus detalles la historia del hecho, narrada por Tormenta á Pedro Montes y á otros amigos que fueron á verle en la cárcel.

« ¡Ah, la gatita mansa, la perra «¡como la había querido él!» Á los cuatro meses de casado tornó él á sus viajes. Al despedirse lloraba ella. ¡ Lágrimas de caimán, troncho! Y él, también había llorado él! Bueno: se fué y pasó el tiempo: un més y otro y otro y tres más y siempre acordándose de ella, con una añoranza que le ahogaba, y luego, cuando tornaba con lo ahorrado ¡para dárselo á ella! y traía en el arca el pañuelo bordado y la mantilla y las arracadas de oro y muchas alegrías y muchos quere-res en el fondo del *ánima*, se encontró en Barcelona, al saltar al muelle, la pu-

ñalada mas terrible que se le puede dar á un hombre.

»—Escucha Juan,—le había dicho el nostramo del «Joven Paquita»;—tengo plaza á bordo para tí.

»—Dársela á otro, nostramo: bastante he rodado por esos mares. Ni por todos los dineros del mundo vuelvo yo á América sin haber dado un abrazo á la mujer y un vistazo á la tierra.

»Que toma y que dale, por fuerza le quería embarcar. ¡Aquel hombre le quería bién, aquel hombre! Bueno: al otro día, otra vez el nostramo.

»—Oye, Juan: no te conviene ir á tu pueblo.

»—¿Qué no me conviene?

»El corazón se le había apretado, apretado.—Le pasaría algo á *ella*? ¿Habría muerto?

«—Nostramo ¿por qué no me conviene ir á mi pueblo?

»Porque el hombre, cuando le coge el temporal, le ha de hacer cara y correrlo; pero no ha de buscarlo... Juan, las cosas vienen á veces rodando de una manera que no hay modo de resistirlas y el

hombre ha de ser hombre y tener la sangre de horchata, si á mano viene.

»—Pero ¿qué retronchos pasa, nostramo?

»—Pasar, como pasar, ya pasa....

»—¿Soltáis la andanada, sí ó nó? ¿Qué le pasa á... *ella*?

»—Cuenta que ha muerto.

Le había parecido que el mundo se le echaba sobre los hombros.

»—Juan, el hombre ha de ser hombre....

«Nostramo, dejaisvos de cataplasmas de consoladuras.... ¿Se ha muerto ó qué?

»—Peor que eso...

»Y lo supo todo.... Lo que pasó entonces por él, ni él mismo lo sabía... ¡Avante! Y emprendió el camino. En Molineda aguardó á que fuese noche bien cerrada y andando, andando, tambaleándose como un borracho, ciego, con el pulpo de la venganza agarrado del corazón, tomó el rumbo de Villarnuevo. Pasó por las calles más solitarias y llegó á su casa, la herencia de su padre... Pareció que el diablo lo había arreglado todo, porque hasta la puerta abier-

ta halló. Abrió el pestillo, empujó suavemente, entró á obscuras, subió la escalera....¡Allí *estaban!*

»Aquel hombre era alto, era fuerte; pero voló, voló como una pluma de la *cambrá* á la cocina, hundido el costillaje y rota la cabeza, sin dar un grito, como si estuviera muerto. Después... después *ella*, la perra: allí estaba; muerta de terror, con la cabellera suelta, el pecho descubierto... Él, Tormenta, la levantó por los cabellos, la apoyó contra la cama y su puño dió allí, en aquel pecho que él había querido tanto, dos, tres, no sabía él ya cuantas veces! Solo oyó de ella un grito de espanto, y el crugir de sus huesos.... Después la echó á la cocina, bajó Tormenta y de una *brazada* les tiró á la calle... Después se dejó prender... A la cárcel; bueno: declaraciones, escribanos ¿para qué? ¿Había más que ponerle en las manos del verdugo? Y un juez de aquellos, que sin duda debía ser tonto, le preguntó si había tenido intención de matar.

»—¡ Qué preguntas hacen los jueces!

¿Pues para qué había ido él á Villarnuevo, troncho?

»El mismo señor le había preguntado si tenía algo que alegar en su defensa. ¿Él? nada: que *tornaría* á matarlos si los tuviera delante. «Pues qué hubiera hecho usía si hubiera hallado á su mujer como él había visto á... pues á esa?» «¡Qué cara había puesto aquel señor!»



## III

**A**L amanecer del día siguiente, el Padre Antonio Morales sostenía conmigo mismo, en su despacho de la rectoría, un coloquio que era cosa de oír.

«¡Misericordia divina! ¡Que siempre hayan de salirte cosas á tí, Antonio, para que no vivas en paz! Esta mañana, antes de la Misa, para que no pudieras celebrarla con tranquilidad, y apenas habías abierto los ojos, ¡zas! el sacristán con el cuento de la llegada de Tormenta y su copla... ¡Diaño de muchacho y con qué empavesada se entró en el puerto! Bueno: te sueltan esta noticia, la compruebas, te estás horas y horas dándole vueltas á la copla y hasta mascándola, de tal manera que te quita las ganas de desayunarte, y al poco rato, «Antonio, que D. Pancho Huertas te ruega que vayas á verle.» ¿Con que lo ruega?

Mejor hubiera hecho en no echarte cuando tú, Antonio, para evitar escándalos, fuiste á su casa ¡la primera y única vez! á decirle que lo que estaba haciendo era faltar á Dios y á los hombres.... El te echó; ¡y lo que son las cosas, Señor Uno y Trino! el mismo que te echó, te llama.... ¿para qué? Pues para que veas de amansar á ese león rugiente, al cual tú, Huertas, tú mismo, hostigaste, por no haberme querido creer... ¿No parecen esas cosas castigos de Dios? ¡Señor Uno y Trino! Y tú Antonio, tú que no tienes nada que ver en eso, tú que amenazaste y suplicaste entonces, tú ahora debes de ponerte á roer ese mendrugo, que estará ¡como si lo viera, Señor Dios de los ejércitos! más duro que el bronce.

»Anda, mísero Antonio, anda y alí-sale la melena al león y límale las uñas y los dientes, para que no muerda, y convéncele de que está mal hecho lo que hizo, para que no vuelva á las andadas. Anda y sondea con los ojos del alma esa otra alma anegada en hieles y amarguras y tómale á pulso el corazón y sácase-lo del pecho y procura ponérselo otra

vez en su punto, pero endulzado y hecho un caramelo... ¡Como si esto fuese obra de dos minutos, misericordia divina!... Y el caso urge, porque si no, se nos va á morir de puro espanto el señor D. Pancho Huertas y se van á desleir de miedo y penitas doña Tula y las tres filásticas y me temo que hasta el loro.... ¡Quisiera yo saber quien ha sido el que les ha ido con el cuento y la copla acuestas ya tan temprano! Y para que uno no pueda negarse, y para que uno no pueda contestar que cada palo aguante su vela, le invocan la caridad de Dios y los clavos de Cristo Señor Nuestro... ¡Caridad, caridad! ¡Santa Bárbara cuando truena, digo yo! Por caridad pedí yo que cesase el escándalo que se estaba dando en el pueblo y me pusieron de patitas en la calle; por caridad pedía yo que no se arrastrase por los suelos la honra de un hombre y se me rieron en las... barbas, vamos al decir, que aunque no las llevo las tengo. Y al fin y al cabo á mí me hace mella eso de que se invoque la caridad divina en mi presencia; pero anda, Antonio, háblale de caridad

á este desventurado, después de haber estado en la *santa y edificante* compañía de las gentes de un presidio.... ¡Señor Uno y Trino, será cosa de taparse las orejas!»

Y como si ya oyera lo que tanto temía, se apretaba el buen cura los oídos con las palmas de las manos y con los codos sobre la mesa se estaba un rato inmóvil y callado. Luego, levantando los ojos al techo, volvía á su coloquio.

»Y vamos á ver, como te las compones tú para sacar agua cristalina de ese pozo de amarguras.... Figúrate que está ya en tu presencia ese desventurado y que te da las buenas noches y tú le pides que se siente... Bueno: ya está sentado y tú carraspeas y te rascas un poco la cabeza y luego le hablas del tiempo y él, de repente, te pregunta por qué le has enviado á llamar.... Vamos á ver, Señor Dios de los ejércitos, vamos á ver entonces de donde te sacas las palabras para convencer á esa... oveja descarriada... ¡sí, buena ovejita estará él! pero vamos, este es el símil. ¿Es gordo ó no es gordo y de mi flor el caso que me está pasando?

Y devanándose los sesos estuvo el padre Antonio pensando toda la tarde en como *le iría á bordo* á Tormenta, sin conseguir otra cosa que asustarse de su propia empresa y acabó por renunciar á todo plan y confiarse en las manos de Dios y depositar el asunto en el corazón santísimo de la dulce Abogada de los pecadores.

—Y no hay más remedio que eso y embestir por lo más revuelto y cuanto más viento más vela.

Apenas hubo tomado esta resolución, sintió renacer sus naturales bríos y al cabo de media hora se presentó, gorra en mano y se quedó parado en la puerta del despacho, el mismísimo Tormenta.

—Avante, Juan—le dijo el padre Antonio, sintiendo que se le formaba un nudo en la garganta y que se le echaba encima todo el enorme peso de aquel tremendísimo asunto.

Acercóse Tormenta al sacerdote, que ya estaba de pié, y alargó la poderosa mano, diciendo:

—Si no hay repugnancia....

Conmoviéronsele las entrañas al buen

párroco y tomando entre las dos suyas la atlética mano que se le tendía, exclamó efusivamente:

—¡Repugnancia yo, mameluco, repugnancia yo! ¡Repugnancia yo que os llevo á todos en lo más hondo del alma! Siéntate, Juan, siéntate y hablemos aquí mano á mano.

Y tal como se había predicho á sí mismo el anciano párroco, hablaron del tiempo y de la pesca y de la salud de los dos, hasta que resolviéndose el sacerdote á embestir por enmedio, le dijo á Tormenta:

—Bueno: y ahora ¿qué piensas hacer?

—¿Como? ¿Qué pienso hacer ahora?

—Quiero decir—repuso el P. Antonio—si piensas quedarte aquí pescando ó si piensas largarte...

—¿Yo?—respondió el marinero—No pienso largarme por ahora....

Torció la cabeza el sacerdote y le dijo:

—Si tú quisieras seguir un consejo mio, Juan, dejarías la miseria de la pesca, que es esto: miseria para hoy y hambre para mañana.

—Esto pensaba yo antes—replicó Tormenta con amargura. Antes sólo pensaba en návegat dejando el arrimo del bote y la casa para cuando la carcoma de los años me pudriera la arboladura; pero antes era antes y ahora es ahora....

—Decía yo lo que decía—le dijo el sacerdote con muy persuasivo acento— porque precisamente ahora se presenta una buena ocasión para vender la casa y el bote.

Miróle fijamente Tormenta y le preguntó con mal disimulada ironía:

—¿Y quién es el comprador?

—Yo,—repuso el sacerdote con firmeza.

—Pues, padre Antonio, lo siento: no están para vender: en primer lugar porque no necesito cuartos y luego porque como no pienso moverme hasta que me vuelvan á llevar allá....

Abrió el cura los ojos con espanto y preguntó:

—¿Allá? ¿Y donde es allá?

—Allá es de donde vengo....y no se asuste V. por lo que le digo, padre An-

tonio y hablemos claros. Ni V. me ha enviado á llamar para comprarme el bote y la casa ni Cristo que lo fundó.... V. lo que quiere es que me vaya ¿es esto ó no lo es?

Miróle con fijeza el párroco y le dijo:  
—Tienes razón: esto es.

Miráronse los dos un instante y añadió el sacerdote:

—Si; yo quiero que te vayas, Juan, y lo quiero por tu bien.... Yo te conozco desde niño: sé quién eres: sé como eres y además leo en tus entrañas... Tú has venido aquí con ánimo de dar otro día de luto á tu pueblo: no te basta con lo que hiciste y quieres acabar tu obra... En tus ojos leo que en los seis años que han pasado desde entonces has ido acumulando sobre tu audacia de siempre instintos sanguinarios que antes no tenías.... creo que te has vuelto malo. En tus ojos veo cosas que antes no había en ellos y me das miedo, Juan, me das miedo por tí mismo... Pero hagas ó no hagas lo que piensas, aquí estarás, de cada día peor: tú has sido siempre fogoso y vehemente en tus afectos, nece-

sitas tener quien te quiera y aquí, créeme, Juan, aquí, salvo este pobre viejo, no te querrá nadie.

Tormenta escuchaba al sacerdote con los ojos fijos en el suelo. Los levantó, miró al padre Antonio y exclamó con ira.

—Está V. hablando como un libro: V. me lee en los adentros... y esto que dice V. esto es lo que me refría la sangre, esto: que llego á mi pueblo después de seis años y voy y canto una copla donde tantas he cantado y todo el mundo se espanta; que voy á los Porches y oigo como hablan de mí y entro y se les pega la lengua al paladar y se asustan; que alargo á mis amigos la mano y al dárme la tiemblan; solamente la de V. y la de Pedro Montes no han temblado; en fin que me tienen miedo, que repugno, que me echan de mi tierra, que es la mía, todos, todos ¡hasta el padre Antonio!

—¿Lo ves, lo ves,—exclamó el padre Antonio con emoción.—Todos te echan y tú no te vas...pero yo no te echo: yo te pido por las Llagas santísimas que te vayas.

Miró otra vez fijamente Tormenta al sacerdote, como si quisiera penetrarle con su mirada y le dijo:

—¿Pero quiere V. que me vaya por mí ó por...por *otros*.

Sostuvo el padre Antonio la mirada de Tormenta y exclamó con sinceridad:

—No quiero ocultarte la verdad: por *otros* y por tí; pero por las Llagas santísimas te digo que principalmente por tí, por tí, que me das lástima, por tí á quien desearía ver transformado...

—¿Y mis cuentas quien las finiquitará?

—¿Cuentas? ¿Qué cuentas son esas?

—Mis cuentas, padre Antonio...yo no estoy en paz con ese hombre...

—¡No estás en paz y le mataste para toda la vida! ¡Ese hombre es un muerto que anda, cuando puede andar, y nada más!

—Pues así y todo, padre Antonio, todavía me queda á deber....Yo no le había hecho mal alguno, yo no me acordaba ni del santo de su nombre y me robó la mujer y con ella la paz y la alegría para siempre...Yo vine y la maté á ella

¡y volvería á matarla! y á él le averié para toda la vida: le quité todo lo que V. quiera: la salud, la alegría, la paz.... Así, casi hubiéramos quedado iguales, pero no quedamos: á mí me llevaron á presidio por seis años, que no se acababan nunca, y á él, él que había sido el causante de todo, á él no le han tocado al pelo de la ropa; para él han sido los cuidados y la compasión y el *rendibú* y el cariño de los suyos y para mí una deshonra y luego otra encima y por fin la repugnancia y el miedo que me tienen todos, todos... ¿Quedamos en paz?

—Pero ¡misericordia divina, Juan! ¿Qué culpa tiene él de que la ley te castigara á tí y á él nó?

—¡La ley! ¡Valiente cosa la ley! ¿Y qué tengo yo que ver con ella? La han hecho los hombres honrados para los hombres honrados; conmigo no reza: yo estoy marcado con una marca que los demás hombres no llevan y me río de la ley... Aquí no hay más que una cosa: el causante de mis desgracias es ese hombre: en él ó en los suyos me he de cobrar.

El padre Antonio se irguió al oírle y exclamó con indignación:

—Yo creía que después de tu condena, después de tus amarguras, volverían tus manos lavadas, limpias, y por esto las he estrechado con cariño y ahora resulta que gotean sangre.

Púsose en pié Tormenta y exaltado, iracundo, brillándole en los ojos relámpagos de ira y anublándolos con nubes de amargura, rugió encaminándose á la puerta:

—Es verdad, que gotean sangre; es verdad que al pensar en estas cosas desgarraría con ellas todo cuanto se me pusiera al alcance y también es verdad que daría la mía para lavar mis manos, si pudiera lavarlas; pero no puedo....

—¿Y por qué no perdonas?—exclamó el sacerdote deteniéndole.

—¿Perdonar? ¿Y qué es perdonar?

—Perdonar es olvidar las injurias, es volver bien por mal.

Retrocedió dos pasos Tormenta, se acercó al padre Antonio y mirándole fijamente le dijo:

—¿Y quién ha hecho esto nunca?

—Cristo Señor Nuestro... y otros...  
—contestó el sacerdote y añadió poniéndose la mano sobre el corazón y bajando la cabeza humildemente:

—Y yo también.



## IV

**Y** no se cruzó entre los dos una palabra más. Tormenta salió á la calle tambaleándose, tan honda impresión le habían causado las últimas palabras del anciano, y este se quedó mirándole salir y murmurando:

«¡Buena la has hecho, Antonio, buena la has hecho ahora, hablándole á ese infeliz de perdonar...! ¡Buena está esa alma, lacerada y ennegrecida, para hablarle del perdón y del olvido! Pero que vengan aquí los mismos Santos Padres y te digan qué debías hacer en semejante caso... No faltaría quien te dijera que lo que has hecho tú ha sido echar margaritas á los cerdos y que de estas cosas altas y sublimes del espíritu solamente se debe hablar á quien las entiende y las gusta; pero me salió del fondo del alma y se lo dije...dicho está...¡ Pero ¡Señor

Uno y Trino! como está ese desventurado! Lo que yo me decía: más duro que el bronce.

»Y en resumidas cuentas ¿qué sustancia has sabido tú sacar de lo que ese infeliz te ha dicho? Pues una cosa tremenda, tremenda: que está dispuesto á volver allá y por lo tanto á hacerla gorda, más gorda que antes y que para saldar sus cuentas tiene que cobrarse en ese pobre Huertas ó... ¡ó en los suyos! ¡Y lo hará, Señor Dios de los ejércitos, lo hará como dice, si Dios no le toca en el corazón...! ¿Y como le ha de tocar Dios en él, si lo tiene llagado y endurecido de seis años enteros de vivir entre asesinatos y de rumiar su venganza? Que vengan á mí y me digan quien es el hombre capaz de poner un remiendo á este descosido....No lo hay, como no venga á hacerlo San Antonio, mi patrón, en persona...¡En él ó en los suyos! Y los suyos son las tres filastiquillas y Panchito, porque á D.<sup>a</sup> Tula no la toca Tormenta ni nadie como no sea con guantes de algodón en rama, para no desleirla.... Nó, pues á las hijas *bis in idem*... ¡El hi-

jo, el hijo, ese Panchito es el que peligra! Pues por primera providencia que no salga en su bote á la mar; que no salga por todos los santos del cielo...! Que se meta en su casa junto á su padre y se estén allí los dos sin resollar, porque el mejor día Tormenta *la hace*.»

Y Tormenta, entre tanto, se dirigía á su casa y se decía:

« ¡Lavadas mis manos, limpias! ¡Como lo quisiera yo! Pero las manos que una vez se han manchado como las mías, ni con toda el agua del mar se lavan.... ¡Siempre, siempre las estrecharán los demás con repugnancia, siempre me mirarán con miedo! Solamente el viejo este me las estrecha con cariño y me habla al corazón y tiene más fuerza que yo, porque me tiene caridad.... Me ha dicho que perdonase y luego me ha dicho que perdonares olvidar... ¡olvidar! y luego volver bien por mal. ¡Olvidar y volver bien por mal! Y dice él que lo ha hecho y será verdad que lo ha hecho, porque no es un hombre como los demás, ¡Pero yo, yo! Y cuando yo hiciera esto, dice él que mis manos quedarían lavadas. ¡Talvez, tal

vez! Pero estarían lavadas para mí solo y para él; pero para los demás nó, nó, y todavía se reirían de mí y me escupirían en la cara. ¡Con solo mirarme me escupirían!»

Pensando, pensando se encontró junto á la puerta de su casa y vió luz á través de las persianas de la de su enemigo. Las contempló á las dos y una oleada de sangre le afluyó á la cabeza.

«¡Perdonar, perdonar! ¡Yo, yo, el presidiario, yo el deshonorado, el vendido, yo el asesino, yo perdonar! ¡Más fácil sería que el sol no alumbrase! ¿Pues acaso lo que sucedió no ha sucedido? ¿Pues acaso me perdonó nadie á mí?»

Por su memoria pasaron en tropel, como una tromba, los recuerdos de sus amores, de su casamiento, de su último viaje, de su retorno, de su desgracia y se inyectaron en sangre sus ojos, crugieron sus dientes y con el poderoso puño crispado amenazó aquella alta ventana por cuyas persianas se veía luz.

«¡Mentira, mentira todo! ¡No hay perdón ni hay olvido ni hay paz ni hay nada! Cristo perdonó, lo ha dicho el pa-

dre Antonio, y han perdonado los Santos; pero yo no puedo perdonar: yo soy Tormenta, el presidiario, el hombre marcado para siempre.... Para quedar así más hubiera valido que me hubieran ahorcado entonces. La muerte es lo único que borra manchas como las mias. Yo tampoco maté entonces: debí haberme asegurado.... Así no existiría este hombre y yo no tendría cuentas que saldar con él... Si yo le perdonara tal vez se reiría de mí, él, ese hombre, se reiría de mí.... y si no le perdono me llevarán otra vez allá, ó á la horca.... Y bien ¿y qué? ¿A mí qué me espera? Ni padre, ni madre, ni amigos, ni nada: por todas partes gentes que me temen ó me vigilan.... Me robaron lo único que yo podía querer en el mundo y me lo robaron todo.... el sol no ha entrado más en mi corazón y no volverá á entrar.... lo impide mi marca de presidiario. Cuando hice lo que hice creyeron que mi falta debía castigarse con seis años de presidio... Me hubieran puesto diez, doce, veinte; pero luego en paz: cuentas saldadas.... Y así ¿qué han hecho? Seis años

de presidio y toda mi vida en un infierno.... ¡Perdonar, perdonar! ¿pero quién me perdona á mí?

Pensando en esto entró en su casita, tomó unas provisiones y se dirigió al muelle: embarcó en su bote, tomó los remos, é hizo rumbo mar afuera. La noche era serena y estrellada; la brisa soplabá suavemente, se oía solamente el lengüetear de las pequeñas olas al rozar la peñascosa orilla y el chapotear de los remos de Tormenta.

El blanco caserío de Villanuevo se destacaba sobre la oscuridad de la noche y alguna que otra luz brillaba por allí.

Todo respiraba paz: solamente en el alma de Tormenta la tempestad rugía.



## V

**Y** desde aquel punto y hora la vida de Tormenta se constituyó en un enigma para todo Villarnuevo. Cada dos ó tres días se cruzaba en alta mar con su amigo el Mastelero, de quien recibía provisiones y á quien entregaba él el pescado que cogía, y después se internaba mar adentro, perdiéndose á veces en el horizonte. En los días de temporal, algún pescador de caña le veía sentado ó de pié en el borde de algún peñasco, contemplando la tempestad, y los que habían logrado verle de cerca decían de él cosas tremendas: que llevaba una melena muy grande, que le brillaban los ojos con brillo siniestro, que daba miedo y que huía al ver á los hombres. A lo mejor, cuando más recio era el temporal, y esto era verdad, porque lo habían visto todos, salía de una cala en donde

fondeaba su bote, se entraba en aquel hervidero de rugientes olas y solía acercarse á la embocadura del puerto: viraba entonces en redondo y volvía á internarse en la mar viva.

En los primeros días después de la llegada de Tormenta, Panchito, el hijo de Filástica se abstuvo de salir á la mar; pero muchacho arriscado y algo testarudo, llegó á perderle el miedo á aquel Tormenta á quien él no conocía y de quien tanto le hablaban y volvió á salir en su bote, bien acompañado, y vigilado por toda la marinería, á ruegos y súplicas reiteradas de su padre y del buen padre Antonio, que con todas aquellas cosas tenía siempre el alma en un hilo.

El no sabía ni lo sabía nadie en el pueblo que alguna noche de las más oscuras y alguna de las más tempestuosas, Tormenta entraba en el puerto, fondeaba su bote en sitio poco frecuentado, saltaba á tierra y escondiéndose cuanto podía daba una vuelta por el pueblo y se encaminaba á la rectoría; allí se estaba un rato como quien va á llamar, y luego, precipitadamente se dirigía á su bote,

saltaba á él y volvía á salir afuera, lejos, á su vida ignorada y salvaje.

Y el padre Antonio Morales devanándose los sesos y echando cada soliloquio que había que oírle:

«Yo, lo que soy yo, me lavo las manos...me las lavo.... Si mañana ó pasado va Tormenta y le coge al mocoso ese por el pescuezo y se lo retuerce como á una gallina, porque es hombre para hacerlo, á pesar de los guardias de vista y de la compañía que lleva el otro, por mí..! ¡ Señor Uno y Trino, qué cosas dice uno á veces! Sí, pues si esto sucediera, buenas congojas serían las tuyas, Antonio, viendo á ese muchacho asesinado y al otro otra vez camino del presidio ó puede que de la horca.... Y á mí que no me digan: lo que es Tormenta la hace, porque esa vida que lleva y ese meterse en los temporales porque sí, no es cosa de dejarle á uno tranquilo. Tiene la vida pérdida y la juega.... ¡Pobre alma, pobre alma la de ese desventurado! ¡Ni un rayo de luz en ella! Yo bien ruego por él y aplico la Santa Misa por su arrepentimiento y me ofrezco á mí

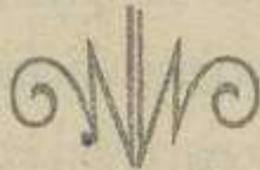
mismo en holocausto; pero lo que dirá Dios Nuestro Señor: ¡valiente cosa me ofrece este que está á punto de irse á pique para siempre, con sus setenta años y sus muchos pecados! Y yo no ofrezco más porque no tengo más. Y el caso es que yo no veo manera de arreglar este descosido y ni los Santos Padres ni el mismo Concilio de Trento serían capaces de decirme á ver lo que se hace en un caso así, porque conflicto lo es y gordo y muy gordo.»

»Pero yo quisiera saber por qué te acongojas tú tanto, Antonio, por una cosa que bien mirada no te toca á tí remediar... Hiciste lo que estaba en tu mano y te mandaba el deber, cuando era hora; después, cuando volvió ese desventurado, la emprendiste con él y le fuiste á bordo, tal como Dios te dió á entender, porque aquello no fué obra de cálculo, sino corazonada, y no se rindió.... ¿Qué culpa tienes tú de que no se rindiera? ¿Eres juez municipal ó alcalde ó siquiera guardia civil? Pues si no eres nada de esto ¿por qué te quita este asunto el sueño que no quita á nadie más que á tí y á

ese infeliz D. Pancho, que está como en capilla? Y si el mismo hijo suyo, ese mameluco mal criado, no quiere estarse en casa, cuando todos los temores son por él, y si hasta la misma doña Tula se viene á Misa de ocho con eso que lleva en la cabeza que parece un ramo de berengenas envuelto en gasas y las tres filastiquillas tienen humor si á mano viene para tocar el piano y gritar como pollos resfriados, tú, Antonio, ¿por qué te metes en lo que no te importa y te estás que tumba y que dale dándole vueltas á ese manubrio? ¿Por qué? Pues porque además de la cuenta que tienes que dar á Dios de la cura de almas que te ha confiado, tienes que confesarlo, Antonio, tienes que confesarlo: porque ese desventurado de Tormenta supo aquel día metérsete entrañas adentro hasta lo más recóndito y escondido; porque tú has visto en él, nó el criminal perverso y empecatado, sino una alma entenebrecida por la pasión y por la ignorancia de todo lo santo y sublime, y una víctima más de las humanas injusticias; una alma que quizá sería hermosa y res-

plandeciente de caridad y hermosura, si hubiera recibido la luz que no ha buscado ni nadie ha cuidado de derramar en ella».

Y por este rumbo la emprendía el padre Antonio en cuanto se encontraba á so'as en su escritorio ó paseando por el camino del cementerio, con su breviario en la mano, terciado el descolorido manteo, encorvado el cuerpo y la larga teja echada hacia atrás para que no le estorbase la urdimbre y la filatura de sus santos pensamientos.



## VI

**Y** así pasaban los días y transcurrieron dos meses, hasta que un día sucedió una cosa grande, grande, nunca oída ni esperada.

Villarnuevo recuerda todavía y recordará por mucho tiempo aquella tarde de Septiembre, que comenzó tan serena, tan límpida, tan llena de sol, que más parecía tarde de Abril que de otoño, y de pronto se puso obscura, lívida, siniestra.

Los pescadores del palangre habían regresado ya: los vendedores de pescado voceaban en las calles ó partían camino de Molineda, á paso gimnástico, con los hondos cestos en la espalda; los patrones estaban en sus casas; algunos comían aún, otros jugaban en los Porches; los menos, los rezagados, hacían el baldeo, desnudos de pié y pierna, inun-

dando la cubierta de sus botes con baldes de agua de mar, que chorreaba luego por los imbornales.... De pronto, todos, el que más y el que menos, se sintieron sobrecogidos por un desasosiego extraño. Como el caballo del desierto percibe el acercarse del *simoun*, percibieron no sabían ellos qué emanaciones de tempestad y de horrores. Y ellos fueron los primeros en divisar, con sus ojos de águila, allá, en lontananza, muy lejos el nubarrón que asomó la horrible testa por encima del horizonte, surgiendo del mar; y luego, sobre el fondo negro del monstruo, el primer rayo, vivo, quebrado, siniestro... A sus oídos llegó, tenue todavía como el susurro de las hojas del olmo, el lejano resoplido del huracán, que empezó á avanzar hacia Villarnuevo coronado de nubes, blandiendo centellas, revolviendo el mar, agitando el espacio inmenso con el espantoso batir de sus alas y estremeciendo la tierra con el retumbar de la tronada.

Corrieron todos al muelle, á reforzar las amarras de sus botes y fondearlos le-

jos de la orilla para evitar que se estrellaran contra ella, y en esta operación estaban todavía cuando empezaron á moverse las aguas del puerto y á ponerse obscuras, casi negras, y negro el cielo y sombríos los peñascos....y al dejar lista su faena los más rezagados, retumbaba ya el trueno sobre sus cabezas, rugía el huracán, y las largas, fulgurantes centellas culebreaban en el firmamento y parecía que iban á hundirse muy cerca, junto al peñasco de la Atalaya. Afuera, en la nar viva, las olas, encrespadas como corceles salvajes, sacudiendo la crin, saltaban en incesante carrera, y en la entrada del puerto, las que se dirigían allí rugientes y amenazadoras, al rozar con el granítico lomo de los escollos, se retorcían semeñando virutas monstruosas, volvían sobre si mismas y se lanzaban furiosas, como el toro al embestir, baja la cabeza, bramando horriblemente, hasta romper contra los peñascos, en donde se deshaían en espuma.

¡Sublime tempestad! Las mujeres en sus casas encendieron cirios benditos y se pusieron á rezar el Trisagio, y los

hombres se lanzaron á la calle, camino de Calafons. Lleno estaba el mirador cuando llegó á él el padre Antonio, ansioso y jadeante, encorvado para romper el viento, flotándole furiosamente el manteo, que se le desceñía del cuerpo y agarrado el sombrero con una mano.

—¿Falta alguno?—gritó al llegar al primer grupo de pescadores.

—De nosotros, ninguno,—le contestaron—Panchito Filástica ha salido hace una hora.

Dió el padre Antonio una patada en el suelo, meneando la cabeza desconsolado y se encaminó á un grupo formado, entre otros, por el ayudante Vinuesa, el patrón Obenque, Pedro Montes y Cuaderna, sus grandes amigos.

—¡Misericordia divina! — exclamó, después de examinar atentamente todo lo que de mar se veía.—No bastaba con lo que ya lleva uno encima, por lo que todo el mundo sabe; no bastaba con los que para dar pan á los hijos se han de exponer á esos peligros, que tal es su obligación, y todavía se ha de añadir que por los caprichos del diantre del mame-

luco....En fin, que hay motivo para que se vuelva uno loco. ¿Y por donde tomó, vamos á ver?

—Pues tomó para el levante—respondió el Mastelero,—que le ví yo salir, hasta que le tapó el peñal de la Atalaya.

—Pues yo,—añadió el Velacho—desde aquí le he visto luego cruzar muy lejos para el norueste....

—A meterse en la boca de este infierno, dirás mejor,—replicó Vinuesa muy pensativo.

Enmudecieron todos de sorpresa al ver llegar el coche de Pancho Huertas, en cuyo pescante, junto al cochero iba un criado. Al parar el vehículo bajó éste y ayudó á bajar al americano. Aquello no era un hombre: era una ruina, un cuerpo muerto, galvanizado por el terror y el espanto y movido por la férrea voluntad que le brillaba en los ojos. Salióle al encuentro el padre Antonio y antes de que el cura le hablase, exclamó Huertas:

—No me diga nada: lo adivino todo: mi hijo está en la mar....Yo vengo aquí á otra cosa...Yo vengo á ver si hay

veinte hombres de corazón que quieran salir con la lancha de auxilio.

El padre Antonio miró á Vinuesa, que era allí el de más autoridad para hablar de tales asuntos, y el valiente marino exclamó:

—D. Pancho, lo siento mucho: aquí no faltan hombres de corazón....Lo que no se puede hacer es imposibles...Esto no quiere decir que no se haga todo lo que se pueda... El huracán pasará pronto, porque estas galernas son así, y entonces, por más que quedará la marejada, veremos lo que se hace.

—Es que aquí debe hacerse algo.... Yo doy lo que se me pida á quien salve á mi hijo.

—Bueno,—contestó Vinuesa—si con dinero se pudiese arreglar; pero la mar no se calma con que se le echen á puñados las onzas.... Y después de todo considere V. una cosa y es que no vamos á salir á una muerte segura sin saber por lo menos donde está su hijo de V... Vamos á ver: ¡Gente aquí!—gritó á los grupos.

Acercáronse casi todos y entonces el

ayudante fué escogiendo de entre ellos hasta doce y les dijo:

—Para el noroeste se vió cruzar el bote del hijo de este señor... El que tenga piernas que las saque, y á la costa falta gente.... Llevaos un cabo para un si acaso y algunas ruedas de corchos. El primero que le vea, á escape, á avisar aquí.

Partieron los designados y Vinuesa dirigiéndose al americano le dijo:

—Aquí, como V. ve, se hace lo que se puede.... y se hará más de lo que se pueda como haya lugar....

Poco después, como había anunciado el ayudante, el huracán aflojó, la tronada fué alejándose y sólo quedaban rezagadas ráfagas, el furioso rebramar de las olas que cerraban la boca del puerto y sobre todo ello una atmósfera pesada y la claridad lívida y tétrica de la tarde.

De pronto se operó en la multitud un movimiento de sobresalto y de inquietud. Todo el mundo tenía esperanza de que Panchito Huertas se hubiese refugiado en alguna cala ó buscado el abrigo de algún peñasco; pero un marinero que

por orden del Ayudante estaba en una azotea cercana examinando el mar con un catalejo, gritó desde arriba:

—¡Bote á la vista! ¡Va desarbolado, dando tumbos!

Pancho Huertas tuvo que sostenerse en su criado, el padre Antonio no sabía que hacer de sus brazos y sus piernas y Vinuesa, alzándose sobre la punta de los piés, gritó con voz poderosa:

—¡Lancha!

Nadie contestó. Entonces volvió á gritar:

—¡Lancha! ¡Una onza á cada hombre que salga conmigo afuera!

Tampoco contestó nadie. Entonces el padre Antonio, agitando el sombrero en alto, gritó con toda su alma.

—¡Lancha, digo yo, por caridad! ¡Ala, avante, á salvar á un hermano!

¡Lancha! gritaron cien voces, y mientras Huertas en su coche salía á escape hacia la farola, treinta hombres á la cabeza de los cuales iba Pedro Montes, echaron á correr hacia el varadero, embarcaron los remos, aferraron la lancha mayor por los costados, y hala, hala, en

un instante cayó la embarcación al mar, saltaron á ella veinte hombres, los más fuertes y decididos, mandados por el práctico Obeñque, y salió la lancha como una saeta hacia lo desconocido.

Por un senderillo abierto orilla á orilla, por encima de los peñascos, se encaminaron hacia la boca del puerto el padre Antonio y el Ayudante, seguidos del gentío, hablándose á gritos, porque con el viento que aún quedaba era preciso hacerlo así, y la lancha de auxilio, en tanto, evitando el viento de proa, se dirigía al Lazareto, buscando el abrigo de la opuesta orilla y avanzaba penosamente hacia la entrada del puerto.

Ya cerca de la farola, tuvieron que detenerse un instante el padre Antonio y Vinuesa, para tomar aliento. ¡Qué cuadro más imponente ofrecía desde allí la tempestad! El mar, espantosamente desatado, hervía y se arremolinaba encerrado en la pequeña bahía que forma la costa á la entrada del puerto; las olas se estrellaban furiosamente contra los acantilados, levantando un fragor de trueno incesante; el soberbio

promontorio de la Atalaya, sombrío y magestuoso, aparecía como envuelto por la bruma, y sobre todo ello se esparcía la claridad plumiza y tétrica del moribundo día. Pronto á entrar en el hirviente seno de la bahía, se veía á lo lejos el bote del joven Huertas, desarbolado, como inerte, sin dirección fija, falto de mano inteligente que procurase gobernarle, golpeado y zarandeado por el mar, como un juguete de aquellas olas formidables.

El ayudante Vinuesa experimentaba una emoción intensísima al ver al padre Antonio, que ante la sublime tempestad se sublimaba también y se elevaba á las cumbres del altísimo carácter sacerdotal; al verle clavar los ojos en el bote naufrago y dirigirlos después al cielo—nublado y tempestuoso, como cerrado á toda súplica—y levantar el brazo y hacer la señal de la divina Cruz, moviendo los labios en oración fervorosísima....

Después volvió el sacerdote los ojos á la lancha: la vió enderezarse y enseñar la quilla al recibir los primeros golpes de las olas que acababan de destro-

zarse en los escollos, y trazó también sobre ella la señal de la Cruz.

—Dos paletadas más y mueren todos —exclamó el padre Antonio, mientras Vinuesa gritaba y hacía señales de que volviesen á tierra.

Y así lo hicieron. La lancha dió un par de saltos terribles y gobernada por la experta mano de Obenque viró cuan rápidamente pudo y se alejó hacia el muelle, mientras un suspiro de satisfacción desahogaba el pecho de cuantos presenciaron la breve y generosa lucha «que no iban á morir veinte para salvar á uno solo....que no podía salvarse ya sin un milagro de Dios», como decía el padre Antonio.

Y con la angustia en el alma, teniendo ante los ojos ya una imagen anticipada de la desgracia que se acercaba, siguieron adelante, y al llegar al faro, en la misma punta, en lo más saliente de la enorme muralla, á cuyos piés se estrellaban las olas bramando y cayendo sobre el faro, como lluvia, sus aguas pulverizadas en el tremendo choque, vieron á Pancho Huertas con las crispadas manos

apoyadas en el mirador, devorando con los ojos aquella embarcación que se veía lejos aún, llevada en el lomo de las olas, sacudida, zarandeada, subiendo á lo alto de una de aquellas montañas de agua para caer sobre otra, á veces de costado, á veces por la proa....

¡Y Pancho Huertas no lo veía todo! Pero el padre Antonio y los marineros que con él estaban, lo veían: veían que el bote no gobernaba, que el huracán había barrido mástil, vela, todo, y que el timón ó estaba roto ó no había quien lo rigiera. Y no veía tampoco, al otro lado del faro, á diez pasos de él, de pié sobre una roca, la siniestra figura de Tormen- ta, mirando también al bote náufrago, con su cara de piel-roja, terriblemente impasible, y sus ojos negros, de mirada que daba miedo.... Aun con ser tan angustioso el cuadro que tenían enfrente, aun con ser tan grande la ansiedad que todo el mundo sentía, tal poder de sujeción tenía aquel hombre, por ser él quien era y estar donde estaba, que eran más los ojos fijos en él, que en el bote y en el mar.

Calados hasta los huesos, corriendo, jadeando llegaron luego Obenque y sus compañeros. Vinuesa se puso á mirar atentamente con el catalejo en el instante en que Pancho Huertas, volviendo la desencajada faz, gritaba con angustia:

—¡Mi hijo no está ahí!

—Sí, está—le contestó el Ayudante ofreciéndole el catalejo:—Está tendido en el fondo del bote, con la cabeza sobre el banquillo de á popa....tome, véalo.

El infeliz padre cogió ávidamente el catalejo y se puso á mirar. En esto Pedro Montes, que no hacía más que agitarse y moverse de un lado para otro, como león en la trampa, se encaró con el Ayudante:

—D. Sebastián—le dijo:—ese bote no gobierna: está ya cerca y va á estrellarse en la primera roca que tope.

Vinuesa le miró sin contestarle como diciéndole: «Demasiado lo veo».

—Pero no es posible que un cristiano muera así, á la vista de todos—prosiguió Pedro.—Hay alma ¡colcha! ó no la hay.... El viento ha calmado un poco....La mar... la mar, nó; pero hoy

por tí, mañana por mí.... Al remo, lo que es al remo no hay fuerzas para romper la barrera y saltar por ese infierno...¿Digo algo?

—Así es, Montes—contestó Vinuesa.

—Pero yo digo que á la vela se puede pasar....¿Es eso ¡colcha! ó no lo es?

—Pero se puede también no pasar y morir ahí....

—Bueno; lo sabemos, pero ¿para cuando son los hombres y el alma de los hombres? ¿Qué se necesita aquí? Buen brazo y corazón sereno para gobernar el timón y manejar la escota.... ¿No es esto?

—Eso.

—Pues buenos brazos me ha dado Dios....¡Conque á probarlo!

Y diciendo y haciendo se encaminaba el heróico Montes á Villarnuevo, cuando Tormenta, que lo había oído todo porque se hablaba á gritos, bajó de la roca en que estaba, le cerró el paso y poniéndole una mano en el hombro le dijo con voz serena:

—Quédate tú, Pedro. Buena mujer es la tuya y tienes hijos que se queda-

rían sin padre....Eso le toca á Tormenta, el presidiario, que no tiene nadie que le quiera.

Lo que pasó entonces entre aquellos marineros, es difícil de expresar: creían soñar todos y sintieron en el corazón cosas extrañas que lo oprimían y lo ensanchaban á la vez. El padre Antonio miró á los demás y los demás le miraron á él, leyendo en sus ojos todo un mundo de dudas crueles, de angustias inexplicables, y él, expresando en un grito indefinible lo que sentían todos en aquel instante, exclamó:

—¡Juan, Juan! ¿A qué vas?

Tormenta anduvo tres pasos tambaleándose como un ébrio; luego asentó con su proverbial firmeza los piés en el suelo, se volvió hacia el padre Antonio y le dijo con voz ronca:

—Rece por mí el *Credo*, que de tanto de no rezarlo se me olvidó ya...

.....  
¿Y qué sucedió después? Todavía lo recuerda Villarnuevo, como si lo tuviera presente y aun hoy mismo parece á muchos un sueño que no puede recor-

darse sin lágrimas en los ojos.... Todavía les parece que están viendo á Tormenta en su bote, saliendo de una cala cercana en que se había refugiado, como una flecha, dando bordadas, clavadas las escotillas de su bote, la pichola arriada, y envuelto por las olas, virar en la misma punta de un escollo, y seguir adelante, adelante, y abordar el bote náufrago, meter en él los poderosos brazos y sacar al joven Huertas sin sentido y colocar á su lado el cuerpo inerte.... Y luego virar en redondo, y, viento en popa, tomar impávido y heróico la entrada del puerto, evitar con soberana maestría las rompientes, cabalgar como una pluma sobre las gigantes olas y estar un rato sin ser visto de nadie, sepultado por una ola inmensa y salir de ella y entrar en otra más formidable y luego en otra más furiosa, saltar, al fin, la hirviente barrera y entrar en el puerto al anochecer, en el instante en que la campana de la parroquia tocaba el *Angelus*....

¡Dia grande, dia sublime fué aquel! Siguiendo el andar del bote de Tormen-

ta tomaron todos el camino de Villarnuevo por el angosto senderillo. Al lado de Vinuesa corría el padre Antonio saltando por aquellos peñascos y asperezas como si acabara de quitarse de encima veinte años y jadeaba y lloraba y hablaba solo y decía:

—*Te Deum laudamus: te Dominum confitemur....* Esta sí que es grande, grande.... Yo sí que puedo decir con el anciano Simeón: *Nunc dimittis servum tuum, Domine, secundum verbum tuum in pace*, que ya vieron estos ojos lo que más podían desear.... *Magnificat anima mea Dominum...* Anda, anda, Antonio, que gusano eres y desconfiaste de ese pobre desventuradó.... Anda, pedazo de tierra, miserable y podrida, que no se debe desconfiar de la misericordia de Dios y en vez de repetir el *Expectans exspectavi*, te dabas á los diaños, pensando que no tenía remedio ese pobre Juan.... Anda, para que veas que los designios de Dios son inescrutables.... *¡Laudate Dominum de coelis, laudate eum in excelsis!* Andad á pensar lo que pasa en las honduras de la mar y de los

abismos...Pues lo mismo son las honduras de las almas... ¡Ni aunque te lo hubiesen jurado! *Cantate Dominum canticum novum*... Sí, que cosa de cantar es y aun de bailar, como el Santo Rey delante del Arca...

Y á todo esto, Tormenta entraba en Calafons, llevando á su lado á Panchito Huertas, que había recobrado los sentidos, y hacia el muelle bajaba, como un torrente, el gentío, y rompiendo por él, corría, casi arrastrándose, desencajada la faz, sollozando, jadeante, Huertas el americano... Todo el pueblo lo vió y lo oyó; todo el pueblo presenció como pusieron juntos el pié en el muelle el héroe Tormenta al saltar del bote y el achacoso Huertas al llegar á él, y como se echó el americano á los piés del licenciado de presidio y con qué agonías de la voz exclamó sollozando:

—Te debo más que la vida....Píde-me lo que quieras....

Y vieron también como desviaba Tormenta los ojos y con soberano desprecio, como se aparta algo cuyo contacto repugna, le apartaba con el pié y decía:

—Quita allá, miseria, que no lo hice por tí....

Y estrechando vigorosamente las manos que Pedro Montes le tendía y mirando como se acercaba con los brazos abiertos el padre Antonio, añadió:

—Por tí lo hice Pedro....y por este hombre de Dios.

Luego, al oído del padre Antonio, que le apretujaba entre sus brazos y le daba palmadas de cariño en los formidables hombros, murmuró Tormenta con emoción:

—Y ahora, padre Antonio ¿están lavadas mis manos?

—Y más blancas que la nieve, mame-luco—le dijo sollozando el pobre viejo,— más blancas que la nieve: *Asperjes me hisopo et mundabor: lavabis me et super nivem dealabor.*





# UN IDILIO

A mi queridísimo tío

D. Manuel Ruiz y Muñoz



---

---

I

**D**EL fondo de Puerto Seco arrran-  
can los estribos del monte en cuya  
cima tiene su santuario la Vir-  
gen, Patrona de la comarca, y aunque  
del sombrío coloso bajan las bendicio-  
nes y las lluvias que fecundan los cam-  
pos, el blanco y risueño caserío parece  
que huye de él, se agrupa temeroso allá,  
á lo lejos, junto á la boca del puerto,  
con agua hasta la rodilla, y mirando de  
soslayo al sagrado monte, se confía en  
los brazos de aquel mar, tan azul y tan  
bello como fementido, que todos los  
años roba al pueblo pedazos de sus en-

trañas. Con lo cual se demuestra que en punto á seducciones é ingraticudes, lo mismo son los pueblos que los hombres.

Y no basta, nó, que el San Pablo de piedra, colocado desde hace un siglo en una hornacina sobre la puerta mayor de la iglesia parroquial, advierta á los de Puerto Seco, su engaño y su ingraticud: no le atienden; pero él no ceja, y firme en su puesto, al principio con un dedo en alto y ahora con el muñón del brazo derecho—pues le ha caído, de puro cansada, la mano—parece que les está diciendo: «¡Ah, bárbaros, enamorados de  
»la mar, que es vuestro verdugo y vuestro enemigo! No os fieis de él, temed sus  
»asechanzas, huid del traidor y dirigid  
»vuestros ojos á esas tierras que os rodean, tan abandonadas é incultas: dad-  
»las vuestros sudores y vuestro esfuerzo,  
» que con la mitad de los que al mar le  
»dais, os tornarían ellas lo necesario para  
»ser felices y vivir en paz.» Pero la gente aquella, ni oye al Santo ni atiende á razones: el mar les llama, el mar les abraza, el mar les rodea y se confían al mar.

Y el caso es que no son solamente los niños y los jóvenes los engañados, sino que hasta los viejos, mientras puedan sostener sus manos el remo ó la caña del timón, al mar se lanzan y en el mar viven, como si para ellos no existiera más tierra que el piso de las tres ó cuatro calles de Puerto Seco y el de sus reducidas viviendas, cuyos cimientos socava el mar. Y el mismo señor ecónomo, que, por su carácter y su dignidad y circunstancias, debiera tener en más las advertencias y el sermón continuo que con su muñón en alto predica el San Pablo desde su hornacina, por de tierra adentro que sea, en cuanto le cata el sabor á la vida marinera, desprecia también la tierra y se entrega al enemigo.

En verano todavía es más patente la obsesión que domina á Puerto Seco y la seducción que sobre él ejerce el mar, porque entonces no salen del agua los de Puerto Seco, y de los pueblos de tierra adentro, acuden allí familias enteras, con la sana é higiénica intención de tomar baños en las tranquilas y casi cegadas aguas del anchísimo puerto, y, sua-

vemente, sin sentirlo, de los baños pasan á los paseos en bote por la orilla, con muchos chillidos y muchos espantos, y de los paseos por el puerto pasan á la mar viva y á las expediciones pesco- rias y á otros náuticos excesos, primero con zozobra, con placer después.

Y como amén dé la blancura del ca- serío y de su limpieza y alegría y del estar metido hasta las rodillas en el mar, se pesca en aquella costa en abundancia la apetecible langosta y saben guisarla allí de vivo en vivo en una suerte de cal- dereta que es una bendición de Dios, acuden á Puerto Seco, en primavera y en verano, numerosas expediciones de fa- milias enteras y de amigos alegres, con lo cual, entre veraneantes y gastronó- mos, está de fiesta el pueblo de Mayo á Septiembre y aún más allá.

La casa mejor del pueblo, la más blanqueada y más limpia, era la del pa- trón José Alonso, el más respetado de todos los patronos de Puerto Seco. Te- nía el tal José Alonso alguna hacienda heredada de sus padres y acrecida con su trabajo, era fuerte y entendido en las

cosas de la mar, y como además de relativamente rico, era naturalmente despier- to y sabía poner, aunque con algún tra- bajo, una carta, solía ser alcalde pedá- neo ó juez ó cosa así.

Pocos años después de su matrimo- nio habíasele muerto su mujer, y al úni- co hijo que le había dado la muerta, le crió para algo más que para andar meti- do á todas horas en los afanes y fatigas de la pesca. Pero no le salieron del todo las cuentas, porque aunque por aquello del ir á la escuela á la edad en que los demás se amarraban al remo, de ser de suyo inteligente y vestir mejor que los demás parecía Jaime Alonso un señorito, no por ello dejó de ser un terrible nada- dor, un remero de primera fuerza, un ágil, valiente y robusto muchacho, que en más de una ocasión había demostra- do á sus compañeros que si por la ley ci- vil le correspondía la herencia de su pa- dre, por ley de natura había ya hereda- do sus puños y su valentía. Y cuando es- tuvo en el caso de escoger una profe- sión, escogió la que era natural que es- cogiese, siendo de Puerto Seco y vinien

do de la raza de los Alonsos. A los quince años fué á estudiar á Molineda, á los dieciocho á la capital de provincia, á los diecinueve hubo terminado los estudios de piloto, y á los veintidós, que es cuando sucedió lo que se irá viendo, hacía tres años que navegaba de *agregado* y como piloto por el Norte y el Atlántico.

Vivían con el patrón su única hermana, viuda como él, y una sobrina, hija de ella; y esta sobrina, que tendría entonces dieciocho años, era el encanto de Puerto Seco, la perla de aquella concha. Llamábase María y era un si no es pequeña, morena, graciosa, elegante, de boca lindísima, nariz perfecta, ojos serenos, una preciosidad de mujer. La cual, por cierto exquisito buen gusto, en parte nativo, en parte adquirido de las continuas visitas al pueblo de señoras elegantes de Molineda y Calahonda, sabía escoger lo mejor de cuanto bueno veía, y en la gracia de ponerse la mantilla y de recogerse la falda, y en sus modales y en su andar, parecía, no la sobrina del patrón Alonso, sino una señorita de la ciudad.

Habíanla educado muy primorosamente para ama de casa, para gobernar la de su tío si su madre moría antes que él. Había adquirido en la escuela y con las lecciones privadas de la maestra del pueblo, una regular instrucción, y, al lado de su madre, los muchos y no menudos conocimientos necesarios á toda mujer hacendosa; pero sus manos habían permanecido finas y delicadas y sus lindos virginales brazos, no los habían visto más que Dios y ella, al contrario de las mozas del pueblo, que tenían que ayudar á sus padres á tender al sol las redes y palangres y remendarlas y componerlos y meterse en el mar cuando hacía falta, con lo cual solían andar descalzas de pié y pierna, y arremangadas hasta más allá del codo. Por todo ello, por más que se emperifollasen y recompusiesen y quisiesen remedar las elegancias ciudadanas, siempre les quedaba algo de tufillo á pescado, y presentaban durezas y asperosidades casi hombrunas.

Pero no obstante tales esquisiteces, desusadas en Puerto Seco, era María tan buena y tan llana, que, salvo inevitables

envidias femeniles, la querían todas, y la admiraban todos, en especial la señora maestra que la había educado é instruido y la amaba como á hija, y el anciano señor Ecónomo, que, en más de una ocasión, tuvo tentaciones de proponerla por modelo desde el mismo púlpito de la parroquia.

Claro está que con tal cúmulo de dones y gracias, no la faltaban á María ojos que la mirasen llenos de amor y codicia, no solamente entre los mozos de Puerto Seco, sino entre los veraneantes y visitantes del pueblo: más de un joven rico de los pueblos comarcanos y áun de la ciudad se sintió mal ferido de amores al verla, y no faltó alguno que se atreviera á rondarla. Pero á la segunda vez que se dejaba ver por allá rondando la casa del patrón, unos ojos negros como la endrina colocados en una faz ancha y atezada y ésta sobre un cuello hercúleo y el cuello sobre un tronco de atleta, le avisaban que por aquellos contornos no tenía cosa buena que encontrar, á no ser las caricias de unos puños de bronce, capaces de acogotar á un toro.

Juan Peña, que así se llamaba el guardador de la perla de Puerto Seco, era el mozo más valiente, más dispuesto, más animoso y fuerte de aquel pueblo en que es proverbial la valentía y el vigor de los hombres, y en pago de ello y algo también por ser el gran amigo de la infancia de su hijo Jaime, le quería mucho el patrón Alonso y le tenía en su barca como á hombre de confianza, tanto, que no obstante sus pocos años, más de una vez, en enfermedades y ausencias del amo, había patroneado él la barca, no sin envidia de los más viejos.

Pero era Juan tan largo en hechos como corto en referirlos, y no obstante su adoración por María, no obstante tener todos los días ocasiones para hablarla á solas y apesar de tratarle la muchacha con mucha confianza, no se atrevía el mozo á resollar ante ella, y aunque á escondidas la devoraba con los ojos, por nada de este mundo se hubiera atrevido él á declararla sus fatigas de amor y sus ansias. Le parecía demasiado exquisita la prenda, demasiado alta la merced para que se atreviese él á pedirla, y se con-

tentaba con esto: contemplarla en muda adoración, pensar en ella en todo instante y guardarla, esto sí, guardarla de las miradas ajenas, y hasta, si hubiese sido cosa de puños, guardarla de la luz del sol.



## II

**L**a *señora maestra* la llevaba á María de ventaja más de veinte años; pero era todavía hermosa y sobre todo muy señoril y distinguida. Azares de la suerte la habían abatido y acogida á la enseñanza como á su tabla de salvación, en la pequeña aldea, lejos de un mundo que para ella fué bien cruel, había pasado quince años de su vida sin más sociedad que la de aquellos incultos ribereños, á los cuales prodigaba sus consejos y los buenos servicios de su ilustración y de su educación exquisita.

No frecuentaba ella amistades en el pueblo, vivía muy retirada; pero en cuanto su predilecta discípula se fué haciendo mujer y descubrió ella los tesoros de delicadeza é inteligencia de aquella niña tan hermosa como interesante, se dedicó con ahinco á la formación de

un corazón y un alma semejantes á los suyos, y la discípula bien pronto se convirtió en su amiga y confidente.

Todas las tardes se veían las dos: en invierno pasaban un par de horas en el comedor de la casa del patrón Alonso, una de cuyas ventanas daba al puerto, y en verano daban un paseo hasta la mar viva, y al borde de un peñasco se sentaban las dos, siempre en el mismo sitio, y allí se entretenían haciendo crochet ó calceta ó mano sobre mano contemplando el mar inmenso y el ir y venir de las barcas de pesca ó la furia de la tempestad, cuando la había, que no eran pocas las veces.

En muchas ocasiones habían hablado de Juan Peña.

—No te conviene, hija mía,—la decía la buena señora,—que el pueblo siga creyendo que vais á ser novios. Es decir, nó que vais á serlo, sino que él quiera serlo y que tu tío consienta en esas frecuentes visitas á tu casa... Porque él no va á ninguna parte: ni con sus amigos ni siquiera á la taberna. Esto puede perjudicarte: en los pueblos pequeños

se hacen historias de todo y aquí todo el mundo habla de esto. El mejor día, él con sus cosas y con lo que la gente añada, te puede hacer perder una buena proporción...

—¿Proporción? ¿De qué?

—¡Toma! De un partido....

—Esto sí que me tiene sin cuidado, señora maestra....Hasta la hora presente no me he fijado en ningún hombre: soy muy joven todavía....y lo que es esos señoritos forasteros que ha sabido ahuyentar con sus cosas el pobre Juan... todavía se lo agradezco. ¡Ay, que fastidiosos! Alguno hubo que si no llega á enterarse del peligro que corría, le envió yo misma el mensaje. En cuanto á él, el pobre Juan, me gusta más que todos, á pesar de ser tan así, tan adusto y tan soso y tan.... bruto nó, no quiero decir bruto; pero, vamos, tan hombrete... ¡El pobrecillo! Si viera V. lo que le agradezco esa adoración que siente por mí, esa contemplación, como si fuera yo algo superior y casi divino... Quisiera yo poder quererle ó quitarle esa pasión; pero desengañarle ó despreciar-

le sería darle la muerte....¿Por qué hacerle daño? El suyo es un respeto que ni si fuera yo una imagen. ¿Y qué me cuesta á mí ser buena con él, si me quiere tanto? Me mira cuando no le miro, y cuando le miro baja los ojos....Si alguna vez nos encontramos solos, no sabe donde meterse...El dia que yo le diga algo así como V. me aconseja se me muere en el acto.

—Eres demasiado buena, hija mía. Es ese que señalas un mal; pero debes evitar otro mal mayor. Mira: en primer lugar, con esa actitud tuya, arraigará más y de dia en dia en él esa pasión que siente por tí y llegará á ser de veras peligroso el desengañarle. Llegará á tener esperanzas, aunque no las manifieste, y el mejor dia te pondrá en el caso de tener que hacerle entender por la fuerza lo que ahora no quieres darle á entender de grado, y de tal manera puedes comprometerte que llegues á tenerle compasión y te sacrifiques y hasta te creas que puedas quererle. De ahí vienen muchas veces los matrimonios infelices.

—Es verdad.

—En segundo lugar, yo creo que es verdad lo que me dices que hasta ahora te han fastidiado los rondadores que has visto por aquí.... Pero estas cosas vienen como Dios las dispone y el mejor día se te pone delante de los ojos *tu hombre*, un hombre que te guste.... y entonces te hallarás en la necesidad de desengañar á este muchacho con el peor de los desengaños: el de preferir á otro.

María, á lo mejor, se quedaba pensativa contemplando el mar.... A veces la parecía que por encima de la inmensidad azul venía deslizándose hacia ella la sombra, el fantasma de un hombre jamás visto ni oído, el hombre á quien había de abrir su corazón. Y como despertando de un sueño, cogía de las manos á su maestra y la decía riendo:

—Tratamos las cosas muy en serio, maestra mía... ¡Mi novio! ¿Sabe V. cómo quisiera yo que fuese mi novio? Pues ni como esos señoritos que vienen por aquí á comer langosta ó á tomar baños, tan lechuguinos y tan mujercitas, con esos cuellos tan altos y esas piernas tan delgadas y esos humos y esos junquillos,

ni tan fieros y tan duros como nuestros mozos. Ni tan relamido ni tan brutote... ¿Sabe V.? Una mezcla de todo esto: un joven moreno, fuerte, erguido, alegre, franco, capaz de llevar guantes de seda, si á mano viene, y capaz de tumbar á otro hombre de un puñetazo: un hombre bien vestido; pero no á la última moda, y que oliera á tabaco bueno: es decir ni á esencia de perfumería.... ni á calamar.

—¡Ay, que muchacha!

—Así lo he soñado yo: cuando se presente uno así ¡quien sabe!

—Pues por esto mismo: porque el mejor día puede presentarse...por esto es necesario darle á entender á Juan que no debe pensar en tí, que eres libre.

—Pero me duele tanto tener que dar esa pesadumbre al pobrecillo...

Luego hablaban de otras cosas: de la última forastera que había visitado el pueblo; que si estaba elegante, ó no lo estaba; que si el peinado de ahora era más sencillo que el de la moda anterior; que si iban á empezar un nuevo bordado, que si María iba á hacerse un vesti-

do para diario: su madre lo prefería rojo: ella, gris. Y hablando, hablando se les acababa la tarde y se dirigían al pueblo.

Uno de aquellos días en que más habían hablado de Juan Peña, no hubo paseo ni entrevista. María tuvo que ir con su madre á la parte de allá del puerto, con objeto de recoger manzanilla, que se da muy rica en aquellos contornos.

No pudo llevarlas en su bote el patrón Alonso, y la madre llamó á Juan.

Al cruzar el puerto el sol iba á su puesta descendiendo lentamente á ocultarse por detrás de las montañas vecinas: su luz dorada cabrilleaba sobre el mar dormido y Juan la recibía de lleno: su cara ancha y pomulosa, afeitada, sudorosa en aquel instante, parecía de verdadero bronce bruñido. María, á popa estaba lindísima con su vestido claro, sus pies calzados con zapatitos de cuero, su airosa cabeza peinada con sencillez y elegancia. Miraba á Juan con cariño, admirando en él el vigor atlético, el cuerpo musculoso, y el mozo, al estímulo de aquella mirada, remaba con vigor, con

un remar que hacía deslizar como una flecha el bote sobre las aguas; pero sin brusquedades, suavemente, sin *estropada*: por algo llevaba él allí, enorgullecido, la perla de Puerto Seco.... Y á hurtadillas la contemplaba y se sentía feliz viéndola tan hermosa y tan cerca de él, tan cerca que percibía el suave respirar de su pecho.

Al llegar al sitio en que debían desembarcar, se encontraron la orilla invadida por la resaca y á no meterse en el agua hasta los tobillos, no era posible saltar á tierra.

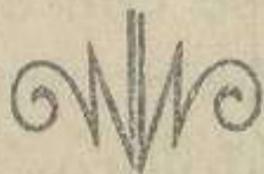
—Juan nos pasará, él que va descalzo,—propuso la madre de María.

Sin pronunciar palabra, Juan saltó al agua y tendió los brazos.

Confióse en ellos la madre, porque sabía que iba bien segura y era, además, mujer muy resuelta, y lo mismo se dispuso á hacer la hija....¿Qué pisó entonces por el corazón y el entendimiento de Juan Peña, al tender los brazos á la mujer adorada? Sintió un desvanecimiento y en el instante en que la hermosísima joven se abandonaba en sus bra-

zos, faltóle al hércules un pié y María, para no caerse, tuvo que asirse de su cuello de toro. Fué un brevísimo instante de angustia para María; pero él asentó firmemente sus piés en el suelo y la dulce carga fué llevada hasta la orilla un instante, un instante que á Juan le pareció una eternidad de placer. Sus brazos no pudieron resistir el impulso del corazón y María sintió en su cuerpo una presión extraña, entre violenta y amorosa, de aquellos brazos de atleta. Al dejarla en el suelo, estaba Juan pálido y anhelante, sin valor para resistir la mirada de María.

Calló la muchacha; pero ya no volvió al bote, como su madre, en los brazos de Juan: volvió por sus propios piés, metiéndose resueltamente en el agua.



## III

**T**odavía sentía el pobre Juan en sus brazos el dulce calor y suave peso de aquel cuerpo que él adoraba, todavía le parecía sentir al rededor de su cuello el contacto dulcísimo de aquellas manos puras y virginales; todavía veía clavada en él la mirada severa de María al depositarla en la orilla sana y salva, mirada que le desterró del cielo de delicias á que en un brevísimo instante se había elevado, cuando al atardecer del día siguiente, al ir á dar un recado á su patrón, se hizo María la encontradiza con él junto á la puerta de su casa.

Al encontrarse con ella, sintió Juan que se le escapaba el alma; díjole su corazón que algo doloroso iba á pasarle allí y estuvo á pique de retroceder y echarse de cabeza al mar. Pero no pudo

escaparse y con muchas congojas y sudores preguntó á María:

—¿Está el patrón?

—Nó, Juan: no está aquí... mi madre está adentro.

—Entonces ya volveré.

—Nó, no te vayas: te esperaba, porque quiero hablarte.

Juan sintió en las entrañas como el zarpazo de un tigre. Se arrimó á la pared y aguardó, baja la cabeza, y con las manos en la faja, á que ella hablase.

—Oye, Juan: —le dijo con suave acento.—Yo no quisiera que te disgustaras; pero me duele de veras verte padecer y sufrir... Por el pueblo se dice que vas á ser mi novio: te ven continuamente en mi casa ó rondando por aquí y van á figurarse que esto es verdad. Yo quisiera verte con los demás compañeros y amigos tuyos, alegre y contento, hablando con nuestras amigas, divirtiéndote como corresponde y sin hacer mal á nadie.... Yo, por ahora, no he pensado en tener relaciones ni contigo ni con nadie...soy muy joven para estas cosas: tú también. Mira, lo mejor es que

no pienses más en mí, si es que piensas, y yo lo digo porque por ahí lo dicen....

María se detuvo un poco para dar lugar á que él hablase; pero Juan no levantaba la cabeza ni parecía atender: estaba como el toro amarrado que espera el golpe del matarife.

—Yo te digo estas cosas,—prosiguió María con inmensa compasión,—no porque dejes de ser mi amigo, que quiero que lo seas, ni porque quiera á otro, líbreme Dios. Solamente lo digo para que no te apenes; para que dejes pasar el tiempo, y más adelante... Más adelante ¡quién sabe las cosas como han de venir! Tal vez te enamorarás de alguna mujer.

—Nó; esto nó,—gimió Juan muy en voz baja.

—¿Qué nó? ¿Y por qué no? Todo está en la voluntad, en quererlo... Con que, quedemos así, Juan; quedamos así. No has perdido nada en lo que te he dicho, pero no está bien el dar que decir que somos novios cuando no lo somos, porque, ya te lo he dicho, yo quiero estar libre... Quisiera que veas tú lo que sufro

al hablarte así, porque yo soy tu amiga, tu buena amiga... Hemos sido niños juntos: tú mayor que yo; pero hemos jugado juntos y ya ves que te estimo: te lo he demostrado siempre... Yo te agradezco mucho esa afición que me tienes y padezco por tí.

Juan no abrió los labios: tambaleándose como un ébrio echó á andar. De pronto volvió la cabeza y con acento apagado, en que se le iba el alma, dijo á María:

—Está bien: yo sufría y callaba.... Ayer, lo que sucedió ayer, te hace hablar así... No fuí yo: fué esto que está en mis adentros y me ahoga. Está bien: no me verás, porque no quieres verme; pero yo te veré siempre delante de mis ojos, porque por todas partes te veo...

Echó á andar y otra vez se volvió y se acercó á María y balbuceando, sin atreverse á mirarla, la dijo:

—No me quieres á mí: está bien; pero ¿es verdad que no quieres á otro?

—Nó; te lo juro.

María sintió una emoción muy grande al ver á Juan alejarse tan triste, tan

apenado, y no pudo contenerse: entró en su casa sollozando, con una pena muy honda. ¿Por qué la quería tanto aquel pobre Juan? Sangre de sus venas hubiera dado por no decirle lo que le había dicho; pero ya estaba dicho y era la verdad. Tal vez no había en el mundo un hombre que la amara tanto como aquel; tal vez el hombre á quien ella entregara algún día su corazón no la querría como el pobre Juan, con aquella adoración muda y respetuosa.... Quizá hubiera sido mejor dejarle, dejarle que la quisiera y la contemplara; pero lo que había hecho él no estaba bien hecho.... Y ella no podía corresponderle: si ella hubiese sido como cualquiera de sus amigas le hubiera engañado: al fin y al cabo es un orgullo para una mujer verse tan amada... Pero no era justo atormentar á un hombre.

Y el pobre Juan, que si de labios afuera era el más torpe y más premioso orador que ha pisado la tierra, en cambio, de pecho adentro, era elocuentísimo, por la costumbre de estar en coloquio continuo con su propio cora-

zón, aquella tarde se alejó de María caminando como un atontado, como si cada una de las palabras de la mujer adorada hubiese sido un golpe de maza asestado á sus sienes, y, cuando estuvo lejos, muy lejos de aquella casa tan querida, junto á la peñascosa orilla del mar, se dejó caer sobre las rocas y rompió en sollozos.

Sin conciencia exacta de lo que hacía, sin pensar ni sentir más que el dolor inmenso que le destrozaba las entrañas, pasaron por encima de su cuerpo de león vencido, las horas largas, largas, silenciosas, tristes... El mar en calma arrulló su tormento, sollozando junto á él en coloquio con las peñas, y, tras un espléndido crepúsculo, las estrellas del cielo velaron compasivas su dolor,



## VI

**T**ARDES después se vieron las dos amigas, María y la maestra, en el comedor de la casa del patrón. Sentadas al pié de la ventana que daba al puerto, la hermosa niña, triste y sobresaltada, nerviosa, sintiendo todavía la emoción de su entrevista con Juan Peña, le contaba á su amiga sus ansiedades y sus luchas consigo misma, con su propio corazón.

—Dí el paso, señora maestra: dí el paso y desde entonces tengo menos libertad y estoy más triste; desde entonces me pasan á mí cosas muy raras. Le he visto á él muchas veces, de lejos, de muy lejos, porque cumple bien su palabra de alejarse de mí; pero aunque yo no le vea, por todas partes á donde voy allí está él. Ahora mismo está en la pesca con mi tío: yo no le veo ni V. tampon-

co; pero esté V. segura de que me está mirando, esté V. segura que sus ojos están clavados en mí, vigilándome, espiándome, como si me recordara el juramento que le hice de que no quiero á otro... y yo, que no quiero á otro, me parece que soy culpable de algo, me parece que en lo más secreto y escondido de mi corazón quiero á alguien y no sé á quien.

Suspiró María y acercándose más á su amiga prosiguió en voz más baja más confidencial, como si hablara consigo misma:

—Desde el mismo instante en que le dije lo que le dije, nació en mi corazón el deseo, tan secreto como V. quiera, pero un verdadero deseo de amar á un hombre, á uno que no es él ni ningún otro de aquí ni de cuantos he visto.... Perdóneme: yo le digo á V. estas cosas como á mi confesor, y aunque las diga tal vez ruborizándome, con V. no siento vergüenza, porque V. me conoce y me quiere... porque aunque soy tan joven sé que V. me comprende, que ha sido joven como yo y es V. muy buena....

»Antes, en sueños, y hasta en esos

sueños que sueña una despierta, cuando está sola y está pensativa, veía yo un hombre... nó se como decirlo: una figura de hombre, una cosa ilusoria, como un fantasma... Si me pidieran que hiciera yo su retrato no podría precisar sus facciones, pero yo veía á ese hombre y sentía un placer muy grande en esas visiones y esos sueños.... Ahora, desde las cosas que me han pasado, esa visión es más constante; pero ahora, cuando sueño estas cosas, me despiertan sobresaltada los ojos de Juan, como una amenaza, como una reconvención.... Esos ojos los llevó clavados en el alma.

»Y el caso es—prosiguió María suspirando—que el corazón me dice que es ahora cuando ese hombre ha de venir, que vendrá pronto: yo siento que se acerca, que viene á buscarme y que me tiende los brazos. Antes lo veía en sueños lejos, muy lejos. Desde que dí ese paso, —y apesar de todo no me arrepiento, porque era necesario darlo,— desde aquel dia siento que se acerca el hombre que viene por mi corazón... Figuraciones mias, ilusiones, todo lo que

V. quiera... y si viene, que vendrá, verá V. como los ojos de Juan me amargarán la vida: esos ojos, que están siempre clavados en mí, me recordarán mis palabras de la otra tarde, porque yo, para endulzarle la pena que veía pintada en su rostro, le dije que por ahora no quería pensar en estas cosas, y mentí, mentí, mi buena amiga, porque en aquel mismo instante se apoderó de mi corazón ese sentimiento mismo. Y él también, él debe sentir, como yo, que se acerca ese hombre soñado, porque aunque no le he visto de cerca ni una sola vez desde entonces, sé que está más áspero, más mudo, más pensativo y más arisco, y, sobre todo, sé que me vigila más.

Se acercó más á su amiga y mirando con espanto hacia el puerto, como si temiera ver á Juan, añadió, en voz baja y con emoción:

»Mire V.: Anoche estaba yo desvelada, pensando en estas cosas: era muy tarde, más de la media noche, y oí ruido junto á la puerta....Me levanté descalza y fui á mirar por la ventana de mi cuar-

to, y era él, él, de pié junto á la puerta de nuestra casa. Por la mujer que nos hace los recados sé que no se le ve por la noche en ninguna parte: el pueblo se figura que sigue viniendo aquí; yo creo que las pasa escondido entre las barcas esas que ve V. ahí, y allá, muy tarde, viene á sentarse á la puerta. Es un suplicio, créame V.: es un tormento, tanto más grande cuanto más se acerca el hombre... Hoy, sobre todo, no sé si por la excitación y el espanto que tuve anoche al ver á Juan, estoy sin sosiego, me parece que ese hombre está muy cerca...

—¡Tonta, tonta!—la dijo la maestra cogiéndola por la cabeza y besándole los cabellos para que María no notara su propia emoción.—¿Por qué eres así María? Son sueños, son figuraciones.... No te afanes tanto, no te apenes. Sé fuerte. Son tus nervios escitados, del no dormir, del mucho cavilar...

Y la decía esto la maestra; pero ella misma se sentía contagiada por el estado de ánimo de María. Sentía ella también un vago temor, un punzante presenti-

miento y la invadía el desasosiego de su joven amiga.

Abrazadas las dos estaban aún, cuando las sorprendió el rodar de un coche por la calle, el parar del mismo coche junto á la puerta y el entrar en la casa, como llevado por un huracán de alegría, de un hombre, que gritaba:

—¿Quién anda por ahí? ¿Donde se mete esta gente?

Y se presentó en el comedor y se quedó parado mirando sorprendido á María, un joven alto, esbelto, vigoroso, tostado del sol, de negra barba, espaciosa frente, correctamente vestido de azul marino, botas de color y sombrerito de paja: Parecía envuelto en un ambiente de alegría, de franqueza, de salud, de vigor. Al verle palideció María, y luego, abriéndole los brazos, gritó:

—¡Jaime, Jaime!

—¡María, chiquilla!—exclamó él abrazándola, y luego, dando un paso atrás para verla mejor, añadió: — Pero ¿eres tú? Yo te dejé de corto, larguirucha, pálida y me encuentro con una mujer, con una señorita, ante la cual hay que qui-

tarse el sombrero... y presentar memoriales. Señora maestra....

La señora maestra miraba embelesada á los dos primos y al dar la mano al arrogante piloto, notó que olía á tabaco habano... Miró á María, y María encendida como una rosa, bajó los ojos.

—¿Y mi padre y mi tia? — exclamó él.—¿Pero donde están? He querido daros esta sorpresa, prima mia. Que no me esperarais y venir yo como he venido... Anda, ya está aquí mi tia, hecha un brazo de mar.... Sí, señora, yo soy, su Jaime; su sobrino; el mismo. ¡Qué robusta y que sana se conserva V.!

Y hubo allí una de besos y abrazos y lloriqueos y el preguntar por la salud y el viaje y después de media hora de charla y de risas, al enterarse Jaime de hacia qué lado habían salido aquella mañana á *calar* las barcas, resolvió embarcarse en un bote é ir á buscar al patrón Alonso.

—¡Ea, tia; me llevo á la señorita! María se viene conmigo... Vamos, primita, vamos á dar una sorpresa y un abrazo á mi padre en medio del mar.

## V

**A**L día siguiente fué la maestra á buscar á su amiguita. La encontró en la ventana del comedor mirando hacia el grupo que formaban en el muelle su tío y Jaime. Estaba ojerosa; pero más hermosa que nunca, pues sus ojos tenían un brillo desusado y sus labios estaban más rojos, como si tuviera fiebre. Al darse los brazos y besarse en las mejillas, como de costumbre, María retuvo á su amiga y reclinó la frente sobre su pecho como si fuera á llorar.

—Ha llegado el hombre ¿no es verdad?  
—díjole al oído la maestra muy quedo, muy quedo y sintió que entre sus brazos se estremecía aquel cuerpo tan lindo.—  
Ha llegado el hombre, ya lo veo, levanta esa cabecita y mírame y alegra el corazón.... El mio me dice que es él el que viene por tí.

—Nó, déjeme: me consuela mucho estar así, con la frente apoyada en V. ¡Me duele tanto la cabeza! Estoy sin dormir, estoy enferma. Desde que llegó Jaime siento que el corazón no cabe en mí de gozo y siento que lo desgarran la pena, la zozobra... Vámonos: vamos á dar nuestro paseo: quizá allí, en la soledad, entre las peñas, estaré mejor...

Se fueron las dos, orilla á orilla, hasta las peñas en que acostumbraban descansar todas las tardes, sitio á que el patrón Alonso le llamaba, por esto, el casinito, y una vez allí se sentaron: María á los piés de su amiga, casi arrodillada ante ella y con los brazos en su regazo; la maestra acariciándola la cabeza y las manos.

—Sí,—dijo María:—ha llegado; mi corazón, que no me engaña, me dice que es él; pero á la pena y el tormento que sufría yo antes, viene á añadirse el temor y la zozobra de que él sea, para mí, el hombre soñado y yo sea para él nada más que lo que siempre he sido: su prima. Desde que él está aquí me parece todo más bueno y más bello, el estar

con él es mi delicia, cuando me habla siento que saltan de gozo mis entrañas... Yo sospechaba que eso que se llama amor debía ser algo así; en los sueños de que le hablaba, yo sentía una sombra de todo esto; pero jamás pensé que fuera tan grande y que se apoderara tan por entero del alma.

Suspiró María, y la maestra, sonriendo, la dijo:

—Es verdad, es todo verdad.... Por esto te decía yo que llegaría tu hora, por que tú amabas ya antes de conocer al amado.

—V. no sabe, sin embargo, qué mezcla de placer y de congoja sentí yo ayer cuando sola con él en el bote, fuimos á buscar á mi tío. V. no puede imaginar lo que gocé hablándole y oyéndole llamarme hermosa... A V. no me dá vergüenza decirla los secretos de mi corazón... Siempre ¿por qué no decirlo? siempre me ha gustado parecer bién, parecer bonita: ahora quisiera serlo mucho más, y al ver que se complace él en mirarme, siento una alegría muy grande.

»Pero V. no sabe lo que padecí yo al

acercarnos á la barca, en donde con mi tío, estaba Juan... Yo leí en los ojos de Juan algo extraño y siniestro: su corazón le dice lo mismo que el mio me dice á mí: que Jaime ha llegado para su desventura... Y para mí ¿qué será? ¿Será para mi dicha ó por mi desgracia? Este es el caso de mis congojas y de mis amarguras: paréceme que entre Jaime y yo se ha de interponer él, que me amenaza un peligro... Mire V: eran muy amigos los dos cuando muchachos, y Jaime, tan franco, tan leal, tan ignorante de todo lo que ha pasado, en cuanto vió á Juan, después de abrazar á su padre, fué á abrazar á su amigo; pero los brazos de Juan no se levantaron y se miraron los dos un instante: Juan con dureza, él, Jaime, extrañado de hallar tal acogida, y al regresar me dijo: «¿Has visto, María, como me ha recibido Juan Peña? No sé por qué, creo que me odia: en sus ojos lo he leído... y yo, la verdad, yo que le quería tanto, creo que también le odio».

—Es muy extraño, María,—la dijo la maestra.—Me parece que tú abultas un poco las cosas, que tus nervios te domi-

nan y que tu imaginación trabaja demasiado.

—Pues es así, mi querida maestra, es tal como yo la digo. ¿No es verdad que los corazones presienten las cosas y que si una se fijara en todo y consultara siempre su corazón nada la sorprendería? Me acuerdo que una vez, siendo yo más niña, me explicó V. el uso del barómetro que envió Jaime á mi padre... ¿No es verdad que el corazón es el barómetro que señala las tempestades de la vida?

—¡Ay qué chiquilla!—exclamó riendo la maestra.— Es verdad, tienes razón. Por lo menos, tu barómetro es de lo más sensible que he conocido.

—Y por otra parte,—prosiguió María dibujándose en sus labios una sonrisa,—Jaime, que ayer estuvo tan alegre y tan zalamero conmigo, que me llamó hermosa y chiquilla, y me abrazó como cuando era yo una verdadera chiquilla, hoy se ha fijado mucho en mí y me habla con más reserva y más seriedad: me mira y vuelve á mirarme y al encontrarse mis ojos con los suyos, me pare-

ce que tiembla, como yo... Sus ojos me acarician, parece que quieren traspasar mi pensamiento y ver en mi corazón.... ¡Ay, querida maestra! Creo que moriría de pena si Jaime se fuera otra vez, dejándome con esta herida en el alma. Cuando pienso en él, me parece que vivo otra vida, que no soy la de antes: me siento dulcemente atormentada. Yo amo todo lo que él ama y odio lo que el odia... y yo que antes quería á Juan Peña como á un amigo, cuando pienso en él, siento una aversión muy grande, sólo porque me parece, porque estoy segura, que no quiere bien á mi primo. ¡Qué desdichada sería yo si después de todo Jaime no me amara á mí!

—¿Como es posible no quererte,— la dijo la maestra acariciándola—viéndote tan hermosa y tan buena? Y luego, yo creo que estas cosas, como todas, las dispone Dios. Tu corazón lo ha sentido, lo ha previsto todo. ¿No te acuerdas de ayer? tú presentías su llegada y vino y fué como si le hubieras visto: es el mismo con quien soñabas tú sin saberlo: es la mezcla varonil que deseabas tú: es

guapo y fuerte y moreno y elegante y sencillo: es lo que llaman tu ideal, y para colmo de dichas, no huele á perfumería ni á calamar: huele á tabaco habano.

—No se burle de mí, querida maestra... Se burla V. de mí. Es verdad todo, y esa verdad misma me hace un daño horrible, porque si mi corazón es tan fiel que no me ha engañado y me avisa las cosas que me han de pasar, natural es que me sea fiel en todo y que lo sea para mi desventura como para mi ventura.... Sí: es mi corazón, el mismo corazón, el que también me está diciendo que este amor mio será atormentado por Juan: los ojos de Juan me presagian cosas terribles.

La maestra se estremeció; pero acariciándola más efusivamente la dijo:

—Los corazones también se engañan alguna vez: es Dios el que gobierna el mundo.... y á veces los barómetros mas finos y sensibles fallan en sus presagios... Nó, hija mia, no temas. Mi corazón, que ya sabes que es también muy parlanchín y que se interesa tanto por

tí, me dice que hasta ahora todo es tal como lo sientes y presientes; pero que más adelante no será así... Ni Juan se meterá con vosotros ni cosa que le parezca: padecerá el pobrecillo algún tiempo el mal de los celos, que es bien terrible; pero nada más... Lo olvidará todo.

—Quisiera engañarme, quisiera que acertara V... Me hace mucho bien el oírla hablar así. Yo estoy demasiado sola: si no fuera por V., me moriría de puro cavilar sin tener estos consuelos... Si le hablara á mi madre no me comprendería: si enterara yo á mi tío de lo sucedido con Juan, posible es que cometiera alguna barrabasada, no obstante sus alcaldías y juzgados... ¡Qué bueno y que dulce es tener una amiga como V.! ¿Creerá V. que ni mi madre ni mi tío se enteraron jamás de las pretensiones de Juan Peña ni de su muda solicitud, de eso que el pueblo entero sabía, el pueblo todo menos ellos? Yo, contándole á V. mis cosas, me desahogo y me consuelo, y á veces, compadecida yo misma, á pesar de todo, del pobre Juan, pienso y me digo: ¿«Como vivirá él, con esa pa-

sión tan grande, con ese tormento tan cruel, en la soledad de sus pensamientos, sin una persona á quien poder mostrar el corazón desnudo, de quien poder recibir consuelo?» Y me digo más todavía; me digo: «¿Qué sería de mí si Jaime me despreciara, si me alejara de su lado, si me prohibiese pensar en él, y para colmo de amargura pusiese su amor en otra mujer, en la primera que se presentase ante sus ojos?» Pues yo he hecho todo esto con Juan, y por esto, en medio de la aversión que me inspira, me da lástima.

Al llegar á esto oyeron pasos cerca de ellas y se presentó Jaime, sombrero en mano, sonriente y animoso.

—¿Con que esto es el casinito, eh? Si lo permite el reglamento, pido que se me admita como socio.

—Admitido,—le dijo la maestra.

—¿Por unanimidad?—preguntó Jaime, mirando intensamente á María.

María recogió con amor aquella mirada, que la inundaba de gozo, y sólo movió los labios para sonreír, con una sonrisa tan elocuente que Jaime no preguntó más.

—Mucho me temo,—la dijo la maestra al oído, al despedirse poco después y mientras la besaba,—que el nuevo socio eche al más antiguo y se lleve la sociedad entera....



## VI

**A**L fin, mi querida maestra, al fin. Yo la contaré todas las cosas, yo la diré como fué. Era esto anoche, después de cena: ya sabe V. qué noche más hermosa: yo no he visto noche tan clara, tan suave, ni luna tan espléndida, ni mar tan tranquilo. Hacía calor en casa y salimos á sentarnos en la calle. Jaime había estado muy serio todo el día; de cuando en cuando me miraba, con mirada triste; parecía que algo muy doloroso le oprimía el corazón, y suspiraba. Su alegría de siempre no parecía y aunque hacía esfuerzos para contarnos casos de sus viajes, un pensamiento siempre fijo le distraía; en medio de sus narraciones callaba y no se acordaba de lo que iba contando. Yo hubiera dado mi vida por saber lo que pasaba en su corazón.

»De pronto, se levantó muy resuelto y me dijo:

»—Anda María: vamos á dar un paseito por ahí, por el muelle.

»Yo me levanté temblando: sentía un deseo vivísimo de ir con él, de saber qué le tenía tan pensativo, y miedo, miedo muy grande de saberlo. Mi corazón, este corazón tan delicado, que todo lo presente, me decía que todo aquello era por mí, que se trataba de mí. Y fuimos andando. Él callaba y suspiraba, y yo seguía á su lado, también callada y ansiosa. Al llegar junto á la orilla, me dijo:

»—¿Te parece que nos sentemos?

»—Como tú quieras, Jaime.

»A la izquierda teníamos el mar, á la derecha la playa, en donde varan las barcas. La luna nos daba de lleno y á la luz de la luna me parecía Jaime más hermoso, más interesante, con la palidez que le daba la luz aquella y me parecía que estaba aún más triste.

»—Vas á decirme una cosa,—me dijo Jaime tembloroso y en voz baja. — ¿Es verdad que tienes novio, María?

»Me eché á temblar, créame, señora

maestra.... Me eché á temblar y le contesté:

»—Nó, Jaime, no tengo novio.

»—Mira: no me engañes, — me dijo Jaime hablando muy quedo y con emoción. — No se trata ahora de zalamerías ni bromas, es preciso que me digas la verdad... A mí me han dicho que Juan Peña te quiere.

»—En cuanto á esto, creo que no te han engañado.... El pobre Juan me quería.

»—¿Y tú? ¿Le quieres tú? — me preguntó ansiosamente.

»Se me escapaba el alma, temblaba yo toda y el corazón me golpeaba el pecho.

»—Por la Virgen que desde el monte nos ve, Jaime, nó; no le he querido nunca.... Es más: sin que jamás me hubiese dicho él una palabra tocante á esto, le desengañé un día porque supe que en el pueblo se hablaba de nosotros, sin culpa mía, Jaime, sin culpa mía, porque yo nunca di motivo para esto.

»—¿Y no quieres á otro? — me preguntó después con mucha emoción, y yo,

que le hubiera contestado con toda mi alma «á tí sí, á tí solo», tuve que reprimirme y decirle riendo:

»—¿Y por qué lo preguntas?

»—¿Por qué lo pregunto? — me contestó. — Porque yo te quiero, porque te quiero mucho....

»Cada una de sus palabras, y dijo muchas después, estrechando mi mano entre las suyas, eran lluvia de felicidad que caía sobre mi corazón y le inundaba. Mi querida maestra, fuí yo tan feliz, que me olvidé de todo: no recuerdo haber tenido alegría más grande en mi vida ni pienso volver á tenerla: fué aquel un instante que no olvidaré jamás y dí gracias á Dios desde el fondo de mi alma y gracias á la Virgen, que desde el monte nos veía... Me dijo que me amaba, que me adoraba, que quería ser mio, mio, para mí sola y para siempre.

»Después me tomó la mano y me la besó y sentí en mi corazón y en mi alma el placer de aquel beso tan puro y tan suave, que todavía me parece que está impreso en mi mano; pero ¡ay maestra mía! al mismo tiempo percibí claramente,

como un eco del beso aquel, un gemido que venía de las barcas cercanas... Yo me levanté sobresaltada, porque conocí el modo de gemir: una mezcla de queja y de rugido: no podía ser más que de Juan. Jaime dió un salto, dispuesto á correr hacia las barcas. Yo le agarré con fuerza y le detuve. No ha sido nada, un crugido de la madera, abierta con el calor... No es nada, no vayas; no me dejes... Vámonos á casa: es demasiado tarde», y nos fuímos: él confiado y yo temblando, trocado en amargura y zozobra el placer de aquel instante sin igual. Él, hablándome de nuestro amor: yo vigilante, temblando, mirando á todas partes, y al llegar á casa le ví: ví un hombre á lo lejos, y era él, él, Juan... porque yo le conocería hasta en la obscuridad más tenebrosa...

»Y aquí tiene V. á la mujer más feliz del mundo y la más infeliz de todas. Desde ayer sé que el hombre á quien amo me ama y que el hombre á quien temo me espía más que nunca, y si ayer temía á este hombre por mí sola, hoy le temo por mí y por Jaime.... ¡Pueden suceder tantas cosas que sólo de pensarlo arde mi

cabeza, mi corazón está en una angustia que no me deja vivir!

»¿Por qué soy así? Pues ¿cómo he de ser? Que á mis años la vida debe ser más placentera y no deben temerse los peligros... Que hay que tener valor y sobre todo dejarme de cavilaciones... Sí, maestra mia: yo quisiera ser así; pero no lo soy. ¿Por qué me han dado á mí, la educación que me han dado? ¿Por qué no me han hecho á mí como las demás mozas del pueblo? Si fuera yo como ellas, ahora me reiría yo de Juan y de sus vigilancias; pero yo no nací ó no me criaron como ellas y estoy acostumbrada á vivir sola conmigo misma, tengo demasiada afición á consultar con mi alma.»



## VII

**H**AY en Puerto Seco una plaza, uno de cuyos lados lo forma una calle, la principal del pueblo; otros dos lados los componen los chaflanes de dos manzanas de casas y el otro lado el mar. Aquel es el punto de reunión de los mozos y el paseo de las mozas; allí se dan los bailes en la fiesta mayor, de allí parten las traineras en las regatas: es el centro de Puerto Seco, en una palabra, el sitio más animado de la aldea, en donde no tenían en aquel entonces los vecinos más diversiones, que la fiesta mayor y algún que otro baile de los llamados, antiguamente, de candil.

En uno de los antedichos chaflanes solía jugarse á la pelota, ejercicio del cual se daban buenas panzadas los mozos de Puerto Seco, sobre todo en los días de temporal, en que no salían á la pesca,

y los domingos de todo el año. Para variar jugaban á la barra, y, de cuando en cuando, á la lucha, en la cual no había quien derribase, en todo Puerto Seco, al formidable Juan Peña.

Uno de aquellos domingos estaba la plaza llena: se habia dado cita el pueblo todo y en la puerta de la casa del patrón Alonso, que daba á la plaza, se habían reunido una porción de amigos, ya maduros, del buen patrón, y el señor Ecónomo. Allí estaba también María con su madre, mirando embelesada un partido de pelota, en el cual, con mucho lucimiento, terciaba el arrogante Jaime, vestido, como los demás, de pantalón, faja, y camiseta.

Era la admiración de todo el pueblo verle tan señorito y elegante y tan ágil y forzado: al darle él con la mano desnuda á la pelota, salía ésta silbando y al llegar al frontón rebotaba como una bala, y, al aire, detenía las de sus contrincantes, con algún formidable revés, que admiraban los entendidos, encantaba al patrón, quien veía reverdecir en su hijo y aun superadas las proezas de sus mocedades,

y embelesaba á María, que veía en su Jaime realizadas aquellas dotes que formaban su ideal: un hombre que supiera llevar guantes de seda, si venía el caso, y capaz de tumbar á otro hombre de una puñada.

Juan Peña estaba en la plaza, en sitio desde el cual podía ver á María y no pudiera ser visto de ella, sombrío, mudo como siempre, mirando el juego, sin alterar su actitud ni aun en los lances más reñidos é interesantes. Y allí le dejaban hacer todos, sin atreverse á bromear con él, por temor á un zarpazo de sus manazas de oso. Y aunque las mozas, sobre todo, cuchicheaban comentando el por qué no estaría Juan en casa del patrón y se atrevía alguna á suponer que la venida de Jaime pudiera haber sido causa del retraimiento de Juan; aunque por alguna mente juvenil pasó la idea de que Jaime y María podían quererse y nada tendría de particular porque eran tal para cual y harían una pareja deliciosa, nadie podía sospechar el drama de pasión y celos que se incubaba en aquel pecho hercúleo, nadie tampoco le creía capaz de sentir

tan hondamente como sentía el mudo, arisco y reconcentrado mozo.

Terminado el partido de pelota, Jaime se fué á descansar junto á su padre, recibiendo los plácemes de los viejos y las deliciosas sonrisas de su bellísima María, y en tanto los demás mozos retozaban por allí, requebrando á las mozas. Y como el cuerpo les pedía más, organizaron una lucha. Empezaron los más jóvenes y siguieron los más talluditos: hubo interesantes episodios y alguna proeza digna de los juegos olímpicos, sin daño de los contendientes, pues hasta los vencidos, no obstante el resquemor del vencimiento, lograban buenos aplausos, acabando por la costumbre de darse la mano vencido y vencedor. Para evitar disgustos y choques que acabasen en riña, se prohibían las revanchas: el vencido quedaba vencido, hasta otra ocasión en que pudiera tomar el desquite.

Iba decayendo visiblemente la cosa y empezaba á cansarse la gente, cuando advirtiéndolo Jaime se fué hacia el grupo de los mozos y les dijo en voz alta:

—¿Y á mí? ¿Nadie me desafia á mí?

María se sintió desfallecer, cuando vió presentarse á Juan Peña, sombrío, cejijunto, siniestro, y le vió plantarse enfrente de Jaime, diciendo:

—Para tí, yo.

Fue un momento solemne aquel: el pueblo entero comprendió que algo desusado iba á pasar entre los dos; y en el modo de mirarse los rivales, en la tensión de sus músculos, en algo siniestro que flotaba en el ambiente y no sabía nadie qué cosa fuera; en la actitud de Juan, en la mirada de rencor que lanzaron los ojos de Jaime, en la mortal palidez que invadió el rostro de María, en otros cien detalles se fijó el pueblo para presentir que la lucha que iba á entablarse entre los dos mozos no era cosa de simple ejercicio: iba allí á ventilarse algo más.

—Tío— le decia ansiosamente y con angustia al patrón la pobre María — no le deje luchar... Juan es malo: Juan tiene mala intención: yo lo sé, yo lo sé, créame... No les deje luchar...

Y su tío se reía: el patrón Alonso miraba con orgullo á su hijo y aunque latía de ansiedad su corazón ante la lucha...

que se acercaba y de la cual podía salir vencido el noble Jaime, estaba él acostumbrado á aquellas cosas y sabía que todo acababa con la caída en el suelo de los contendientes y un porrazo sin consecuencias, y, en cambio, el mero hecho de ver á su hijo luchar con el hércules del pueblo le halagaba.

—Cállate, tonta.... ¿Qué has de saber tú? ¿Acaso Jaime es un cualquiera? Ya veremos; ya veremos quien puede más. ¿Qué sabeis vosotras, las mujeres? Sería un cobarde si volviera atrás lo hecho: hay que estar á lo que venga.

Y no obstante la angustia de María, que se sentía morir, que cerraba los ojos por no verlos, y los abría después para verlos mejor, que quería gritar y la voz se le ahogaba en la garganta, que quería correr á separarlos y no podía moverse, porque el espanto agarrotaba sus miembros, retorciéndose las manos y apretándose el pecho por miedo de que su corazón estallase, empezó la lucha: se acercaron Jaime y Juan, juntas las cabezas apoyándolas en el hombro del adversario, separados los pechos, enlaza-

dos los brazos alrededor del cuerpo del contrincante, clavados en el suelo los piés, sin respirar, en tensión todos los músculos, semejando dos cariátides colocadas en medio de la plaza para sostener sobre sus espaldas algún peso enorme.

No se percibía más ruido que el crujir de la arena bajo sus piés: el pueblo entero estaba silencioso, anhelante, presa de una excitación intensa, ávido de emoción... De pronto, Juan Peña, confiado en sus fuerzas, se resolvió á acabar de una vez con aquella inesperada resistencia, y, para derribar á su adversario, hizo un movimiento para acercarse más á él, y entonces Jaime, hábil y poderoso, cargó todo su cuerpo y sus fuerzas sobre Juan y cayeron los dos pesadamente al suelo, derribado por primera vez y vencido el vencedor de siempre, entre una tempestad de aplausos.

Pero entonces se vió lo que jamás se había visto en Puerto Seco: se vió que al ofrecerle Jaime la mano, Juan Peña se balanzó como un tigre al cuello de su rival y le derribó en el suelo, entre los

alaridos de las mujeres y los gritos de los hombres, y se vió que antes que nadie, antes que el mismo patrón Alonso, se lanzaba María, loca de terror, hacia Juan Peña, gritando:

—¡Suéltale, asesino!

Y cuentan que al sonar aquel grito supremo, la mano que empuñaba ya un cuchillo se detuvo, y Juan Peña, como la pantera que siente en sus lomos el látigo del domador, dió un salto atrás, replegándose sobre sí mismo, y siniestro, espantado, con los cabellos sobre la frente, retrocedió y se dejó desarmar por los hombres, aterrado ante aquella débil niña que en sus brazos levantaba, besándola, la cabeza ensangrentada del amado.



## VIII

**J**UAN fué preso. Seis meses pasó en la cárcel de Molineda y ni en las declaraciones á que le sometieron ni en las visitas que le hizo su padre ni en la sentencia, jamás desplegó los labios. Acabó por no salir de su celda y no se le oyó la voz hasta el día en que recobró la libertad. Aquella tarde, al abrir la puerta de la casa triste y decirle el carcelero:

—Juan Peña, puedes salir... Tienes la libertad.

Juan miró con cierta dulzura á aquel viejo y murmuró con amargura:

—Mejor estaba como estaba...

Y aquel día gustó hasta las heces la copa de sus amarguras. Empezó el camino de Puerto Seco y al llegar allá, ceriada ya la noche, vieron sus ojos al pasar por la casa del patrón Alonso, lo que ojos enamorados preferirían cegar

antes que ver. Aquel mismo día, por cruel coincidencia, se habían celebrado las bodas de Jaime y María, y en aquella noche, en que anduvo Juan vagando por las rocas, á solas con su inmensa pesadumbre, sus cabellos, negros como la endrina, quedaron grises.

Y en Puerto Seco no se le ha visto más; pero si alguna vez bajais al muelle de Calahonda y veis un hombre cuyas barbas y guedejas grises y cuyos andrajos parecen los de un salvaje y cuyo torso parece el de un hércules; si preguntais á los niños que suelen rodearle y juegan con él, quien es aquel hombre, os contestarán:

—¡Ah, es Juan, es Juan el Bueno!

Y os dirán que aquel hombre vive y come y duerme en su bote de pesca, siempre callado, siempre solitario, siempre dulce, y suave, siempre triste; os dirán que con ellos, con los niños, es como el pan, que todo lo consiente, que por nada se incomoda; pero que con los hombres no es lo mismo, que todos, hasta los más valientes y forzudos, le temen, y os contarán que una vez el temporal le

llevó á *tramontana* y al llegar á la altura de Puerto Seco, en vez de entrar en el puerto, donde tenía fácil refugio, prefirió correr la tempestad y naufragó.... Un falucho que pasaba por allí recogió al náufrago; pero al ver que el patrón, su salvador, hacía rumbo á Puerto Seco, al acercarse á la costa, sin decir palabra, Juan el Bueno se echó al agua y á nado alcanzó las peñas.

No saben de donde vino ni quien es ni como se llama: sólo saben que se llama Juan y ellos le llaman Juan el Bueno...Nunca le han visto reir.



Este documento es una copia de un documento original que se encuentra en el archivo de la biblioteca de la Universidad de Chile. El documento original es un informe de trabajo que fue elaborado por el profesor Juan Carlos Rodríguez Cordero, quien fue el director del curso de Historia del Arte en la Universidad de Chile durante el año 1965. El informe describe el curso y los trabajos que se realizaron durante el mismo. El documento original está escrito en español y tiene un total de 138 páginas. Este documento es una copia digitalizada del original y se encuentra en el archivo de la biblioteca de la Universidad de Chile.



## INDICE



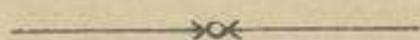
	<u>Páginas</u>
Prólogo epistolar.— <i>Al Rvdo. Padre D. Antonio Vicent S. J.</i> . . .	v
El viaje sin gente.— <i>A la buena memoria de mi inolvidable amigo D. José Castellote y Pinazo.</i>	I
Un apóstol.— <i>A mis excelentes amigos D. Ambrosio Carabó y D. José Roca, presbíteros.</i> . . .	25
El patrón Obenque. (Histórico).— <i>A mi querido amigo el Dr. don Antonio Anglada y Bonet.</i> . . .	53
Un anglófilo.— <i>A D. Juan F. Taltavull.</i> . . . . .	65
El gorila.— <i>A D. Juan Mercadal Juan.</i> . . . . .	81
Tormenta.— <i>Al eminente poeta D. Juan Alcover y Maspons.</i> . .	103
Un idilio.— <i>A mi queridísimo tío D. Manuel Ruiz y Muñoz.</i> . . .	173

INDICE

Este libro se acabó de imprimir  
en la Fototipia y Tipografía  
de Antonio Moll y Camps  
el día 20 de Agosto  
de 1906.



## OBRAS DEL MISMO AUTOR



*Tipos y costumbres de mi tierra* || Agotadas  
*Doce días en Mallorca* ||  
*Oro y Escorias*, novela.  
*Per fe gana*, colección de artículos en  
lengua menorquina.  
*Impresiones de un peregrino en Roma*.

Estas tres últimas obras se hallan de venta en este establecimiento tipográfico, en la Imprenta y Librería Católica y en casa del autor en Ciudadela de Menorca. En *Barcelona* en la Librería Católica, Píno, 5; en *Zaragoza* en la Librería de D. Cecilio Gasca y en *Palma* en las de los Sres. Amengual y Muntaner y D. José Tous.

En preparación:

*La Nevatilla*, novela.

*Episodios Ribereños*, novelitas y narraciones.

De venta en las citadas librerías y en las principales de España y América.

LIBRERÍA DEL MISMO AUTOR

Las obras de este autor se hallan en las librerías de la ciudad de Madrid y en las de las provincias de España y América.

Las obras de este autor se hallan en las librerías de la ciudad de Madrid y en las de las provincias de España y América.

Las obras de este autor se hallan en las librerías de la ciudad de Madrid y en las de las provincias de España y América.









2

LEJUZ Y PAGINA

EPISODIOS  
RIBEREÑOS

SM

218

Ministerio de